

Tray Mocha

REVISTA

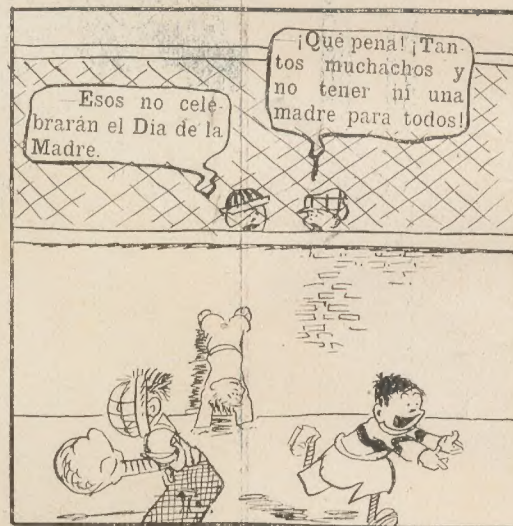
SEMANAL



LECTORAS

Por L. W. HAWKINS

N.º 845



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, julio 3 de 1928

N.º 845

DESPUES DEL MENSAJE, por Rojas



Cruzó, altivo, el oleaje,
ajeno a dajas querellas;
y al emprender el viaje,
lleva el público homenaje
que conquistaran sus huellas.

TEORIA Y PRACTICA

Por Ernesto Mario Barreda

A través de las cortinas penetraba un pálido sol de otoño, por la ventana del saloncito. Allí solía llevar su costura misia Lola, alternando los puntos de su "vainilla" con las ojeadas que, de cuando en cuando, arrojaba al jardín. Lo había cuidado y sembrado de flores; lo expurgaba de oruguitas, arrancando los yuyos que brotaban con excesiva abundancia.

—La tierra fértil — solía decir — es como los niños inteligentes: si no se la cultiva, todo se le va en travesuras...

Continuaba su labor parsimoniosamente, cuando sonó el timbre de la puerta de calle. Entró su hija Isabel, y no bien alcanzó a verla, soltó jubilosa la pieza de tela, corriendo a su encuentro, alborozada.

—No te esperaba... ¡Qué alegría me causas!

Se besaron con tierna efusión, penetrando, abrazadas, en el saloncito.

Isabel era morecha como la madre, de ojos muy negros y cabello retinto, ensortijado y brillante como una seda. Era tan parecida a misia Lola, que daba la impresión de una rosa recién abierta; al lado de otra rosa ya marchitona, ambas brotadas de la misma planta.

Sentáronse y la anciana clavó en su hija una mirada llena de interés y cariño.

La frente de Isabel parecía ensombrecida por una idea, su mirada era triste y los pliegues de su boca acusaban un sentimiento de amargura, que no podía ocultar.

—¿Qué tienes, hija querida?

—Nada, mamá...

La miró, incrédula, hasta el fondo del alma. Se levantó, aproximando su silla, y rodeando con el brazo su cintura, la indagó ansiosa en los ojos. Isabel dobló la cabeza y empezó a llorar sobre el hombro de su madre.

—Esa mujer... — dijo, por fin.

Y misia Lola comprendió todo. "Esa mujer" era un gusano que roía la felicidad de Isabel, era la nube interpuesta entre el amor de su yerno y el de su hija, una nube muy bella, muy coloreada, pero que ocultaba toda la luz... ¿Qué podía hacer ella ante aquel hombre, cuando su propia esposa acudía a llorar en su seno, más en procura de consuelo que de esperanza?

—Pero, ¿no has tratado de atraerlo hacia ti?... Mira que el amor de los hombres debe ser recuperado más de una vez... Si tú amas a tu marido, nadie mejor que tú para apartarle de esa mujer...

—Lo he intentado... y el resultado de ello ha sido una ruptura mayor. Vivimos en la misma casa, pero somos dos seres extraños... Sin embargo, ellos se ven, dictan en el mismo colegio sus cátedras, se les ha sorprendido juntos en la calle... ¿Es sólo una simpatía espiritual, como ha pretendido hacérmelo suponer? Yo lo dudo... Mejor dicho, no lo creo... Por lo demás, ¿no amo yo acaso también su espíritu?... El cree que no le comprendo, y así, como al descuido, dejó un día sobre la mesa de trabajo un drama que se titula "Almas solitarias". Un marido, también profesor, casado con una esposa vulgar... como yo... encuentra otra mujer inteligente, que tampoco ha hallado su ideal... Son, pues, los dos, almas solitarias... y deciden marcharse juntos, abandonando a la esposa... Esta, co-

mo no tiene alma, no entra en el número...

Calló, con un rictus de amargura en los labios. Misia Lola, perdida un tanto dentro de aquella psicología matrimonial, que ella no descifraba, se quedó mirando a su hija,

llena de una nueva inquietud. Todo eso escapaba a su intuición de mujer sencilla, experimentada en las tormentas de la vida, sí, pero sin aquellas complicaciones espirituales que su marido jamás le planteó y, que por otra parte, ella

Crepúsculo en la aldea

Lacra en rojo la ardiente luz poniente la torre de la iglesia de la aldea; sangra el sol en la cruz cristianamente y en la flecha del ábside flamea.

Se asoman las vecinas a las puertas y oyense entre sus duelos sin venturas, un pisar impaciente de herraduras y un vago són de campanadas muertas.

Pasa el cura que vuelve de la ermita y los chicos le besan la bendita mano, donde el dolor dejó sus huellas...

Santiguanse unas viejas visionarias; y las calles se quedan solitarias bajo la anunciación de las estrellas.

Crepúsculo en el jardín

Tarde rubia de otoño. Crepúsculo que vierte su alma. ¿Dónde está el sol? Árboles, agua, yedra... Hay una evocación de silencio y de muerte en la tersa blancura de los bancos de piedra.

¿Dónde está el sol? La noche tras el río se esconde mariposa dormida con las alas abiertas. Y la tierra es como una frente anciana por donde cruzan todas las sombras pavorosas e inciertas.

Y en este doloroso remanso vespéral mi vida ha preso su lírico manantial. Se ha parado de pronto mi corazón, perdido,

y al sentir a la muerte que pasaba a mi lado, en la dulce tristeza de la tarde, he llorado no sé qué ajenas culpas como un arrepentido.

Crepúsculo interior

¡Oh, este viejo cerebro inútil! Bajo el terso goteo de las horas en el reloj, se cansa de meditar, y sueña sobre el lago del verso, como un cisne quimérico, otra vida más mansa.

Y siempre esta nostalgia talar. Y este tormento del corazón oliendo ya a cadáver, pasado. Y este cerebro paralítico. ¡Oh, le siento tenderse como un viejo lebrél adormilado!

Toda aquella fragancia primaveral de ayer, murió de no vivir. Y ver palidecer a las rosas hermanas sin la lumbre cordial.

¡Oh, este viejo cerebro!

Y un momento siento cómo la llama azul del pensamiento va inflamando las líricas visiones del puñal.

José MARTINEZ JEREZ

tampoco hubiera sabido resolver...

Suspiró profundamente y siguió en silencio. Madre e hija comenzaron a llorar, y por un rato no se oyó en la pequeña sala nada más que el rumor de los suspiros.

Isabel, como toda esposa que no halla la protección del marido, y es una buena mujer, volvía al seno de la madre, como cuando era niña y alguna gran amargura le oprimía el corazón.

Enjugó por fin sus lágrimas, y dijo, como poniendo punto final a la serie de confidencias:

—El jueves, Aníbal hablará en el Centro... y "ella" dará una conferencia. He de ir. Me he propuesto penetrar en esa vida, saber lo que allí se piensa de esta sociedad en que vivimos, y de tantas injusticias como se cometen... Quiero aprender algo, comprender... y si ellos tienen razón, no seré más un obstáculo en su camino...

Se levantó, llena de aquella voluntad que siempre alentó a los Serantes, después de las primeras nubes deshechas en lágrimas. Iría hasta el fin y así lo comprendió la madre. Callóse por eso, no tratando de aconsejarla ni disuadirla.

Luego, hablaron de cosas agradables a su carácter hacendoso, a su espíritu hogareño, que las dos poseían. Isabel le enseñó un nuevo punto de encaje, aprendido de una costurera irlandesa, hacía pocos días. Misia Lola asombró a su hija con sus "vainillas" y un tejido de malla en seda verde con listas de un gris rosáceo, que destinaba a una bolsa de mano, que le había prometido... Luego, pasearon por el jardín.

Isabel declaró por fin, que se iba. Madre e hija se abrazaron estrechamente, se dieron un beso apretado, y luego, sin pronunciar una palabra, se dijeron adiós. Todavía alcanzó a verla cruzar la calle, tomar el tranvía, y enviarle un rápido saludo con la mano. Suspiró misia Lola, viendo desaparecer a su hija, tan bella y tan noble, y sobre cuya frente parecía cernirse ya el velo de la desdicha...

Adela Hileret hojeaba diarios y revistas. Poseía cuatro idiomas: así pues, sobre su mesa de trabajo había publicaciones escritas en alemán, inglés, francés y español. Algunos libros recién recibidos y todavía sin cortar, se apilaban en los ángulos. Prospectos de propaganda, cuartillas con anotaciones, cartas abiertas confundían su ligero desorden, haciendo un revuelo de papeles multicolores que prestaba cierto encanto de trabajo a su pupitre.

Vestida con un batón de entrecasa, color verde seco, Adela Hileret envolvía su figura de rubia, en una ola de misterio, de cautela, de seductora fascinación. Los ojos azules, no eran muy grandes, pero tenían un reflejo dominador. La naricita remangada, la boca de labios finos y dientes pequeños, blancos y brillantes, la cabecita imperiosa en el cuerpo alto y esbelto, completaban aquella mujer, que tenía, en su aterciopelado conjunto, un sello de energía nerviosa, de flexible voluntad.

Luego, el estudio había impreso en ella cierto aire reflexivo, que alejaba a las mujeres y no gustaba mucho a los hombres.

En aquel instante corregía las cuartillas de su próxima conferencia.

—Señorita — dijo desde la puerta una vieja sirvienta, — está el doctor...

—Hágalo pasar... — respondió sin cambiar de postura, mordisqueando la lapicera con aire meditativo.

Sólo cuando la puerta se abrió y los pasos de alguien se aproximaron, animóse su gesto en una sonrisa, pero sin que por eso volviera la cabeza.

El doctor Aníbal Guevara se detuvo detrás de ella y, por encima de su hombro, leyó el título de la conferencia:

—“Feminismo y acción igualitaria”... Me parece bien.

Ella le miró en los ojos y, agradeciendo la aprobación, le tendió las dos manos que Guevara se apresuró a estrechar. Después, dejó el sombrero y el bastón sobre una silla, volviendo junto a ella.

—Sí, — afirmó, — hay que dejarse de paños tibios...

—Es lo que yo también he pensado, Guevara... Nuestras ideas adolecen de cierta timidez infantil, de una estéril inclinación a conciliar progresos y rutinas... Por este camino se llega mucho más ligero...

Había hecho girar el sillón, y, cruzando la pierna, dejó al descubierto la pantorrilla, ceñida en una transparente media de seda. Guevara, después de una rápida mirada hacia tan importante argumento, convino en todo lo que Adela Hileret le decía y le estaba por decir.

No obstante ser su compañero de estudios y creencias, prefería salirse siempre del plano ideológico, donde la mujer pierde por completo el interés femenino que los hombres le buscan. Así, pues, dió pronto a la conversación un giro más bien pasional, terreno en el que ella pareció un tanto remisa, concluyendo por seguirle con cierto desgan, para volver a cada instante sobre el tema de la conferencia.

—Mire, Adela, como nosotros en el fondo perseguimos la felicidad, y el corazón forma parte de ella...

—Sí — le interrumpió, — convengo: el corazón es el centro de la felicidad afectiva, pero hay otros aspectos de la felicidad: la felicidad que proporciona una economía bien administrada, una distribución equitativa en el trabajo y los beneficios del hombre y la mujer... Y aquí está la verdadera justicia entre las relaciones de ambos, porque se puede legislar sobre el amor... Entonces, éste es un terreno aparte, que no debemos tocar...

El la envolvió en la onda tierna y acariciadora de sus ojos negros mientras ella sonreía con una expresión de malicia inocente. Rehuía la mirada amorosa del hombre, preocupada sólo con las ideas desarrolladas en aquellas cuartillas que tenía delante. No quería que se tratara el tema sino bajo aquel único aspecto, y como Guevara, cada vez más expresivo, insistiera con sus miradas y palabras en no ver las cosas sino bajo el cristal de la pasión, dejando de lado por un momento los importantes aspectos económicos, ella tuvo un gesto rígido y sus ojos azules le arrojaron una mirada fría, que le hizo callar, desconcertado.

—A propósito de amor... — dijo, soltando la risa, — ¿no sabe que han pedido mi mano?

—¿Quién? — se le escapó, sin

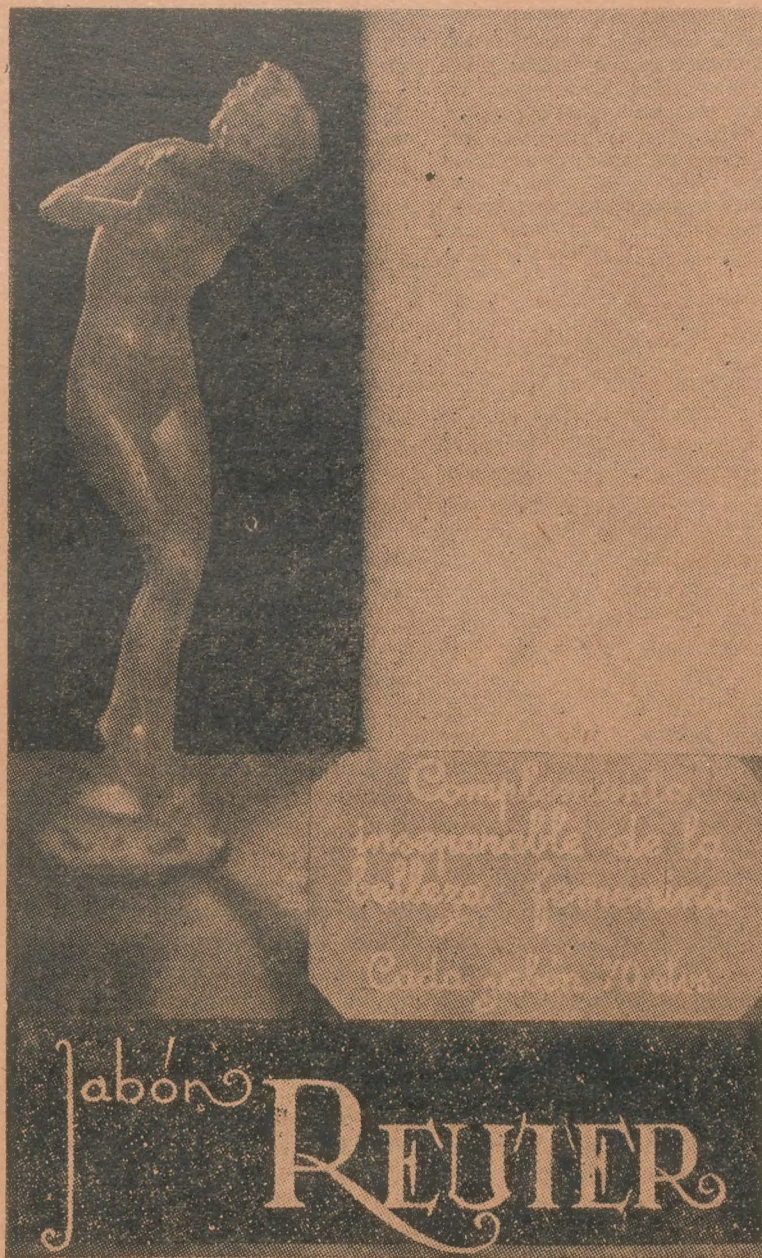
poder reprimir un estremecimiento.

—El doctor Chavez...

—¡Majadero!... Este hombre se olvida que hace tiempo ya pasó de

los cincuenta... Sí, le he visto atildado, florido, perfumado... ¡Huele a decrepitud!

Ella parecía gozar con su malhumor. Sonreía suavemente, sin mi-



LA POBREZA

No puedo decir que poseo mucha experiencia de la verdadera pobreza: al contrario. Antes de que pudiera ganar nada con mi pluma, disponía de una magnífica biblioteca en Bloomsbury (la del Museo Británico), y de otra en Hampton Court, sin criados que cuidar ni sostener.

En cuanto a la música, más tarde me pagaban para que me saturase con la mejor que se produce de Londres a Bayreuth.

¿Amigos? Gracias a Dios, la lista de mis visitantes siempre ha sido inestimable.

¿Qué podía haber adquirido con más dinero del necesario para vestirme y alimentarme? ¿Cigarros? No fumo. ¿Champaña? No bebo alcohol. ¿Treinta trajes a la última moda? No, porque me convidaría a cenar la gente que yo más rehuyo, si me resolviera a usar tales cosas. ¿Caballos? Son peligrosos. ¿Coches? Son sedentarios y fatigosos.

Además, tengo imaginación. Desde que guardo memoria sólo he necesitado ir a la cama a cerrar los ojos para ser y hacer lo que más me agradase

Bernard SHAW.

rar, pero llena de una coquetería peligrosa que había, por fin, logrado despertarle. Estaba así tan deliciosa de punzante fascinación, un poco sonrosada, tentadora como una fruta, que la petición matrimonial del viejo doctor Chavez resultaba casi ofensiva. Él quiso vengarse con una pregunta mordaz:

—Y usted... ¿qué le contestó?

—Que lo pensaría...

Y lanzó una carcajada tan ambigua, que Guevara no supo si era para él o para el otro.

Quedaron un rato en silencio. La débil luz del crepúsculo iba acentuando las sombras en derredor. Un ambiente de amables confidencias, de tiernas reconciliaciones parecía flotar en todo, llegarles como una caricia de la hora y de las cosas. Los libros, los muebles, cambiaban de pronto su expresión adusta, y se perdían en una discreta penumbra. Toda la cruda austeridad de la luz se desvanecía en aquella hora tibia de otoño, más inquietadora que un anochecer primaveral.

Guevara, se aproximó suavemente a ella, y, tímido como un niño, le tomó la mano.

—Usted no se casará con... ese viejo, ¿verdad?

Levantó los ojos hacia él, que se inclinaba ansioso.

—No... — murmuró, agitando la cabeza con un gesto negativo. Sus párpados se habían entornado, sus labios entreabiertos descubrían la dentadura blanca; había palidecido ligeramente.

Guevara le dió en la boca un beso largo y religioso. Ella, se lo devolvió, suspirando con infinita languidez. Un último rayo de sol, penetrando en la sala, giró sobre sus cabezas como un chisporroteo de oro, y huyó velozmente...

El doctor Evergisto Chaves descendió bravamente de su automóvil. Cerrado en su levita negra, con su bigotillo erizado y “mosca” militar, tenía un aire agresivo de espadachín. Era médico, sin embargo.

Este “sin embargo” debe tomarse con beneficio de inventario. No por ser médico resultaba menos temible. Cirujano, sobre él corría una anécdota medio guñolesca, que en los hospitales se refería en voz baja, porque Chaves, además de profesor, era un duelista consumado.

Resultó, que habiendo operado a una señora enferma del vientre, al otro día ésta se quejaba de unos dolores horribles, por lo que se produjo una junta de médicos. Reconocida, inmediatamente se dieron cuenta: El doctor Chavez había olvidado en el interior de la paciente una de las pinzas. Fué necesario abrir la herida otra vez y sacarla.

Esto dió motivo a una discusión violentísima, resuelta en un duelo, donde el irascible cirujano hirió de dos estocadas a su adversario.

Se echó tierra al asunto.

Y ahora descendía de su automóvil, con paso agíl, arrojando a diestro y siniestro la mirada provocadora de sus ojos negrísimo, apenas templada por una sonrisa amable que entreabría sus labios.

Penetró en la sala y ocupó una silla próxima a la mesa del conferenciante. Eran ya cerca de las nueve y la concurrencia aflucía constantemente, ya en grupos o bien desgranada en una o dos personas. Se oía el rumor de los pasos y de las sillas como un murmullo

monótono, y a veces la caída de un bastón despertaba un eco vibrante en la acústica de la sala.

Era ésta muy amplia, sencilla en el decorado, con varios retratos colgados de las paredes y algunos bustos de yeso sobre repisas. Ni adornos de cintas y guirnalda; ni la menor muestra de cualquier vana preocupación. Todo era allí simple y grave. Una larga biblioteca ocupaba la pared de uno de los lados.

La concurrencia, sin embargo, no participaba sino muy raramente de esta sencillez general. Las mismas exageraciones de la moda se veían allí y, cuando alguna adepta convencida trataba de dar la estricta nota de austeridad, con su largo vestido negro cerrado hasta las orejas, hacía el más desdichado de los papeles y hasta desacreditaba la causa del feminismo que pretendía defender.

—Mi estimado doctor... ¡No sabía que usted participaba de nuestras ideas!—dijo, aproximándose a Chavez, un joven delgado, pálido, de ojos saltones, que acusaban una miopía acentuada. Sus gruesos lentes y una calva prematura definían en él a ese tipo del estudioso, apasionado por teorías y métodos, que ya a los veinte años ha deglutido una montaña de libros.

—Sí—contestó Chavez.—No soy un exaltado, pero me interesa el movimiento...

En realidad, no le interesaba. Sabía que Adela Hileret daría esa noche una conferencia, y estaba deseoso de verla, contemplarla a su sabor y ser uno de los que aplaudieran con mayor entusiasmo teorías que, en el fondo, más bien le repugnaban. Pero estaba enamorado de ella. Y esto explicaba su presencia allí mejor que cualquier razonamiento.

Se hizo repentino silencio. Aníbal Guevara aparecía de pie sobre el estrado, con aire sencillo y sin ocupar precisamente la tribuna. Sólo quería decir dos palabras de presentación. Su frente amplia y bien contorneada, sus ojos negros, de un mirar acariciador y un tanto distraído, el robusto físico que daba una impresión de salud, sin restar demasiado a la natural elegancia, predisponía en su favor. Vestía con sencillez, como cuadra a todo obrero del espíritu.

Fué brevísimo. La conocida escritora Adela Hileret leería una conferencia sobre feminismo integral. Su infatigable espíritu de propagandista, sus ideas originales sobre los derechos de la mujer, eran bien apreciados por todas las almas que luchaban por las ideas de justicia. El se hallaba de más allí, haciendo una presentación que juzgaba innecesaria, pero había querido asociarse al acto con algunas palabras de simpatía y admiración, esperando no fatigar demasiado la natural impaciencia del auditorio, etc., etc.

—Podría haberse ahorrado la perorata...—murmuró el doctor Chavez, en voz baja a su compañero, quien aparentó no oírle.

Guevara descendió del estrado y, familiarmente, sentóse entre el público.

Pasados unos minutos, Adela Hileret hizo su aparición con un aire de sencilla naturalidad. Tenía el don de manejar sus impulsos, dominar sus nervios, llevar el continente con una maestría serena, llena de seguridad.

Una salva de aplausos la recibió. Sonrió, ligeramente ruborizada. Había meditado bien su conferen-

cia y pensaba decirlo sin el empuje del papel, que siempre resta elocuencia a las ideas, dado que la expresión de los ojos, por donde fluye una luz de convicción, se halla absorbida por la lectura y se pierde para el auditorio.

Hizo una síntesis del estado social de la mujer, desde su situación de esclava conyugal, como pasa entre algunas tribus de indios y negros—sin excluir a los blancos en muchos casos, pero ya no con la disculpa de la tribu,—hasta su papel como mujer de laboratorio, de ac-

gentino, para derribar las últimas bastillas del prejuicio, colocando a la mujer en su esfera de acción directriz, para lo cual estaba tan organizada y capacitada como el hombre.

Después que los aplausos hubieronse apagado, la concurrencia se entregó en voz baja, al comentario de la conferencia que acababa de oír.

—Tiene mucho talento... y desde jovencita, desde que yo la conozco, siempre ha sostenido esas ideas... Era una ricura verla di-

EL PASAJERO

Lo trajeron unas nubes, envuelto en largos lienzos, y lo dejaron en el campo sereno. Fué vacilando por los caminos como un hilo de agua cansada.

Se acercó a un pozo para lavarse su rostro pálido, y el pozo se aclaró cual si tuviese una alegría. No lo veía nadie; pero él estaba en todo.

La novia que esperaba, cuando llegó su novio, lo besó con más ternura que nunca; y hasta la madre humilde que casi no tenía tiempo para acariciar a sus hijos, de tantos que eran sus quehaceres, sin saber por qué, sintió un deseo de abrazarlos, dominada por un apasionado entusiasmo que no conocía.

Alguien pasaba por la tierra dorada del crepúsculo. ¿Era una bandada de ángeles, invisibles de tan luminosos, que habían perdido la orientación? ¿Era un alma divina, que venía como un mensajero celestial, para animar a los hombres desanimados? ¿O era sólo un amor, un enorme sentimiento que no sabía en dónde, en qué corazón o en qué planta, establecer su morada?

No lo veía nadie; pero él estaba en todo.

La aldea empezó a encender sus ventanas para verlo; y los árboles inclinaron sus cabezas para saludarlo.

Un labrador que tocaba la flauta, a la puerta de su choza, la hacía sonar de tal modo, que se hubiera dicho que las notas clarísimas eran las que se estaban transformando en las primeras estrellas, y que las estrellas temblaban tanto como si quisieran sonar...

El agua soñaba lo mismo que un alma dormida.

Al pasajero no lo veía nadie; pero él estaba en todo, semejante al aire, a la música y al perfume. Hasta que se fué como un silencio...

¿No lo has visto, tú, acercarse al umbral de tu casa? ¿No lo has sentido en tu corazón? Es un hermano del viento, que anda como él; pero en vez de murmurar, medita y acaricia. Y sin embargo, nadie sabe quién es ese pasajero.

Pedro Miguel OBLIGADO

ción política, de enorme importancia industrial... Y sin embargo, los derechos de la mujer no estaban en relación con su ingerencia y su concurso en la sociedad. Adela Hileret no podía explicarse cómo los hombres dirigentes de algunos países, y los hombres en general, que aceptaban a la mujer como eficaz colaboradora, se negaban obstinadamente a consentirle el ejercicio de sus derechos naturales, en un pie de igualdad absoluta, como si fueran del mismo sexo. Como consuelo a esta evidente injusticia, mostraba el ejemplo de algunas naciones muy civilizadas, donde la mujer conquistaba rápidamente todas las posiciones.

Con algunas citas estadísticas, que nunca faltan en el discurso de todo buen teorizador, comprobaba de cuando en cuando sus afirmaciones.

La conferencia duró cerca de una hora, y concluyó abogando por una acción enérgica del feminismo ar-

sertar cuando tenía diez y seis años... —afirmó una señora gruesa, con voz ligeramente afónica, que denotaba en ella a la profesora de escuela.

—¿En el Círculo Renovación?... Sí, allí la oímos nosotros... Por cierto que el doctor Guevara también la presentó esa noche... —agregó una joven flacucha, con anteojos de carey sobre una nariz de proporciones extraordinarias.

El último detalle fué agregado con aparente inocencia, pero bastó para que la conversación cesara, tomando en seguida otro rumbo. Iba a empezar un número de concierto, y ya la pianista aparecía, seguida de un joven que traía un violín. La sala, sin embargo, estaba semivacia, aprovechando la concurrencia el entreacto para pasear por el "foyer".

Chavez, hablando siempre con el joven calvo, protestaba, rojo de contrariedad:

—¡Guevara!... ¡Guevara!...

SABAÑONES

USE PASTA VASENOL

¿En qué ha podido influir sobre el espíritu de...? ¡Bah! ¡Bah!... Quiere usted comparar una inteligencia flexible, llena de gracia, toda distinción, con semejante paquidermo... Un orador pesado, chabacano, que si no fuera por un montón de lecturas mal digeridas... ¡No, mi amigo!... ¡No!...

—Cállese, por Dios, doctor...—le suplicó el joven, arrojando una mirada alrededor.

En la fila de atrás, muy pálido, pero con sereno dominio sobre sus nervios, Guevara había escuchado las palabras del viejo indiscreto. Tuvo una sonrisa burlona, y se inclinó sobre su oreja, por detrás del hombre:

—Estoy admirado, doctor Chavez, de su perspicacia... Veo que es usted tan penetrante crítico como excelente cirujano...

—¿Eh?... ¿Qué?... No hablaba con usted—respondió el aludido, repuesto pronto de la sorpresa.

—Pero hablaba de mí... Le he oído claro... Para hablar mal del prójimo es usted muy hábil: abre usted la herida, después la cierra... Y como en este caso no se precisan pinzas, la obra es perfecta...

Chavez se levantó como agitado por un resorte. Sus ojos echaban chispas, pero muy sonriente se inclinó, sacando una tarjeta:

—Recojo su impertinencia y mañana se la devolveré... ¡Ya le voy a dar usted pinzas, so fatuo!

No pudo contenerse, apoplético de ira.

Maquinalmente, Guevara tomó la tarjeta del espadachín y le entregó la suya. Esos floretazos espirituales, él estaba acostumbrado a cambiarlos con sus colegas y, cuando más, la incidencia terminaba en un rencor apaciguado tarde o temprano. Pero aquel hecho realizado, significaba el principio de un duelo en toda regla. Acto que a él le repugnaba, pero que acababa de sancionar con su actitud, lanzándose por una senda donde ya no podía retroceder dignamente. El médico, después de su insulto, se abotonaba la levita, provocativo, levantado ya para retirarse.

—¡Majadero!...—contestó Guevara, como había dicho antes en casa de Adela Hileret, al anunciarle ésta que Chavez la había pedido en matrimonio.

En el fondo, era ella la causa que los arrojaba el uno contra el otro. Chávez se fué, y el incidente pasó inadvertido entre la concurrencia, atenta a las primeras notas del violín. Sólo el joven catecúmeno quedaba aun allí, estuperfacto, clavado en su silla, incapaz de conciliar las teorías feministas con aquel acto de dos hombres que después de cambiar insultos se preparaban para matarse.

Y todo por una insignificante discusión. ¿Cuál no sería su espanto si hubiera sabido que Guevara y Chavez pensaban batirse por causa de una mujer? ¡Y qué mujer!

Adela Hileret, temblorosa todavía por la emoción de su conferen-

cía, penetró en una salita interior, retiro discreto reservado para las reuniones privadas, para los "tête-à-tête" confidenciales. Una lámpara eléctrica, con amplia pantalla, iluminaba una parte baja de la salita, dejando poco menos que en tinieblas el resto. Así fué que, imaginándose estar sola, tuvo una verdadera sorpresa cuando oyó una voz que le decía, desde un ángulo obscuro:

—La felicito, señorita... He oído su conferencia y estoy convencida... Pero... tengo una duda que desearía aclarar... Una duda, tal vez indiscreta, quizá producto de una inteligencia poco cultivada como la mía, pero nacida de lo más íntimo de mi corazón...

Adela buscó en la penumbra de la habitación el rostro de la mujer que así le hablaba, y cuando hubo penetrado con su mirada hasta ella, le sorprendió el aire de melancólica reflexión con que había dicho aquellas palabras. De pie y recostada ligeramente sobre el marco de una puerta, la desconocida le hablaba, sin cambiar de sitio. Después de un minuto de silencio, le contestó:

—¿Qué pregunta deseaba hacerme?

—Estoy convencida de que realizando su ideal—siguió la otra,—la mujer futura podrá desarrollar toda su inteligencia y poner en acción las mil cualidades de que está dotada por la naturaleza, y que yo, como mujer, conozco o presiento. Infatigable en el trabajo, pondrá en sus empresas políticas, sociales, científicas, una gran voluntad y un obstinado espíritu de organizadora... Pero, se me ocurre preguntar a usted: ¿Será más buena la mujer cuando haya realizado su ideal?

—¿Qué duda cabe?... Será no sólo más buena, sino que su bondad ya no será un puro instinto afectivo, sino una manifestación consciente, un acto reflexivo de sus sentimientos cultivados...

—Y si una mujer llegada a la posesión de estas ideas, hasta el punto de que estuviera en condiciones de predicarlas, fuera mala, ¿sería de una maldad consciente hasta la perversión? Porque la maldad impulsiva halla disculpa, pero la maldad que se abre camino a través de una inteligencia cultivada, tiene apariencias que llenan de espanto, ¿no es verdad, señorita?

Adela Hileret, que seguía ahora la conversación con visible contrariedad, clavó en la mujer una mirada penetrante, y no contestó.

—Usted ha defendido los derechos de la mujer, y yo, como mujer, le estoy agradecida... Sin embargo, mi sufrimiento no podría ser curado por ninguna ley... Soy, lo que se llama, una mujer que siente todavía por instinto afectivo, como usted acaba de decir... Sí, los derechos de la mujer, todos ellos, conquistados por mí, no me devolverían la felicidad... Contésteme a esta pregunta: ¿Amar a un hombre es un derecho?

—Sí... —respondió Adela, tratando de abreviar la conversación.

—Y querer conservar ese cariño, suponiendo que se haya obtenido, ¿es también un derecho?

—Sí, señora... Pero, ¿a dónde va usted a parar?... Yo...

—Y si se está casada con ese hombre y se tiene un hijo de él... ¿mayor motivo, verdad?

Adela Hileret, muy agitada, dió un paso hacia la desconocida, y con la voz temblorosa le preguntó, después de mirarla ansiosamente:

—¿Quién es usted?

Avanzó hasta ponerse bajo la luz. Lentamente, levantó el velo tupido que le cubría las facciones, y contestó con una voz llena de tristeza:

—Soy la esposa de Aníbal Guevara...

Se miraron las dos frente a frente. Isabel estaba palidísima con grandes surcos alrededor de los párpados, en la comisura de la boca. Sus labios apretados parecían retener el soplo de su vida, que pugnaba por escárparsele. En sus ojos brillaba una gran acusación, y cuando los fijó sobre los de Ade-

mar de arenas agitadas. Solitario el paraje, bajo el frío penetrante, se extendía uniformemente a la orilla del Plata, desde poco más allá del Retiro, a través de la Recoleta, Palermo, bajo de Belgrano... Se perdía a lo lejos, anegadizo, gris, borrado por la bruma que empezaba a subir de las aguas.

A la altura de la estación Golf un automóvil avanzaba, ocupado por cuatro hombres. Cruzó la vía del tren y descendió hacia el río, por el camino que se interna en el bosque. Avanzando hacia el lado de Palermo penetró entre los sauces y desapareció. Habiéndose detenido,

ANECDOTA

Felipe IV, después de haber perdido el reino de Portugal y algunas otras provincias, decidió tomar el sobrenombre de Grande. El duque de Medinaceli, dijo, sobre esto:

—Nuestro señor es como los agujeros: pierde tierra a medida que se agranda.

la Hileret, ésta no pudo soportar el brillo de su mirada.

Empezó a retroceder, a buscar una forma de escapar a la terrible pregunta, inclinada la frente, por donde rodaban cristalinas gotas de sudor.

Un coro de voces femeninas se escuchó muy próximo, y varias señoras y niñas irrumpieron en la pequeña sala. Al encontrarse con Adela, que trataba de salir, una señora vestida de negro, muy expresiva, le echó los brazos al cuello y la besó con efusión:

—Eres un angel, muchacha...

Todas la abrazaron y querían besarla. Isabel aprovechó la confusión para dejar caer su velo y salir sin que nadie lo notara.

Era un frío amanecer de Junio. Los árboles sin hojas de la ribera hacían más desolador el paisaje, que el río turbio cerraba por el este, dilatándose como un gran

ya a pocos pasos de la corriente, bajaron de él el doctor Chavez y tres amigos suyos, uno de ellos médico. Los dos restantes estaban destinados a servirle de testigos, en el lance que pocos minutos más tarde tendría con Aníbal Guevara. Uno se llamaba Marcelino Suárez, rentista retirado de los negocios y gran aficionado a la esgrima y tiro al blanco.

—Evergisto... —le había dicho, poniéndose una mano sobre el corazón,—para los lances son los amigos... Seré tu padrino.

En aquel momento, cargaba en una mano con la caja de pistolas y con la otra se aplicaba un pañuelo a la mejilla para restañar la sangre que la navaja de afeitar, poco hábil, le había hecho brotar, seccionándole un lunar peludo que se dejaba crecer por un hábito de mal gusto. La sangre manaba sin interrupción, y ya teñía el pañuelo manchado en varias partes. Aun-

que grotesco, aquello resultaba de mal augurio.

El otro padrino era un tipo alto, magro, de perilla y gabán con pieles. Podía ser un diplomático, un profesor o un cómico. Se llamaba Jules Bournichon y era en realidad introductor del aperitivo Amer Gizot, una especie de veneno muy agradable.

Querrid Chavez... ¡Es precis no olvidarrg ese golp!... ¡Un... dos... trregs!

Y avanzando unos pasos, hizo ademán de volverse rápidamente y hacer fuego. Chavez, le contestó que sí con un ademán de cabeza. El duelo era a muerte, usándose pistolas, a veinte pasos, disparando a discreción después de contarse tres palmadas.

La ofensa no era tan grave, pero habían ambos dado instrucciones a sus padrinos para llevar las cosas al último extremo.

En ese momento otro automóvil se detuvo un poco más lejos, y Aníbal Guevara descendió en compañía de sus amigos: Alberto Maini y Manuel Díaz Paz, dos abogados compañeros de estudio. Los seguía el doctor Zabaleta, médico, quien llevaba en la mano su botiquín.

Los padrinos se saludaron fríamente. Tiraron a la suerte, y ésta decidió que se usaran en el lance las armas de Chavez. El director del duelo, en cambio, fué Díaz Paz, quien inmediatamente contó la distancia y ordenó que los duelistas se quitaran el abrigo y el saco, quedando en mangas de camisa. Hacía mucho frío y era preciso abreviar.

Guevara, apoyado hasta entonces en el tronco de un árbol, tenía el pensamiento puesto en otra parte. Había escrito dos cartas: una para su mujer y otra para Adela Hileret. A la primera le confesaba su pasión culpable, fruto de una hermandad de ideas que un día hizo crisis, de cuyas consecuencias se confesaba único reo. Hubiera querido que fuera su esposa legítima y no aquella mujer la señalada por el destino para ser también su compañera espiritual... La suerte no lo había querido así. Le pedía perdón y le rogaba que si moría no maldijera su memoria, a pesar del

DE PURA LANA

PARA HOMBRES

UN RICO
SOBRETUDO \$ 35

UN BUEN
TRAJE \$ 39

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (Bs. AIRES)

daño inmenso que le había causado. Y que a su hijo...

Guevara, sintiendo que las lágrimas afluyeron a sus párpados, empezó a caminar sobre el suelo húmedo cubierto de hojas. En ese instante debía quitarse el abrigo y el saco. Lo hizo rápidamente, recibiendo de manos del padrino el arma homicida. Avanzó hasta colocarse en el lugar que le designaron.

Las condiciones del lance, ya establecidas, sabíase que al sonar la tercera palmada ambos adversarios, colocados de espaldas, se volverían de frente, pudiendo disparar a discreción. La cosa era sencilla, y lo único importante de aquella maniobra era matar o morir. Ni se habló de reconciliación.

En medio del gran silencio, no turbado siquiera por el rumor de los árboles, se oyeron los tres golpes de Díaz Paz, sonando de una manera impresionante.

—Uno... dos... tres...

Una nubecilla de humo se dilató delante de cada adversario. Ambos permanecían de pie y dispararon un nuevo tiro. Esta vez Guevara soltó la pistola y se llevó las manos al pecho. Sin un grito, sin un quejido, giró sobre sí mismo y cayó en los brazos de su padrino y el médico, que habían corrido a sostenerle.

—Mal lugar... — dijo este último examinando la mancha de sangre que empapaba la pechera de la camisa. Voy a hacerle una rápida cura y luego veremos...

Inmediatamente se puso a la tarea. Cuando hubo terminado, y entre los tres le llevaron hasta el automóvil, Guevara seguía sin conocimiento. Chavez y su gente habían desaparecido.

—¡A casa!... — indicó el doctor Maini, que estaba muy pálido. Era en su domicilio de soltero, Canning a la altura de Arenales, donde el herido podría ser atendido sin que la familia recibiera desde el primer momento la tremenda noticia.

Tendido sobre una gruesa manta, con la cabeza reposando sobre las rodillas del médico, Aníbal Guevara yacía pálido y sin movimiento. Un hilo de sangre le corría entre los labios. Cuando el automóvil daba un barquinazo inevitable, lanzaba un débil quejido. A través de los párpados entrecerrados, las pupilas le brillaban con un tono vidrioso. Así, lentamente, llegaron hasta la casa de Maini y le pusieron en el lecho.

Al reconocerse la herida, se comprobó que la bala pasando cerca del corazón, había perforado los pulmones. Reunidos en consulta aquella tarde Zabaleta y un colega, diagnosticaron el estado del enfermo como muy grave.

Aníbal Guevara yacía en el lecho, sin que los médicos abrigaran muchas esperanzas de salvarle, al cuarto día de su lance con el doctor Chávez. La bala había sido por fin extraída en la noche anterior, pero los peligros de una hemorragia se hacían palpables a cada momento. El herido reposaba en las almohadas, sobre cuya blancura se destacaba su rostro exangüe, que el sufrimiento y la pérdida de sangre habían como afinado, acentuando los relieves, demacrando y ensombreciendo las mejillas y orejas. El bigote caía sobre la boca y el cabello se pegaba a las sienes húmedas, lo que concluía por dar al ros-

tro una expresión de agotamiento impresionante.

Isabel le velaba desde la primera noche. Cuando Díaz Paz llegó a su casa y con todas las precauciones le comunicó la terrible noticia, no derramó lágrimas inútiles, sino que inmediatamente corrió a la cabecera del herido, ahogando su desesperación, con toda su voluntad puesta en aquella lucha por salvarle.

Ni por un momento pensó que su marido, una vez sano, volvería otra vez a ser de la otra. Su alma, como una cisterna profunda, se recogía en lo más hondo, y estaba siempre pronta para saciar la sed con su agua generosa, porque no sabía ser de otro modo. Era su deber... Y no preguntaba más.

El herido, cuyo desasosiego iba

del le rogó que callase, porque se pondría peor.

—Ya... calla...ré... Isabel... quiero...

Se fatigó de nuevo, temblorosas las alas de la nariz, en el esfuerzo por respirar.

—¿No ves?... Te hace mal... No hables, para que puedas mejorarte.

—No... yo mori...ré... pronto... y quiero... escúchame... quiero que me... perdones...

Ella cayó de rodillas junto al lecho, estrechando la mano del herido contra sus labios. Durante un momento las lágrimas le impidieron hablar. Por primera vez corrían de sus ojos, y un nudo de dolor le apretaba la garganta, le sacudía todo el cuerpo en un espasmo interminable.

EN LA LIBRERÍA



—¿Tiene completos los "Cuatro Jinetes del Apocalipsis"?

—Sí, señor...

—Bueno, pos cuando le falte alguno, aquí está un servidor, que no será del "Apocalipsis", pero que sabe tenerse a caballo.

en aumento, abrió los ojos en aquel instante. La miró largamente y luego dejó caer los párpados con pesadez. Sus labios se movieron:

—Isabel... — logró articular.

Ella le pidió que no hablara, pues los médicos le habían recomendado un silencio absoluto.

—¡Sí... abso...luto! — repitió él, y una sonrisa de amarga desesperanza le crispó los labios.

Quedó un rato así, descansando de su esfuerzo. El aire llegaba con dificultad a sus pulmones congestionados, y se veía el esfuerzo que hacía para respirar. Su estado se volvía más grave por minutos, y en un momento su mano derecha se levantó, agitando desesperadamente:

—¡Aire!... — dijo, por fin.

Isabel abrió la ventana. Un cielo opaco, de nubes tupidas y uniformes, se veía desde la alcoba. A lo lejos sonaba, confuso, el rumor de la ciudad. Un piar de gorriónes, monótono y triste, sobre las cornisas...

Reanimado un poco por el aire puro que entraba de afuera, Guevara quiso hablar de nuevo, pero Isa-

—No tengo nada que perdonarte... — dijo, por fin.

Pero él le hizo un ligero gesto de que no era aquello lo que deseaba.

—Dí... que me perdonas... — Extendió los brazos hacia la ventana, con un ademán angustioso: —Pronto... dí... que me perdonas.

—Pero, Aníbal... si tú has sido bueno... fué la fatalidad... No pienses en eso, trata de curarte, ahora...

Nada contestó, muy debilitado por el esfuerzo. Pero su rostro estaba serio y amargado de contrariedad. Ella comprendió que no debía hacerle sufrir y que todo tenía que serle acordado en aquella hora tan grave. Nunca se escapó de sus labios un reproche, jamás le arrojó al rostro su fea acción, ni se interpuso en su camino con llantos y acusaciones. Sufrió en silencio, ocultó sus lágrimas en el fondo de su corazón, y sólo cuando ya no pudo soportarlo más, abrió sus labios, no para maldecir a la otra, sino con un sentimiento de admonición.

Las Pastillas RIN-RIN

(EL MEJOR REMEDIO CONTRA LA GRIPE Y LA TOS)

Año Tras Año Superan la Venta

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja

El más condenable de los actos se justifica por un profundo sentimiento de sinceridad. Pero no se puede predicar sobre los derechos de la mujer y robarle a otra mujer el derecho de amar a su marido!

—Isabel... di que me perdonas...

—murmuró el herido, con voz débil.—¡No quiero... morir con ese remor...dimien...to!

—Sí, te perdono... ¡Ya te había perdonado!

Sollozó Isabel, hundiendo la cabeza entre las sábanas del lecho. El herido sonrió, iluminado su rostro por una expresión de felicidad. Después empezó a palidecer más aún; sus labios se agitaron, tratando de pronunciar el nombre de su hijo... Los ojos perdieron el brillo y un estertor ronco se escapó de entre sus dientes...

Isabel, tomándole la cabeza, la estrechó contra su corazón, recibiendo allí los últimos latidos. Y quedaron así los dos, unidos en un largo abrazo, hasta que el médico penetró en la alcoba. La separó suavemente y examinó al herido... Movi6 la cabeza con un ademán. Todo había terminado ya.

Era otra vez en la salita de costura de misia Lola. Había pasado poco más de un año desde la muerte de Aníbal, y su hija vivía con ella desde entonces, resuelta a no separarse más. La anciana leía el diario, mientras Isabel enseñaba a su hijo, el pequeño Aníbal, un libro lleno de coloreadas estampas. Los negros y brillantes cabellos de Isabel se habían vuelto grises, y profundas arrugas hundían las líneas de su rostro, dándole un sello de marcada desesperanza.

Misia Lola, que recorría, con sus gafas caladas, las diversas secciones del diario, tropezó de pronto con una noticia que le retuvo fuertemente la atención. Decía así: "El doctor Evergisto Chávez, contrajo enlace anoche con la señorita Adela Hileret, ambos tan prestigiosamente vinculados en nuestros círculos científicos y literarios. Próximamente partirán para la India, a donde el doctor Chávez, irá representando a nuestro país ante el congreso médico de Calcuta. Felicitamos...", etc.

Quedó en silencio, la anciana, sintiendo que múltiples ideas se agolpaban en su cerebro. Pensaba que aquel matrimonio, celebrado en otro tiempo, pudo haber evitado la tragedia que tronchó la felicidad de su hija. Casi estuvo a punto de decirlo en voz alta... Luego se contuvo.

—¿Para qué?... — murmuró.

Sus ojos se posaron piadosamente sobre el rostro de Isabel. ¿No cumplía su misión de madre? Había, pues, una esperanza de felicidad... Luego, miró la cabeza dorada del niño, llena de ilusiones infantiles, como botones de rosas nuevas...

Mientras en el salón del hotel las damas de la sociedad de beneficencia servían el té, Enrique se ingenió para apartarse con Dora: salieron a la terraza. Hablaron un poco del baile animadísimo; luego, él calló, y, abanicándose con la caturlina-programa de la "kermesse", suspiró prolongadamente.

—¡Virgen santa, qué penas tan grandes debe tener usted para suspirar así!—exclamó Dora, risueña, pero con voz que temblaba de ternura—. ¡Dígame, confíeme sus cuitas!

Y lo miraba significativamente, como para hacerle comprender que, sin necesidad de confesiones, conocía esas "penas tan grandes".

—¡Ah!, señorita —replicó él— Tengo un solo pesar, pero grande, inmenso, que me llevará a la desesperación.

—¡Uy, qué aires trágicos!... ¡Cómo se ve, cómo se siente que es usted poeta!

—Por caridad, se lo suplico: no se burle de mí. Precisamente no soy más que eso: un poeta, un pobre poeta...

—¿Y lo considera una desgracia? ¿Es ese todo su pesar?... Veamos un momento: ¿qué es un poeta?, ¿acaso un espantapájaros?... Todo lo contrario: en sociedad, su nombre vale, por lo menos, tanto como un título académico; y en una reunión de damas, el poeta es siempre el benjamín, el niño mimado...

—Es probable... mientras se trate de declamar sonetos y de improvisar madrigales. A las mujeres les atraen los versos, como las flores..., por veinticuatro horas. La poesía es tan bella y efímera como las flores; a la mujer le agrada adornarse así, con la armonía de los versos, como si se pusiera una rosa a la cintura; luego..., fuera la rosa y fuera la poesía; y hasta es capaz de pisotearlas con sus piecitos...

—¡Qué exageración! Pero si usted...

Aquí Dora levantó su manecita para empezar un buen sermón; pero el joven aferró al vuelo aquellos cinco dedos amenazadores, irresistiblemente finos y blancos, que eran cinco lirios; y mirando rápidamente en derredor para cerciorarse de que nadie podría castigarle por la audacia, se los llevó a los labios, besándolos con transportes.

—Si usted, Dora, me quisiera un poco... ¡si usted pudiera amar a un pobre poeta como yo!...

Este último "usted" fué pronunciado con tal fuerza, que Dora quedó aturrida de buenas a primeras, y se le olvidó de retirar en seguida la mano; en cambio, recordó, como en un parpadeo, quién era ella: la hija única del riquísimo banquero Mallier, una heredera buscadísima y cortejada. Miró fijamente en los ojos al enamorado poeta, comprendió, e inclinó la cabeza, dolorida por el dolor de él.

—¿Ve?—murmuró Enrique, después de esperar una protesta que no fué formulada; y dejó caer melancólicamente la manita cautiva—. Ahora, señorita, ya sabe por qué suspiro, por qué soy tan desdichado...

En ese momento, varias jóvenes volvían de la terraza al salón, todas elegantes y alegres, bien retocadas, dispuestas a reanudar la danza. Campanaban las cinco en el monumental reloj de caoba de la vecina sala de lectura.

LA ROSA DE ORO

Por Cesarina Lupati

—¿Vienes, Dorita? Van a tocar un tango nuevo.

Con sus vestidos blancos, rosa, azules, lilas, todas ellas revoloteaban como un enjambre de mariposas que la brisa hubiese arrastrado del jardín.

Dora había permanecido por un

—¡Qué tonta es!—murmuró Dora, enrojeciendo.

—Una monita...—comentó Enrique, tomando de nuevo, delicadamente, la mano de la joven, abandonada sobre la levísima gasa sérica de la falda.

Al oír lo de "monita", Dora se

—¡Qué injusto! Yo sé que agrada a muchos. ¿A usted, no? ¿De veras que no?

—La detesto.

—Es una exageración.

—Señorita Dora, hablemos de otra exageración: la amo, la adoro, estoy loco por usted, sé que este amor será mi ruina, quizá mi muerte... Sin embargo, no quiero razonar, no quiero curar...

Fué así como Dora, la del tierno corazón, la de los grandes ojos soñadores, se rindió a la poesía; a aquella poesía que era el amor.

En el salón, al final de la galería, los violines suspiraban un lánguido ritmo y las jóvenes parejas giraban ligeras, con un rumor de pasos y de vestidos semejante a un batir de alas.

En casa de la familia Mallier produjéronse terribles escenas, discusiones, llantos, amenazas.

Era imposible imaginar una incongruencia peor: la bella, la riquísima Dora, hija única del banquero Mallier, rechazaba las más conspicuas demandas de matrimonio, ciega en un amorío de colegiala con un pobre poeta. ¡Qué escándalo para toda la encumbrada parentela, para el vasto y maldiciente círculo de sus relaciones! Dora Mallier, la heredera tan deseada y envidiada, la "rosa de oro", como la llamaban sus amigas, estaba por sumirse en una aventura miserable; sí, porque, ya que los padres le negaban a su poeta, la desdichada terminaría por huir con él: esto era terrible, pero previsible, lógico, fatal. Sin embargo, el murmullo compasivo de las amigas—que ocultaba una inmensa y secreta alegría—, pareció querer apresurar acontecimientos que no tuvieron lugar.

Dora no perdió la cabeza, no tuvo ningún choque dramático con sus padres, no huyó con su poeta. Dijo sencillamente:

—Esperaré.

—¿Qué esperarás, desdichada?

—Mis veintidós años, la libertad.

¿Quién podía decirle nada más?

Con dulzura serena y fuerte, ella tendió la mano a Enrique Viani como a un amigo que debe ausentarse por breve tiempo.

—Hasta la vista, Enrique, dentro de tres años. Tendré entonces veintidós y saldré de aquí libremente, del brazo de usted, para ser su esposa.

El joven besó aquella manecita pura y leal, turbado por una felicidad tan inesperada, tan grande que le hizo vacilar, como si el corazón se le despedazase.

—¡Oh, Dora!, ¡cómo la amo! ¿Podré hacerla todo lo feliz que usted merece ser?

—Sí, amándome mucho.

—¿Y cómo soportaré la eternidad de estos tres años?

—Pensando en mí, evocándome en sus poesías. Me tendrá usted viva y presente en su corazón. Le juro que seré muy juiciosa, que estaré muy tranquila, y que le esperaré.

Así se separaron.

Mas ¡qué lentos, qué grávidos de ansiedad, de dudas, de desconsuelo fueron los días que el poeta cantó desde entonces en sus versos!

Ninguna tentación venía a distraerlo en la modestísima existencia que arrastraba entre la casa y

OBSEQUIO Dos grandes productos nacionales

KALISAY

es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.



El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 mn. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cía., Lda. (S. A.)

24 de Noviembre 480, B. Aires.

Deseando recibir el Estuche que anuncian, acompaño \$ 0.50 centavos.

Nombre

Domicilio

Localidad

F. C. Provincia

F. M.

momento indecisa a la llamada; una jovencita demasiado rubia, de sonrisa maliciosa, vino a hacerle una reverencia jocosa.

—¿La señorita Dora prefiere que-darse? ¡Quién sabe lo interesante que ha de ser la conversación para que sacrifique por ella un tango delicioso!...

Y con los brazos alargados, el paso arrastrado y los movimientos desarticulados, insinuó dos vueltas de tango, cimbrió el cuerpo, dió dos saltos y desapareció en la sala contigua.

echó a reír con su espontaneidad peculiar.

—¡Tiene razón! Con esos cabellos oxigenados, pero rojizos, ese vestido todo frunces y esos ademanes forzados, Isabel Lantieri parece en realidad una linda monita domesticada. ¡Ah, ah!...—Luego miró desconcertada a su joven amigo: —Pero es usted terriblemente cáustico, lapidario; ¡qué madrigales ni qué poeta!... Sin embargo, Isabel puede pasar por una linda y graciosa muchacha...

—Sí; vista de lejos...

el empleo que le daba el pan; la entrada en la mansión Mallier le estaba vedada, y no lograba ver a su prometida sino muy de tarde en tarde, sin poder cambiar con ella más que fugitivas miradas apasionadas.

—¿Y Dora? ¿Cómo pasaba su tiempo, Dora? En el ocio fastuoso.

Entre las recepciones y las fiestas que forman las obligaciones de la sociedad privilegiada en que vivía, la "rosa de oro" brillaba circuida de jóvenes, constreñida a ascuchar sus galanterías, quizá embriagándose un poco con ellas. Sus mismos padres la ayudaban a distraerse, queriendo hacerle olvidar aquel primero y pobre amor. ¿Por ventura se podía dar crédito a su promesa? Las palabras de las niñas bellas se las lleva el viento: ¡loco el poeta que cree poder edificar sobre ellas — fugaces y mentirosas — su propia felicidad!

Lentas jornadas grises de tristeza, agonía del amor, ¡cuántos versos desolados inspiraron!

Dora recibió aquellos versos, los leyó conmovida, sonrió con indulgencia y halló el modo de susurrar al amado:

—¿Por qué sufre así? ¿Qué teme? Tenga fe en mí: no seré sino suya. ¡Animo, Enrique, amor mío! El porvenir nos sonríe. La vida será nuestra...

Transcurrieron tantos días que, en su monotonía, ya no se contaban: una eternidad de semanas, de meses: dos años.

En esa época empezó a notarse con la mejor sociedad el progresivo eclipse de la familia Mallier de toda fiesta, de toda reunión; no más teatros, ni bailes, ni veladas de beneficencia, ni recepciones. ¿Por qué? El hecho era comentado con esa fácil piedad que difícilmente tiene raíces profundas en el corazón.

—¡Es una lástima! Una verdadera lástima...

La maledicencia se ensanchaba:

—Se explica. Economías desesperadas. El banquero Mallier se ha arriesgado demasiado, ha abusado del crédito, y ahora se halla comprometido en negocios desastrosos. Se ve que trata de resistir, de economizar donde puede, de salvar a la familia... Pero quizás sea tarde; esa clase de compromisos generalmente conducen a un precipicio.

Las amigas de Dora, aquéllas aun solteras y sin novio, bisbiseaban meneando la cabeza:

—¡Pobrecita! ¡Pobre "rosa de oro"! Hubiera podido casarse con un príncipe oriental, y, ahora... sin dote, será un milagro si encuentra un marido cualquiera.

—Su poeta la espera.

—Veremos... Entretanto, ya no se le ve por ninguna parte.

Las sonrisas maliciosas subrayaron la reticencia: ¿dónde estaba Enrique Viani que antes se hallaba siempre al paso de Dora Mallier? ¿Acaso ya no le apremiaba cortar la bella "rosa de oro", ahora que amenazaba no ser ya de oro, ni de plata, ahora que se marchitaba prematuramente por haber sido sacada del hermoso invernadero donde creciera?...

Un día, una avispada jovencita llegó al corro de las amigas murmuradoras con una novedad fresca y sabrosísima:

—¿No saben? Ayer encontré a Enrique Viani, elegante y risueño como nunca.

—¿Dónde? Cuéntenos.

—En el palco de Isabel Lantieri.

—¿De veras? ¿Tanta intimidad?

—Parece. Creo que la corteja.

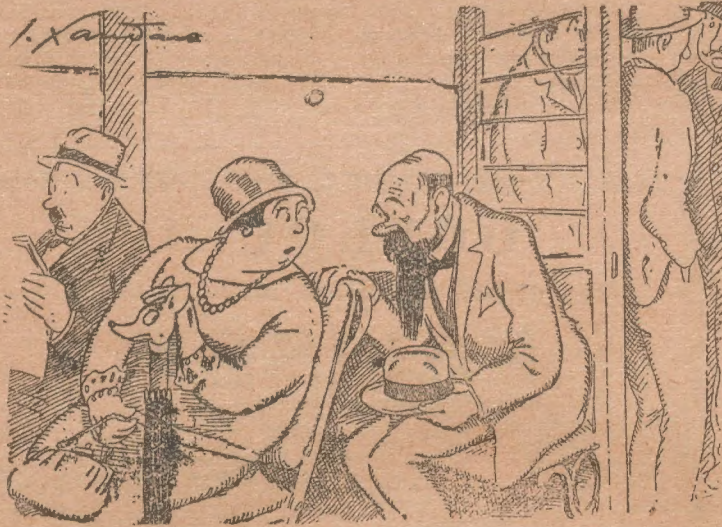
—E Isabel Lantieri no es bella.

—Vulgarucha.

—Podría ser la criada de Dora Mallier...

—Sí; pero su padre, en estos últimos tiempos, ha hecho fortuna;

Dora Mallier ya bordeaba los veintidós años; sabía que sólo podría disponer de una misera dote, quizá ni siquiera de ésta; vivía apartada. No hablaba con nadie. No quería confesar que desde hacía varios meses ya no recibía cartas ni versos de Enrique Viani; tampoco encontraba ya a su paso el rostro pálido y sentimental, las miradas apasionadas del poeta.



—Ya se sabe que su señora estuvo delicada, ¿cómo la ha encontrado usted a su regreso?

—A fuerza de poner anuncios en los diarios.

todos saben que ahora dispone de millones.

—¿Entonces tú crees que...? ¿Supones que pueda olvidar a "rosa de oro"?

La viborilla encogióse de hombros con prudencia y contentóse con insinuar sutilmente:

—Después de todo, en nuestros tiempos un poeta puede ser también hombre de negocios. Lo que Dora ha perdido, el marco dorado, quizá él lo busque en otra parte.

La noticia circuló por los salones y llegó a aquella que habría debido ignorarla.

Comprendió.

Un día, en la calle, encontró finalmente a Enrique Viani. El trató de rehuirle, pero no pudo. Era ya oficial la noticia de su compromiso matrimonial con Isabel Lantieri, la nueva rica... Y, naturalmente, se vió obligado a aceptar las congratulaciones.

—Estoy enterada, y le felicito.

—dijole Dora, estrechando apenas la mano de él, pero mirándole bien fijamente en los ojos, de hito en hito, con sus límpidas pupilas en las que no temblaba el lloro del amor, y en las que, por el contra-

DE VIAJE

Ave de paso,
fugaz viajera desconocida;
fue sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
duró un instante, de los que llenan toda la vida.

No era la gloria del paganismo,
no era el encanto de la hermosura plástica y necia;
era algo suave, nube de incienso, luz de idealismo.
¡No era la Grecia,
era la Roma del cristianismo!

Ida es la gloria de sus encantos;
pasado el sueño de su sonrisa.

Yo, lentamente, sigo la ruta de mis quebrantos;
ella ha fugado como un perfume sobre la brisa.

Quizás ya nunca nos encontremos;
quizás ya nunca veré a mi errante desconocida;
quizás la misma barca de amores empujaremos,
ella de un lado, yo de otro lado, como dos remos,
toda la vida bogando juntos, y separados toda la vida!

José SANTOS CHOCANO

rio, parecía arder una luz tan viva, que el joven, incapaz de afrontarla, bajó la cabeza.

Viéndole tan avergonzado, tan humillado, Dora le contempló con dolorosa altivez, y las palabras mordaces murieron en sus labios.

Hubiera podido herirle, pero, en cambio, se concretó con mirarle en silencio.

Enrique Viani trató de romper aquel silencio, gélido y pleno de reproches.

—Dora — balbuceó —, la vida, a veces, nos arrastra, nos lleva a...

Entonces ella halló palabras para interrumpirle en seguida:

—Se lo suplico; no diga nada... No hace falta; le he conocido... Ahora sé que un poeta no es la poesía por el contrario, puede ser la más interesada realidad. ¿Quién lo habría imaginado? El poeta era usted. La poesía, desgraciadamente, ¡era yo!

No añadió más, ni siquiera un saludo.

Con una breve inclinación de cabeza, le volvió la espalda, y se alejó.

Enrique Viani, con el corazón oprimido, quedóse mirando a la Poesía que se alejaba. Hubiera querido seguirla, llamarla; sentía que con ella se desvanecía verdaderamente la imagen cara de sus sueños... Pero todo era ya inútil.

Con la cabeza baja volvió sobre sus pasos, en dirección opuesta a aquella por donde había desaparecido Dora, como temiendo hollar la horma de la "rosa de oro", después de haber hollado el amor; confundióse entre la gente, deseoso de perderse en el tumulto de la realidad..., porque en ese momento se avergonzaba de ser poeta.

Cuentos judíos

Durante un caluroso día, dos judíos se dan aire con sus abanicos.

—Yo no sé qué hacer — dice uno de ellos — para no comprar tantos abanicos. No sé si es que me doy mucho aire o qué; pero es el caso que se me rompen en seguida. Y por cierto que el vuestro es magnífico; es hermosísimo; ¡una verdadera joya! ¿Os habrá costado muy caro?

—No; me lo encontré en un paseo.

—¿Y cómo os abanicáis que lo tenéis enteramente nuevo?

—¡Ah, muy sencillo! Coja el abanico, lo abro y lo pongo delante de mí... y para darme aire comienzo a mover rápidamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha...

En un restaurant económico el *maitre d'hotel* se fija en qué Kahám, uno de los parroquianos parece hablar con un pescado que tiene en el plato. Se aproxima:

—Pero... ¿es que habláis con ese pez, señor Kahám?

—¡Ya lo creo!

—¿Y entiende lo que le decís?

—Perfectamente.

—¿Y qué es lo que le preguntáis?, si puede saberse...

—Le pedía noticias acerca de mi primo Blum, de Budapest.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha dicho: "No puedo contestaros, señor Kahám; hace más de dos años que me sacaron del Danubio".

¡Como pa juir, la cosa!

(Del libro en preparación "De viejo y de nuevo cuño")

Nuestro viejo conocido el coronel don Paulino Amaro, cuando joven, recibió de otro gaucho, en una jugada de taba, un agravio que no quiso dejar pasar por alto, porque peligraba su fama de hombre guapo, dada la calidad del adversario, que no le iba en zaga en nombradía.

La ofensa, pues, no podía lavarse de otra manera que con sangre.

Y los dos hombres se desafiaron a pelear, como peleaban los gauchos: caballerescamente, aunque no mediaran en esos lances, la intervención de padrinos, la constitución de tribunales de honor, ni la publicación por la prensa de las actas del encuentro.

Nunca se vió caso de que no hubiera lugar a duelo.

Y en aquellos lances, siempre moría uno de los contendientes, cuando no los dos.

Frente a frente, desnudo el brazo derecho que mostraba la recia musculatura del varón fuerte que esgrimía fieramente el puñal; —y envuelto el izquierdo con el poncho de verano o la chapona, de la que se despojaba y que a guisa de escudo defendía el cuerpo de los golpes de hacha del arma contraria se dirimían las cuestiones personales de la gente de campo.

Unas veces, con testigos y no muy lejos de la reja de la pulpería para que el resto del paisanaje gozara del varonil espectáculo: y otras, a solas, — sublime coquetería de los guapos, — sin expectación, — después del consabido desafío:

—¿Güeno; si sos hombre... ¡salí pal bajo...!!!

—¡Y claro que t' viá seguí...!!

Primero, el desafiante retiraba del palenque o de bajo de la enra-

mada, su caballo, al cual arreglaba tranquilamente el apero, para montar en seguida gallardamente y dirigirse al lugar de la cita. Minutos después, el desafiado, luego de llenar iguales requisitos con el suyo, se dirigía como si se tratara de un paseo, sin apremios, tras su adversario.

Paulino, a la vera del arroyo, junto al "paso" esperaba de pie con el cabestro en la mano, a su enemigo; — y ni bien éste abandonó su caballo, caía el de aquel como fulminado, de feroz puñalada.

—¡Ohhh!... ¡!!! Por qué lo mataste?!!!... — interrogó sorprendido el paisano.

—Pa juir el que quedé, — respondió Amaro, — con un solo mancarón alcanza. ¿Estás pronto vos, aura?

—Ya mesmo.

Y los aceros empezaron a sacarse chispas.

Un rato después cruzaba al galope por frente a la pulpería, — prólogo del drama, — jinete en el corcel del adversario, Paulino Amaro, quien, rumbo a la frontera del Brasil, prevenía al pasar a los gauchos que aguardaban ansiosos el resultado de la pelea.

—¡Vayan a recogerlo que allá quedó el hombre!... ¡Hasta la güelta, muchachos!...

Y las nubecitas de polvo que levantaron los cascos del caballo al arrancar a la carrera, herido en sus ijares por las espuelas del jinete, se fueron esparciendo gradualmente sobre las alcachofas de los cardos que adornaban los bordes del camino...

Rómulo F. ROSSI.

Montevideo.

Los que no mueren

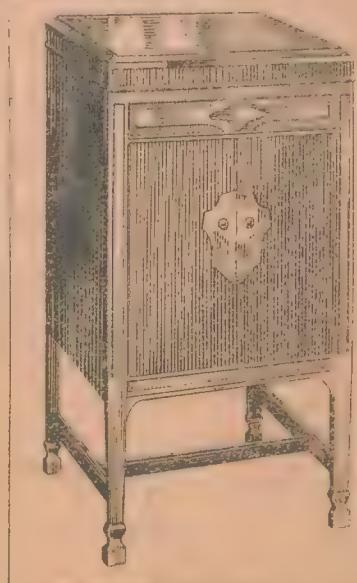
Los hombres virtuosos nunca mueren.—El curso de la vida de un grande hombre se perpetúa en el tiempo.

Muere el hombre, desaparece la forma; pero le sobreviven sus pensamientos y sus acciones, dejando un reino indeleble sobre sus semejantes.

El espíritu de su vida se prolonga en otros pensamientos y voluntades, contribuyendo a formar el carácter de los nuevos hombres. Los actos de su vida continúan siendo un evangelio de libertad y de virtud para todos aquellos que viviendo en el corazón de aquellos que dejamos en pos de nosotros, no se puede decir que hayamos muerto.

Las palabras pronunciadas por los hombres buenos y el ejemplo que dieron, viven al través de todos los tiempos, pasan a la mente y al corazón de aquellos que les suceden, sirviendo para fortalecerles en el sendero de la vida y no pocas veces en la hora de la muerte.

Samuel SMILES



NOVEDADES EN DISCOS

Correspondientes al mes de Julio

ORQUESTAS

- | | | | |
|------|---|----|-----|
| 6789 | Los Maestros Cantores. | | |
| | Orquesta de La Opera de Berlín | \$ | 7.— |
| 6791 | Lohengrin. Preludio. Por la Orq. Filadelfia | .. | 7.— |
| | Serenata. (Moszcovsky). | id | 7.— |
| 6802 | Liebeslied. (Kreisler). Orq. San Francisco | | |

INSTRUMENTALES

- | | | | |
|------|------------------------------------|----------|---------|
| 1320 | The Rosary (Nevin-Kreisler) violín | Kreisler | |
| | Mighty Lak'a Rose Id Id | Kreisler | \$ 5.25 |
| 1302 | Serenata (Toselli) violín | Chemet | |
| | Serenata (Pierné) Id | Chemet | .. 5.25 |

BAILABLES

- | | | | |
|-------|---------------------------|--------------|--------|
| 80833 | Chicaguito Jazz Fox Trot | A. Carabelli | |
| | Sol y Sombra. Paso Doble | A. Carabelli | \$ 3.— |
| 80850 | Remembranza. Vals. | A. Carabelli | |
| | Mi primer amor. Fox Trot. | A. Carabelli | .. 3.— |

CANTADOS

- | | | | |
|-------|---|----|-----|
| 80846 | Gorjeos. Tango cantado por A. Magaldi | | |
| | Pucha que soy desgraciado. Magaldi-Noda | \$ | 3.— |
| 80823 | Milonga. Tango. Cantados por | | |
| | El Trovero. Tango. A. Vila | .. | 3.— |

BANDAS

- | | | | |
|-------|---|----|-----|
| 80351 | Claveles y Rosas. Bda. Municipal de Barcelona | | |
| | Grana y Oro. Id. | \$ | 3.— |

SOLICITE NUESTRO ULTIMO CATALOGO

CUPON

SRES. IRIBERRI BELLOCQ Y CIA.

Florida 431. BUENOS AIRES

Sirvanse remitirme un catálogo

Nombre

Domicilio

Casa Iriberry
Iriberry, Bellocq & Cia.
FLORIDA 431. U.T. 31. Retiro 3656

Teresa Lailly se acercó de puntillas al ventanal y, tímidamente, levantó una punta del cortinado: la nieve nivelaba los senderos del parque donde el viento helado retorció a los árboles-fantasmas; en el brumoso horizonte declinaba un sol rojizo, monstruoso.

—¡Dios mío!—pensó la joven, estremeciéndose.—¿Por qué habré venido aquí, tan lejos, completamente sola?

Hízola sobresaltar una puerta que se abrió detrás de ella. Apareció un criado imponente en su lujosa librea.

—¿Ha regresado Su Excelencia?—inquirió la joven con voz algo temblorosa.

El hombre, insolente, la miró de hito en hito.

—¡Sí!—replicó rudamente.

—¿Le ha anunciado usted que estoy aquí desde hace más de dos horas?

El hombre bajó la cabeza en signo de asentimiento.

—¿Y qué ha dicho Su Excelencia?—insistió Teresa.

—Su Excelencia ha contestado que la recibirá cuando le parezca bien y que el deber de usted es aguardar.

En la habitación contigua, yacía el príncipe Boris Smurkoff ante el fuego soñando en un porvenir confuso, con un libro—que no leía—negligentemente entreabierto.

Cuando se hubo cansado de no hacer nada, Boris golpeó sobre un "gong" y un criado abrió de inmediato la puerta, a esta orden:

—¡Iván, las lámparas!

Las luces desaparecieron el misterio que invadía a la sala.

—¿Espera todavía esa muchacha?

—inquirió Boris al criado.

—Sí, Excelencia.

—Házla pasar.

Y cuando Teresa se halló delante del príncipe:

—¿Es usted quien se presenta de parte de la condesa Estefanía para enseñar el francés a mis hijos?—inquirió Boris.

—¡Sí, soy yo!...—balbució Teresa.—He aquí la carta que...

—¡Inútil!...—interrumpió el príncipe.—Esos asuntos no me interesan... ¡Diríjase a mi intendente!

—Pero yo me he pasado toda la tarde aguardando a Vuestra Excelencia...

—¿Y qué?

La dos glaciales palabras hirieron a la joven como un bofetón:

—En mi país—dijo con voz vibrante,—cuando un hombre cita a una mujer, jamás la hace esperar, por nada del mundo.

Boris, entonces, contempló a Teresa apaciblemente:

—¡En su país!...—repitió.—Es muy lejos...

Y, sin ocuparse más de la visitante que con paso vivo dirigióse ya hacia la puerta, el príncipe hizo crujir un grano de tornasol entre sus dedos lucientes.

Pasaron los años. Los cuatro jinetes del Apocalipsis martillaron con sus espuelas los ijares resignados de la vieja Europa. Y luego vino la convalecencia inesperada de una civilización enfermiza que se elevaba, a tientas, titubeando, hacia el azar.

¡SU EXCELENCIA!

Por Alberto Jean

Una tarde en París, Teresa Lailly—que se había casado y engrosado en una prosperidad evidente,—detuvo un "taxi" a la salida de una gran tienda. Y no pudo contener un estremecimiento de sorpre-

un amplio sofá, en tanto que ella aguardaba, angustiada, que él se dignase recibirla en su biblioteca de profundidades tumbales.

—¿Está usted libre?—le preguntó.

AL BUEN HORTELANO

Misericordioso sembrador que esperas a que estén maduras en tus sementeras las almas que miras aún verdes o en flor y hasta entonces no haces de recolector;

si corre peligro, por no estar madura, mi alma, de por otras manos ser asida, nasta que en su pulpa no sientas dulzura déjala en la rama triste de mi vida.

Mándale del agua pura de tu gracia, oh buen hortelano, de suave eficacia; expónla a los rayos del sol de bondad; y cuando ya mires que seca su culpa y cuando ya sientas sabrosa su pulpa, ponla en las canastas de la eternidad.

La asechan aviesos pájaros, gusanos... Aún cuando no fuera del todo madura, cómo ella quisiera caer en tus manos, oh buen hortelano, y estar ya segura.

Ten misericordia, ¿no ves cómo te ama? Tu paso en la huerta sombreada presente... Vendrás suavemente, moverás su rama, y ella irá a tus manos, también suavemente.

Rafael AREVALO MARTINEZ

—¡Espéreme!—ordenó al chofer. Acto seguido, desapareció bajo el pórtico de la casa.

La espera—pesada, interminable—empezó entonces. Ya había caído la noche, una noche fría, neblinosa. El hombre se levantó el amplio cuello de su chaquetón y, estoico bajo la ligera llovizna aguardó el regreso de su cliente.

El campanario de una iglesia vecina dejó oír siete toques. Luego, ocho... El hombre seguía esperando. A las nueve, saltó de su asiento, penetró a su vez bajo el pórtico e interpelló a la portera:

—Perdón, dígame: ¿conoce usted a la señora que ha entrado aquí antes de la siete?

La guardiana del inmueble se encogió de hombros desdeñosa:

—Si yo tuviera que saber el nombre de todas las personas que franquean el umbral de esta casa, podría considerarme una enciclopedia...

Y señalando una segunda puerta de vidrios que se abría al fondo del vestíbulo, continuó:

—¿No ve que es un pasaje público?... El atrio comunica a las dos calles.

—¡Ah! No lo sabía—replicó el chofer.

Salió, aturdido, como si hubiera recibido, de golpe, sobre sus hombros, toda la fatiga de aquella jornada de labor.

Cuando estuvo al lado de su coche, abrió la portezuela y encendió el pequeño "plafonier" eléctrico.

De inmediato llamó su atención un sobre clavado al asiento con un alfiler doble.

Tomó el sobre y lo desgarró, sin prisa. Escapáronse de él un billete de cien francos y una hojita de papel, arrancada sin duda de una pequeña agenda de bolsillo. Picada su curiosidad, leyó...

"Su Excelencia, — había escrito Teresa — se dignará encontrar adjunto el importe que marque el taxímetro; el resto es su propina... Deseo que Su Excelencia no se haya aburrido demasiado. Sé por experiencia que a veces resulta bastante desagradable esperar..."

Su Excelencia se puso a pensar. No era la primera vez que había sido reconocido y sufrido sangrientas burlas. ¿Quién sería la pasajera para él desconocida, que gozaba con hacerle recordar las glorias de extinguida grandeza? El pasado ya no existía en su cerebro, sino como un conglomerado de sombras.

El mismo no era ya más que un espectro que subsistía a duras penas, porque a duras penas también se ganaba la vida.

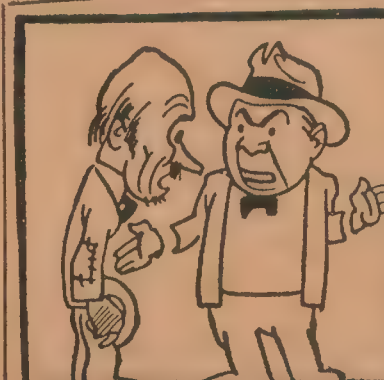
sa a la vista del chofer que dirigía su coche punto al borde de la acera.

Lo reconoció de inmediato y, como a la luz de un relámpago, revió una silueta idéntica, la del gran señor sentado blandamente en

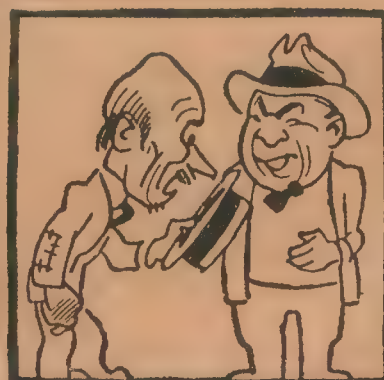
—¡Sí!—repuso el chofer sin volver la cabeza.

—¡Calle de Rennes, 17!

Cuando el coche se hubo detenido frente a la dirección indicada, Teresa saltó a la acera y:



—Lo que son las cosas. Ud. no puede comer, porque no tiene plata, y en cambio yo, tengo plata, y no tengo apetito.



—Si paga el almuerzo, le indico cómo puede comer.
—Aceptado.



—Ha visto, amigo. No hay nada mejor que el "Hierro Quina Bisleri", para sentirse anfitrión.

De la literatura española

Por Gregorio G. Puigdevall

(Especial para FRAY MOCHO)

La literatura hispana posee como característica especial la sumisión al realismo. Y al par que su rasgo peculiar es también el gravísimo defecto que rebaja a lo mínimo su jerarquía estética.

En Arte el realismo significa carencia de imaginación creadora.

Un gran artista no puede aceptar la realidad de la vida. Esta se estructura con arreglo al azar, y nunca con sujeción a un designio de orden estético. De donde la irrealidad de las obras magnas del arte.

Si bien la idea se acomoda a todas las formas del Arte, aquí hemos de aplicarla solamente a la Literatura. Nada tan desilusionante cual esas obras — teatro y novela — que nos presentan los mismos seres de que huimos — hastiados — en la vida; las obras que nos presentan los sucesos cotidianos, de los cuales el relato tan reiterado cuán insubstancial, nos fuerza a huir de eso que se llama la vida de sociedad.

Nadie aventaja a los novelistas españoles en llenar páginas con detalles triviales en torno a un suceso vulgar, del cual — lógicamente — son agentes personas vulgares. Al igual que nuestros teatros, incapaces para la creación de individualidades destacantes, de arquetipos, pasionales o intelectivos, dedican su atención laboriosa a ese tipo de seres, término medio, que en una verdadera obra de arte, caso de intervenir haríalo como figura de relleno o complemento.

La realidad no puede erigirse en tema estético. A lo más, algunos de sus rasgos, seleccionados, pueden contribuir a dar calor de humanidad a los personajes creados por la fantasía. Para copiar la realidad tal cuál es, no se precisan las altas y nobles facultades del artista, sino las de un observador con algún ingenio combinatorio. Todo gran artista lleva en sí una visión subjetiva de la realidad muy superior a la circundante. Y darle expresión es crear la obra de arte.

Copiar escenas y tipos de la vida cotidiana y real es — precisamente — lo más contrario, lo más opuesto a la alta finalidad del Arte, a la sublime misión del artista. En Pintura — por ejemplo — habría dado por resultado, museos colmados de retratos. No existirían los frescos del Vaticano, donde Rafael y Miguel Angel, nos revelaron visiones y aspectos nuevos de la existencia en una divina irrealidad. En literatura no existirían La Divina Comedia, ni La Eneida, ni El Paraíso perdido, ni la Tragedia griega, ni el teatro de Shakespeare. Tampoco se habrían creado los estilos arquitectónicos, que no han sido copiados de la Naturaleza, pues ninguna gruta, ninguna convexidad terráquea tiene la belleza de una catedral gótica: ninguna roca ha sido labrada así por la Naturaleza.

Pero los novelistas y los teatros, grafos españoles persisten en hacer sus obras de espaldas a la belleza, con desprecio para las normas estéticas de la Literatura. Esto explica el que entre tantos miles de novelas como produce España, ninguna sea de la exquisitez de El retrato de Dorián, del exquisito fantaseador Oscar Wilde, ni de la emoción imaginativa de las de Pierre Louys o Flaubert, ni del lirismo, exaltación y riqueza de metáforas de las de D'Annunzio.

Benavente — el ídolo del vulgo — ha escrito más de un centenar de obras teatrales, y ha manejado más de un millar de muñecos. Pero no ha creado un sólo carácter de valoración humana a lo Hamlet, como tampoco ha puesto de fondo a sus obras las inquietudes del ser pensante contemporáneo.

Acostumbrados a no tener obras de alta calidad, hemos dedicado a LOS INTERESES CREADOS, — ligera comedieta de ingenio, trisunto de la comedia de arte italiana — la admiración que pudo dedicar el pueblo francés al CYRANO DE BERGERAC de su gran poeta Rostand. Y a novelistas de prosa pesada y escenas de costumbrismo, los elevamos — comparativamente — al altísimo nivel de Eca de Queiroz o de Anatole France, magníficos prosadores y pensadores de inquietud universal.

Muchas veces he pensado con tristeza en la pobreza de ideas y

de formas de nuestra novela y nuestro teatro, tan insuficientes para mantenernos ante las naciones hispano americanas en el alto rango espiritual a que estamos obligados.

La enfermedad de nuestra Literatura es el realismo; un realismo sin protesta — como el de los rusos o el de Barbusse; un realismo de sometimiento y aceptación un realismo sin selección, sin depuración, sin exaltación, que nos recuerda el postulado darwiniano de la adaptación al ambiente y a la "especie".

El realismo es el primer balbuceo del arte: la aspiración al arte. El hombre primitivo en sus dibujos rupestres trataba de imitar, de copiar formas de la Naturaleza. Copiar, imitar: no podían hacer más. Faltaban entonces milenios de evolución para poder crear, para que surgiese un Miguel Angel, o un Dante.



¡No lo deje agravar!

ESO que Ud. llama ahora un "simple resfriado" puede ser un principio de influenza o convertirse en una pulmonía!

¡Tome inmediatamente

Fenaspirina

Este admirable descubrimiento de la ciencia médica moderna que tantas vidas ha salvado, no sólo alivia el dolor de cabeza, el malestar, el escalofrío, y demás síntomas iniciales del resfriado, sino que *positivamente no lo deja agravar*, porque descongiona los centros afectados, dificulta el desarrollo de los gérmenes y favorece la expulsión de las toxinas.

NO TRASTORNA EL ESTOMAGO NI AFECTA EL CORAZÓN.

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado. ¡Ensáyelo y verá!

BAYER

Para la molesta obstrucción de la nariz, **Rape Medicinal Bayer OXAN**. Destapa, refresca, facilita la fluxión despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

El socialismo que respeta la bandera argentina

Vida y milagros de Antonio de Tomaso "leader" de los independientes

1908. La palabra socialista era, todavía, una mala palabra... Y eso que Ferri no había dictado aún su sentencia... Alfredo L. Palacios dominaba en el escenario municipal de la vía pública. Era el ídolo de la muchachada romántica y donjuanesca... Su domicilio parecía una miniatura de la "Casa del Pueblo"... Cierta noche, en un cine de Flores, una conferencia socialista. Más vigilantes que pueblo... Un empujón anónimo pone por primera vez en contacto con el público a un adolescente de 18 años escasos, pequeño, delgado, peso pluma. Parece un violinista sin instrumento... No tiene más que un detalle decorativo: la cabeza de cuervo, melenuda, melenudísima, congestionada de cabellos... El rostro es enjuto, casi famélico, pálido oscuro; pero en las mejillas asoman, como heraldos de juventud y de pujanza, dos manzanas de California. Las pupilas desorbitadas, relampagueantes, se ausentan por momentos; el gesto es latinamente expresivo, la boca entreabierta, la nariz parabólica, las piernas torcidas, los tacos embarrados, y el traje negro, de bohemio, con su inevitable corbata voladora... Frente al público, abarca con una mirada todas las cabezas, las reúne en una sola, enorme, monstruosa, y desata el raudal de su garganta. El orador recién nacido no habla, declama, ruge, arroja por la boca lava del Vesubio... ¿Quién es? Antonio de Tomaso, nieto de labriegos, primer retoño intelectual de una humilde familia italiana.

Se dice que estudia medicina; pero no hay tal. Es un estudioso, no un estudiante. Apenas un perito mercantil. En la Escuela de Comercio compartió el banco de honor con Carmelo M. Bonet, hoy catedrático en la Facultad de Letras, sutil crítico literario y notable estilista. Se enclaustró durante cuatro años, devorando libros y libros, sediento de conocimientos. Humedeció el cerebro con todas las linfas puras de la sabiduría: filosofía, ciencia, arte, literatura. Y salió de su biblioteca camino del oculista... Su memoria es extraordinaria. Recuerda centenares de poesías y, también, escribe versos. Sueña en confusión extraña con la mujer y con una humanidad mejor. Firma un delicado madrigal y se avoca, acto seguido, a un artículo doctrinario para el órgano oficial del socialismo. Pasa, sin esfuerzo, de la poesía del amor a la poesía de la sociología... Cultiva el periodismo de la oratoria, pronunciando diariamente hasta cinco conferencias callejeras, con la esperanza de cultivar un día la literatura de la oratoria, en el Congreso... Oyéndole por primera vez en la plaza Italia, un curioso sufre un "ataque" de admiración y le grita: "¡Pibe de oro!"...

De la noche a la mañana resuelve conquistar el diploma de bachiller y lo consigue en diez días, mediante cuarenta exámenes parciales y 39 sobresalientes. Escuchando su exposición, los examinadores cuchichean entre sí... El examinado es

un "fenómeno" que los obliga a no quedarse dormidos... El doctor Listar, aquel profesor español que encontró la clave del famoso telegrama No. 9, se entusiasma y le hace llamar a su casa:

—Usted no sabía pizca de geometría amiguito... Ni plana, ni del espacio. Pero es usted tan listo,

gió el partido conservador, entonces en el gobierno. De Tomaso se indigna, oyendo afirmar que el socialismo no tiene razón de ser en la Argentina, por no haber conflictos entre el capital y el trabajo. Salta al escenario del Odeón, como un felino cebado... Se le acerca, los puños crispados, rechinantes los

labra. Habla mirando fijamente en los ojos al tribuno italiano y, como gesticula mucho, su mano roza algunas veces el pecho de Ferri, quien retrocede prudentemente...

—¿Le interrumpió, doctor, alguna vez?

—Nunca. En cuanto yo cerraba un período, me decía en voz baja: "Bravo ragazzo", como alentándome...

En tres años se hace abogado. Al rendir derecho constitucional, le toca la bolilla "Estado de sitio". ¡A un socialista!... Aquello no fué un examen; fué una conferencia minuciosamente preparada por un constitucionalista... Pero el socialista no había terminado... Respectuosamente, pide permiso a la mesa para rebatir la doctrina sostenida en clase por el catedrático titular de la materia. La mesa, presidida por un hombre ilustre, el presidente de la Suprema Corte, Dr. Antonio Bermejo, otorga su asentimiento por una complacencia derivada de la curiosidad... En el aula desbordante de muchachos, se produce el rumor característico que precede a los acontecimientos insólitos. De Tomaso, impávido, la voz firme y resuelta, pulveriza las ideas del titular, quien forma parte del tribunal y le halaga, al terminar, con una felicitación verbal que se traduce, por escrito, en un número en forma de óvalo... Otro miembro de la mesa le clasifica con 10 puntos.

Estamos a principios de 1914. Casi simultáneamente, termina sus estudios de derecho y resulta electo diputado. Suma 24 años y 10 meses. Le faltan dos para cumplir la edad constitucional; pero se aprueba su diploma y la misma Cámara, que meses antes le expulsó del puesto de taquígrafo, por dedicar durante un discurso, un adjetivo terminado en "ón" a un alto funcionario, tiene que recibirlo como representante del pueblo.

—¿Cómo fué su debut parlamentario, doctor?

—Interpelando a un ministro de guerra, que concurrió a la Cámara con uniforme de gala, de un brillo impresionante. Yo llevaba capa de goma.

—¿Llovía?...

—Amenaza... El ministro interrumpió mi discurso sobre la tragedia de Sandoval y el mal trato que entonces se daba a los conscriptos, para denunciar a la Cámara que yo no había querido servir al ejército, haciéndome exceptuar por la vista.—"Señor ministro,—le contesté—vengo a servir a la patria desde esta banca".

El debut del joven diputado comentóse largamente. Su palabra cálida, avasalladora, entonces un tanto agresiva, reveló a un orador maduro, con vivacidad mental para la réplica contundente y rápida como picotazo. Se batió como un espartano en las escaramuzas parlamentarias, y ya al terminar su primer período de legislador—ahora ya por el cuarto—estaba consagrado y se le escuchaba con respeto. Alguna vez, sintiéndose perdido, aplastado por la mayoría, apelaba



El doctor Antonio de Tomaso, en el año 1908, cuando debutó como orador

que bastó lo poco que yo le sugerí, para dar la impresión de que dominaba el problema del examen... En literatura, eso sí, demostró usted saber más que los que le examinábamos.

Llega Ferri a Buenos Aires y elo-

dientes, la mirada asesina... El corazón de la sala se suspende... El público elegante se alarma. Un precursor de Tex Rickart sueña con un asalto de box entre un coléoptero y un mamífero... De Tomaso desenvaina el sable de su pa-



El doctor de Tomaso en la época en que fué elegido, por primera vez, diputado nacional

al recurso de la ironía y el dardo salido de su boca hacia blanco en el adversario político. En unas sesiones preparatorias harto tumultuosas, el presidente provisional le negaba la palabra. Cansado de solicitarla, De Tomaso se irguió en su banca gritando: "¡La presidencia es una terca!"... Frase que no figura en el "Diario de Sesiones", por una omisión...

La impetuosidad desbordante y detonante de su palabra en los primeros años de actuación parlamentaria, fué poco a poco derivando en una oratoria más tranquila, más serena, más reflexiva, bien que siempre enérgica.

A la frase de relumbrón, al giro de elocuencia tribunicia, bello de forma pero ligero, sucedió la cláusula sencilla y clara, la expresión despojada de encajes y preciosismo literario, pero grávida de sustancia ideológica, maciza de pensamiento. El pensador estranguló al poeta y ahora el socialista romántico ha sido desplazado por el político. El papel preponderante que le cupo en la última escisión de su partido—y digo la última, porque del viejo socialismo criollo han brotado varios partidos—acredita el sentido político que le guía. El sonado triunfo electoral de "la mejor lista", como la clasificó "Crítica", ha hecho converger en De Tomaso muchas miradas. Ese triunfo ha sido una demostración concluyente de su habilidad, de tu tacto, de su pupila de político experto que conoce los "secretos" del elector y desciende, como un buzo, al alma de la muchedumbre... Ha probado ser un doctor en vericuetos de la conciencia colectiva... Por encima de todo, tengo para mí que este hombre a quien la lucha ha nevado prematuramente en la cumbre, dispone de un motor que nunca falla en los grandes "raids" del pensamiento humano hacia el bien: la fe, una fe profunda, apostólica, terca, que fecunda y multiplica su

talento y agiganta su personalidad. De Tomaso habla de sus ideales y la corriente eléctrica de su entusiasmo aumenta el voltaje. Hombre físicamente pequeño, se agranda, se dilata de uno y otro lado, se levanta, crece de estatura... Acciona y sus brazos no son humanos; son brazos de Miguel Ángel... Su figura se expande, empuja las paredes, amplía el local donde habla, como reclamando espacio y luz... Sus pupilas verdinegras tienen resplandores de hoguera crepitante.

—De modo que la bandera argentina, doctor, flamea al lado de la roja.

—Sí, señor. Los colores de la patria deben presidir también el anhelo de mejoramiento social, económico e intelectual de nuestros obreros. Los proletarios de nuestro país sufren bajo la mirada de la bandera azul y blanca. Que esté, entonces, junto a la insignia común a todos los trabajadores de la Tierra. La fraternidad de las banderas es la fraternidad en el dolor de los obreros que sudan en los campos y fábricas argentinas. Respetar nuestra bandera patria es reconocer que otras generaciones argentinas sufrieron y se sacrificaron para organizar en el país la libertad de que hoy gozamos y de la cual nos servimos para luchar por nuestros ideales.

El secretario anuncia nuevas visitas. El Dr. De Tomaso me dice sutilmente con la mirada: "¡Váyase, por favor!"... Tengo mucha gente que atender"... Le tiendo la mano y, al trasponer la puerta del estudio, oigo comentar en la sala de espera el reciente triunfo electoral. Uno dice:

—Volveremos a ganar en noviembre, y en abril de 1930 por quince mil votos.

Y otro contesta:

—¡Sean eternos los laureles que supimos conseguir!

Carlos C. SANGUINETTI

DE BUENA RAZA

Por Enrique Bayona

No lo dude, mi querido conde, —concluyó Luisa Carvajal, sonriendo con picante intención,—en sociedad nos burlamos mutuamente y, merced a este perpétuo engaño, vivimos siempre con la preocupación de "bordar" ¿no lo dicen así los críticos teatrales? nuestros papeles respectivos.

—Así, pues, usted, amiga mía, nos engaña.

—Y engaña usted y engañamos todos, conde, pues pretendemos ocultar nuestros defectos y poner de relieve nuestras buenas cualidades; queremos siempre que nos juzguen mejores que lo que somos, y solo mostramos la parte iluminada; la otra queda entre sombras.

—Sin embargo, hay existencias luminosas...

—¡Qué raras, amigo mío!

—La de usted, sin ir más lejos, Luisa, a pesar a pesar de ese misterioso nimbo que rodea su pasado y que da origen a tantas leyendas; viéndola a usted se comprende que,

desde luego, pertenece usted a una raza superior, a esa parte selecta de la sociedad, a la que por derecho de nacimiento pertenecemos.

—Se equivoca usted pensando que la cultura exquisita, elevación

EL COMPLEMENTO OBLIGADO DE
UNA BUENA COMIDA

OTARD-DUPUY
COGNAC

moral y hermosura física, son patrimonio de una clase; con energía y perseverancia se alcanza todo, hasta lo más difícil, y para lograrlo no crea usted que es necesario haber nacido selecto, como usted dice. Yo soy una prueba evidente de mi teoría.

—¿Usted?

—Yo, sí, que he logrado con esa leyenda misteriosa a que usted se refería, que usted y otros como usted estén dispuestos a sostener a capa y espada que soy una princesa de rancio y purísimo abolengo.

—Es usted tan hermosa como original, querida amiga, pero no me convence usted. Por mi parte no podré creer nunca, que su distinción, su naturalidad y su "esprit" sean dones adquiridos.

—Pues se equivoca usted lamentablemente conde; todo esa naturalidad, distinción y espiritualidad que cortesmente acumula sobre mí, no serían, acaso de poseerlas, más que un triunfo de mi voluntad.

—Será como usted dice, mi bella amiga, pero toda esa filosofía encantadora, como suya, no consigue convencerme. Precisamente, usted misma me ofrece armas para combatir y mantener mi creencia.

—Querido "selecto", —contestó sonriendo Luisa.—Está usted muy tenaz; veamos esas armas.

—Me las sugiere su talento y su ingenio, en general, salvo muy contadas excepciones, solo poseen las personas que han nacido y vivido en un ambiente favorable al desarrollo a aquellas cualidades...

—No prosiga usted; está usted hoy muy desgraciado amigo mío; niego, pero en absoluto, que para tener ese talento y esa exquisita finura de espíritu de que hablamos, sea preciso el ambiente a que usted alude... Nacemos todos con nuestra parte de inteligencia; a unos se les desarrolla a otros se les atrofia; los primeros ocupan el sitio que conquistan en el escenario social, los otros viven y mueren siendo parias, víctimas de su falta de

voluntad, de la negación de su energía. Así, pues, verá usted familias, muchas por cierto, en que algunos de sus individuos representan preeminente papeles en nuestro teatro, mientras otros de su misma sangre, viven miserablemente, como miserables que son...

—¡Imposible! querida Luisa, no puedo comprender que la misma sangre dé origen a seres antagónicos y a cualidades negativas.

—Pues yo lo sostengo.

—Confíese usted amiga mía, que su argumentación, es por lo menos exagerada.

—Con que exagerada, ¿verdad conde? —repuso Luisa impaciente y deletreando sus frases con una ironía que llamó la atención del aristócrata.

En aquel momento, nuestros interlocutores observaron que el acto que presenciaban desde un palco, había terminado, percibiéndose el confuso rumor de los espectadores al abandonar sus localidades. Luisa Carvajal, la emigrante hermosa de moda en los círculos aristocráticos, levantóse también y acompañada por el conde de Casares se dirigió al vestíbulo, sonriendo nerviosamente.

—¿Habrá venido su carruaje, Luisa?

—Creo que no, pues dí orden parda que me viniesen a buscar más tarde;... pero como no es cuerdo esperarlo aquí, sea usted galante y acompañeme a buscar uno de alquiler.

—Como usted guste.

Por la espaciosa plazoleta pasaban vehículos de alquiler con sus cocheros gesticulando, visible el "alquila" y restallando sus látigos sobre los míseros lomos de sus cansados jameigos.

Luisa Carvajal los examinaba con curiosa atención, como si esperase descubrir algún rostro conocido.

—¿Qué hacemos?... —interrogó el conde.

—Espere usted; quería ofrecer a usted una prueba...

—¿De qué?

—De lo que antes habíamos...

De pronto avanzó un coche, cuyo conductor, de abrutado semblante congestionado por el abuso del alcohol, volvió el rostro al pasar frente a la aristocrática pareja, murmurando con avinado acento:

—¡Hola Luisa!

—¡Adiós Juan!... Para, hombre...

Y volviéndose al conde estupefacto, agregó Luisa sonriendo:

—¿Sube usted?

—¿Pero quien es este hombre? —preguntó el de Casares.

—Mi hermano, señor conde...

ANECDOTA

Un crítico peroraba sobre los aciertos de unos cuadros y los defectos de otros.

—Fíjense ustedes en aquel de la esquina. Se ve que el autor no conoce su oficio. Carece de técnica y comprensión. Con objeto de atraer la atención del público ha recurrido a un viejo ardid: ha intentado pintar una mosca. Contra esto no tendría nada que decir si al menos hubiese sabido dibujarla; pero, en este caso, la mosca parece más bien un pegote de pintura...

¡Y entonces la mosca voló!

ANTAGONISMO

Por G. Waterer

Cuando, después de muchos años volvió Nicolás Rigby a encontrar a Susa, comprendió que su antigua amiga estaba muy cambiada. Al regresar a su casa, después de aquel encuentro inesperado, contempló largamente en el espejo y consideró que él no había cambiado mucho... al menos no tanto como Susa... ¡Pobre Susa!

Sin embargo, a pesar de lo diferente que estaba, a pesar de su delgadez, de su evidente pobreza, de su traje humilde, de su poco éxito en la vida, él la habría reconocido lo mismo, pues ella conservaba en sus ojos grises la misma mirada de antaño, llena de vida y de pasión, sus rubios cabellos eran aún tan encantadores como antes, a pesar de que su brillo se hubiese amortiguado en algo.

Ahora la esperaba a cenar... ¡Cuántas veces cenaron juntos en su época de estudiantes! Pero, ¡qué distinto era este ambiente en que la recibía hoy! Muchos años habían pasado desde aquellos primeros ensueños de su juventud... ensueños que él dejara a un lado por cosas más útiles y más prácticas.

Miró a su alrededor con honda satisfacción: ¡qué sorpresa tendría Susa cuando llegara! Nada le había dicho, en la tarde anterior, al encontrarla casualmente en el estudio de un amigo, de la manera que había cambiado su situación, y cuán rico era ahora. Quería sorprenderla, e imaginaba el asombro y luego el placer de su amiga al encontrarse con esta casa lujosa, llena de objetos de valor, y que debía sólo a su esfuerzo y su inteligencia.

Saboreaba también de antemano la emoción que sentiría Susa cuando él la tomara entre sus brazos nuevamente, después de tantos años de separación... pues ahora estaba decidido con firmeza a hacerla su esposa.

Su hogar, aquella casa lujosa, era, no obstante, triste y solitaria... quería compartir con Susa todas sus riquezas. El recuerdo del pasado lo atraía y lo dominaba: quería ahora alejar de Susa todas las preocupaciones y la pobreza.

Le daría ahora muchísimo más de lo que jamás soñara que podría ofrecerle en aquella época anterior a su separación.

Algo nervioso arreglóse ante el espejo la corbata y el cuello. Había decidido vestirse de etiqueta. Para cualquier otra mujer se habría vestido también así, ¿por qué, entonces, no tener con Susa la misma atención? Envió su magnífico auto, adornado con costosísimas flores, para que la buscara. Susa constituía su juventud... todo el amor de su juventud... y, al borde de los cuarenta años, la juventud es una bendición del cielo.

Parecía ahora que todo el éxito que tuviera en la vida sería mucho mayor, ya que había encontrado a Susa con tiempo para ofrecerle por entero, y ayudarla a suavizar y modificar su vida que presentía llena de dificultades.

Por fin el lacayo abrió la puerta. —La señorita Susa Vallein — anunció ceremoniosamente.

Nicolás Rigby volvióse ansioso; en efecto, ¡allí estaba ella! Mucho más delgada que años atrás... algo envejecida, era cierto... pero

sus ojos conservaban aquella chispa de alegría ingenua y picaresca que brillara en ellos como una luz

mente se cubrieron de un vivo rubor, se le aparecía más hermosa que las flores que traía entre sus

Jarabe Pectoral "Esterial"

lo mejor para la Tos, Gatarro, Resacas, Ronquera y demás afecciones Pulmonares

Elixir Dentrífico "Esterial"

limpia, da Esmalte a los Dientes y evita el dolor de Muelas.

Agua de Colonia "Esterial"

la Mejor y más Perfumada.

Pidanlos en todas las Farmacias

Farmacia y Droguería Inglesa Americana

Abierta hasta las 12 de la noche

PERU 901 - 907 U. T. 1007, B. Orden BUENOS AIRES

cuando la viera por primera vez. Ahora, con sus mejillas pálidas y adelgazadas, que momentánea-

manos, y que eran las que él le enviara. Y, antes de que Nicolás hubiera

CAVILACIONES

El optimista es ingenuo o egoísta. Por esa modalidad cree en la bondad, en la concordia humana, en la armonía del mundo civilizado, sin apercibirse que existe un conflicto ingénito de intereses de raza, de clase, de familia, provocado por la ambición de predominar.

El optimista vive ilusionado, confía en lo imprevisto por convicción o por especulación, no pierde las esperanzas aunque el tiempo transcurra y su situación no sufra modificaciones. Realmente esa conformidad es de ingenuidad o de egoísmo.

El optimismo perturba el libre discernimiento, sugestiona, produce el efecto de un estimulante artificial: alegría, confianza, esperanzas.

El pesimismo según los optimistas, desalienta, anula, y la vida es amarga, porque así es la realidad.

El optimismo es irreflexión, el pesimismo equilibrio mental.

Puede ser uno optimista en el resultado de lo que depende de la voluntad, mas no cuando intervienen factores extraños, personas o hechos problemáticos siempre, porque no es posible cimentar nada definitivo en circunstancias y voluntades que no se dominan, lo que impide calcular las probabilidades.

Un exceso de confianza o de fe en los extraños, explican los fracasos y desastres originados por falta de previsión, tan fundamental para que el optimismo sea consciente.

Una de las características del hombre superior es su egoísmo, consecuencia de la estimación propia y del limitado valor de los inferiores que lo adulan.

Sus condiciones remarcables reciben el servil homenaje, que arraiga la convicción de que es insustituible. Es egoísta forzosamente, en defensa de lo que los demás demuestran tanto interés en conservar.

Sylla MONSEGUR

podido decirle nada, exclamó la joven:

—¡Oh, Nicolás! Debiste haberme prevenido... No me imaginaba que fueras ahora tan aristocrático... ¡El auto... las flores, esta casa... y — prosiguió mirando algo nerviosa para atrás — ese lacayo tan imponente... y este salón. Y tú... con este traje de ceremonia... ¿Por qué no me dijiste nada? Te avergonzarás de mí ante tus criados; mi vestido está muy lejos de ser de etiqueta, ¡ni siquiera es de seda! — y repuesta ya de su sorpresa, reía alegremente de su propia consternación y asombro.

Nicolás disfrutaba con toda su alma de la jovialidad y del azoramiento sorprendido de Susa, y repuso:

—Porque te quería ver así, vestida como antes, es que no te dije nada... Y sólo Dios sabe cuánto me alegro que seas tú y no alguna otra mujer lujosamente vestida, quien esté conmigo en este momento.

La joven tuvo un gesto fugaz, arqueando algo las cejas, y haciendo un mohín encantador con sus labios. Bien sabía ella que aquel trajecito azul, de forma original, le sentaba a maravilla, a pesar de estar ya viejo y gastado; bien sabía que sus ojos conservaban la llama de la juventud y que sus cabellos eran siempre hermosos, y bien veía, en fin, que Nicolás la contemplaba con admiración y embeleso...

Pero Susa no había esperado pasar unas horas en medio del lujo y de un ambiente suntuoso como lo ofrecía la residencia de su amigo; y ante este pensamiento rebelóse en ella la mujer, haciendo cambiar en parte la expresión de su rostro.

Nicolás notó en seguida el cambio en la mirada de la joven, atribuyéndola a un sentimiento de pesar; creyó que el contraste tan grande la apenaba; cuando estudiantes, habían sido compañeros, iguales en situación pecuniaria; sus ideales y sus ambiciones habían sido los mismos... Ahora, la diferencia que los separaba, era mucha... y Nicolás pensó que esto entristecía a Susa; además, ella nada sabía de sus intenciones de hacerla su esposa y hacerla compartir todo aquel lujoso bienestar...

Cenaron alegremente. Las privaciones y las penurias pasadas, no parecían haber logrado acallar el espíritu agudo y vivaz de Susa, ni amargar sus ilusiones; sonriendo decía:

—Es cierto... no he logrado nada aún... Pero espero que en uno de estos días... Tú bien sabes cuáles son mis deseos, mis ensueños... mis ideales. Y "antes", también los tenías.

—Y todavía los tengo... repuso Nicolás.

—¡Ah, no! Ya no... En cuanto te volví a ver, comprendí claramente que el arte había dejado de ser la ilusión de tu vida; ya no eres el de antes — dijo Susa, moviendo tristemente su cabeza como afirmando sus palabras; y prosiguió: — Es inútil, amigo mío; comprendo que ahora ya no estás dispuesto a sacrificarte por el arte, a sufrir hambre por él... cuando más, sacrificarás algún dinero por él; es esa toda la diferencia.

Nicolás replicó, entonces, con cierta impaciencia:

—Lo que tú estás haciendo es, precisamente, eso: sufrir hambre por el arte.

—Ciertamente; ¿y qué mal encuentras en eso? — preguntó Susa con aire de desaffo.

—Es que no puedo soportar que te estés matando, Susa; ¿y para qué? ¿Acaso vale la pena pasarse la vida entera luchando sin resultado, contra la adversidad?

—¡Que me estoy matando! ¡Que me paso la vida luchando! ¡Pero no comprendes que yo gozo con cada uno de esos minutos de lucha? ¿Que esta lucha es "la vida misma" para mí?

Nicolás colocó suavemente su mano sobre la de ella, delgada y nerviosa, mano de artista, que descansaba sobre la superficie pulida de la mesa.

—¿Por qué no renuncias a esta vida de lucha, Susa? — preguntó en voz baja e insinuante. — ¡Desearía tanto que así lo hicieras!

—Pero estás diciendo tonterías, Nicolás — repuso Susa con alegre sonrisa, — si para mí esto es lo único que puedo hacer, y que soy capaz de hacer. Bien sé que puedo pintar, y pintar como es debido, aun cuando el público no me comprenda y piense de distinta manera. Ya llegará un día en que se convenzan todos los que hasta ahora no creen en mi arte; ya me tocará mi turno...; de ello estoy segura. Pero, aunque nunca llegasen a apreciar mi arte, yo siempre estaré convencida de mi valer... de mi inspiración. Me faltará, entonces, "la fama"; pero nunca me habrá faltado "el arte".

—Pero Susa, escucha...

—No, no; no me digas nada. Nací artista y no puedo renegar de esto. ¿Y cómo es posible que tú hayas olvidado tan por completo lo que tú también, en cierta ocasión sentiste? ¿O acaso es que nunca sentiste "sinceramente" el arte?

La joven apoyó su rostro en ambas manos, apoyando los codos sobre la mesa y mirando fijamente al hombre que tenía a su frente; y en voz muy baja continuó:

—En este momento, Nicolás, me siento tan triste, como no me sentía hace dos años...

—¿Por qué? — interrogó él.

—Porque aquí me rodea el destroz, la ruina...

—¿El destroz... la ruina?... ¿Qué quieres decir con esto?

—Me refiero a todo este lujo...

—dijo. Susa con gesto y voz ansiosa, —a tí, a tu vida; eres tan inteligente... mucho más inteligente que Lorot, por ejemplo, y Lorot tuvo éxito; eres mil veces más inteligente que yo. ¿Te acuerdas del día en que apareció en la exposición tu cuadro "La Ondina"? ¿Y recuerdas la crítica? ¡Qué orgullosos nos sentíamos entonces todos de tí! Eras el héroe de nuestra reducido círculo de amigos... Recuerdo que yo creí morir de satisfacción, de orgullo; tan increíble... tan maravilloso me parecía que fuera yo, entre todas, la amiga que preferías. Entonces yo era una principianta y te consideraba como a un dios. Ahora... todo ha cambiado... todo acabó, todo ha venido a parar en... en un gran capital depositado en algún banco... ¡Y nada más! ¡Y me hablas a mí de la vida que pierdo!...

El la tomó apasionadamente de las manos, pasando los brazos por sobre la mesa. Este brusco movimiento derribó la copa de Susa, llena de vino añejo, que derramó su color de ámbar sobre la alfombra

Ultimo Modelo Máquina "UNDERWOOD" PORTATIL

Portatil
de
4 hileras
en un todo
igual a la
de tamaño
grande.



Pidan

Catálogo

\$ 198 ^{m/n}

al contado

\$ 220

en 10 mensualidades

Unicos Importadores:

Arturo W. Boote & Cía.

Sarmiento 478

U. T. 1020 Av. Buenos Aires

LOS DOS PERROS

(DEL LIBRO "EN BROMA Y EN SERIO", RECIENTEMENTE APARECIDO)

Dos perros muy amigos que han robado
Burlando al asador, un chivo asado,
Llevada a feliz término la empresa
No se acordaron en partir la presa.
El mayor de los perros discurría
Diciendo: — este chivito es cosa mía,
Muy poco el compañero me ha ayudado,
Mas no quiero comer todo el asado:
No pretendo imponerme por más fuerte
Y que el débil aguante con su suerte,
Pues por gracia le otorgo, al fin y al cabo,
Algo jugoso más allá del rabo. —

El otro, recordando la alianza,
Quería la mitad de la pitanza;
Y por eso es que ambos contendientes
Gruñían enseñándose los dientes.

Una zorra que estaba de *pasaje*
Les ofreció, ladina, el arbitraje:
Si dejábanla *hacer*, repartiría,
Y a los dos, satisfechos, dejaría.
Pero el perrazo fuerte protestando
Como los de su clase, al fin, ladrando,
Le gritó: — Cállese, maldita zorra,
Fuera de aquí y váyase a la porra.

Y vuelto al aliado entre bufidos
Le dijo: — Te prohibo los gruñidos,
Toma lo que te doy, suerte acabada,
Porque si no te quedarás sin nada,
Sin contar los recuerdos contundentes
Que dejaré en tu cuero con mis dientes.

El otro perro ante tamaño ultraje,
Mordiéndose de envidia y de coraje,
Enfrentó con valor a su ex amigo
Con la raza perruna por testigo;
Pero fué por su mal, pese a su gula,
Que el perrazo por poco lo estrangula.
Y después, ¡oh dolor! ante su vista
Se consumó el *derecho de conquista*.

Esta fábula trae a mi memoria,
Episodios narrados por la historia.
Por desgracia está en auge ¡oh suerte perra!
El *derecho* que NACE de la guerra.

Domingo SASSO

de Esmerina, sin que ninguno de los dos intentara evitarlo.

—No, Susa, no me hables así — le dijo; — no desprecies de este modo todo lo que he hecho y he conseguido. Quiero que le des valor y que reconozcas todo lo que significa. Quise que vieras el éxito de mi labor y para que la apreciaras... para contarte cómo adquirí esta fortuna, y para pedirte, Susa, que la compartieras conmigo... que fueras mi esposa adorada.

Susa hacía esfuerzos por libertar sus manos de la presión de las de Nicolás; estaba, francamente, asustada...

—No... no... — repuso con voz entrecortada... — no podría Nicolás... créeme...

—¿Por qué Susa? Una vez me amaste?...

Ella se puso de pie, aun cuando él no soltara sus manos?

—No... no podría — repitió con más firmeza. — ¡Qué quieres, amigo mío; yo no podría vivir un solo día en esta casa! No podría respirar este ambiente de lujo refinado. Hace mucho tiempo... demasiado tiempo, que te amé, para poder ahora volver atrás. Entonces, esto que me pides, hubiera sido posible; ahora... es tarde. Ahora la vida nos ha separado, nos ha dado opiniones diversas, distintos modos de apreciar las cosas. Yo te compadezco a tí por la forma en que interpretas la vida; tú, a mí, me tienes lástima por la vida que llevo... ¿Cómo podríamos entendernos nunca?

—Pero... ¡No comprendo por qué me compadeces! — estalló Nicolás con acaloramiento, indignado y ofendido. — ¡Yo soy el que ha triunfado! En estos diez años he obtenido más éxito que ninguno de tus antiguos conocidos; ¡soy rico!

—Sí, podrás ser; pero, para mí, sólo eres... — vaciló antes de terminar la frase, y Nicolás preguntó, anhelante:

—¿Qué... qué soy para tí?

—Un fracasado.

Un cuero excelente

En la biblioteca de Malborough House, en Yorkshire (Inglaterra), hubo en otros tiempos dos libros encuadernados en la piel de la bruja Mary Ratmán, ejecutada por asesinato en los comienzos del siglo XIX.

Esos libros desaparecieron cuando los condes de Malborough se vieron obligados a vender su biblioteca.

También en París ha habido libros encuadernados con piel humana, y uno de ellos se ha vendido recientemente en pública subasta.

En Londres, hace muy poco, se han encuadernado, asimismo, en piel humana, tres libros, uno de los cuales es la "Danza Macabra", de Hans Holbein, lo que parece bastante indicado.

Los japoneses fabrican multitud de objetos (petacas, tarjeteros, portamonedas, etc.), con "piel de hombre". Sin embargo, aunque le dan ese nombre, parece que no es tal piel, sino una maravillosa imitación.

Los peritos en la materia aseguran que la piel humana da un cuero excelente, grueso, sólido y de grano muy fino.

Curiosidades

El humo contra las nieblas fué practicado por los antiguos romanos y por los indios peruanos del período precolombiano.

Cuando Austen Chamberlain fué nombrado rector de la Universidad de Glasgow, 2.000 estudiantes llevaban monóculo en su honor.

Hay en la Italia meridional una clase de ratas que trepan a los naranjos, chupan el jugo de las frutas y dejan el resto.

Los misioneros de la Iglesia anglicana han equipado un aeroplano en el cual el pastor va de finca en finca realizando su ministerio.

Cuando los pájaros construyen sus nidos rechazan todo material de colores vivos que atraiga la atención de los enemigos.

Poco conocida es la particularidad de una especie de langosta (locusta) de Europa. Este ortóptero tiene el aparato auditivo en las rodillas de sus fuertes astrágalos.

Durante los cinco meses de invernada los codrillos no necesitan casi alimentarse.

El correo en Alaska se lleva en trineos arrastrados por veloces renos.

Las liebres no tienen párpados, de manera que es imposible que cierren los ojos.

Cuando sus termómetros no recogen la temperatura, los hombres del Norte determinan aquélla por medio del fuego de leños. A los 40 grados bajo cero el fuego da vapor en lugar de humo.

En el siglo VII, antes de la era cristiana, los asirios usaban serruchos de hierro. Los primeros cuchillos que se conocieron eran de pederual; y, en realidad, resultaban ser serruchos con dientes diminutos.

El marabú es un pájaro de la India que puede tragarse una liebre entera.

El platino es el único metal sobre el que un ácido solo no ejerce acción alguna. La única mezcla capaz de atacar este metal es la de los ácidos nítrico e hidrociorhídrico.

El Parlamento británico de 1838 se negó a sancionar la construcción de un ferrocarril, alegando que el fácil acceso a la vida disipada de Londres corrompería a los jóvenes estudiantes de Eton.

Las manteletas de cachemira se fabrican con el pelo de cabras que se crían en el Tibet.

La afición que el camello siente por la música es un hecho bien comprobado. Cuando los árabes desean obtener de dichos animales un trabajo extraordinario, tocan unos aires alegres en sus instrumentos favoritos. El castigo no los vence; en cambio, la música hace que se esfuerzen en trabajar con la mejor voluntad.

El encaje que se hace a mano en Irlanda aún no ha podido ser imitado.

En un museo de Nueva York se conserva un mechón de pelo de la cabeza de una mujer de la era romana, sujeto con horquillas de azabache.

Los antiguos egipcios comían repollos después de haber bebido en abundancia. El repollo

es excelente para combatir los efectos de la ebriedad.

En Noruega no se permite contraer matrimonio a ninguna muchacha que no presente un certificado de que sabe cocinar.

El símbolo de los prestamistas, consistente en tres bolas doradas, proviene de la célebre familia de los Médicis, prestamistas y banqueros de la Edad Media. Dice la tradición que uno de los primeros Médicis, luchando en las huestes Carlomagno, venció al gigante cuya porra estaba decorada con tres bolas doradas, adaptando aquélla entonces como la insignia de su familia.

Los griegos usaban barba hasta el tiempo de Alejandro el Grande. Este ordenó que todos sus

soldados se las cortaran para que en el combate cuerpo a cuerpo, los enemigos no se asieran de ellas.

El puerco espin de cola empenachada difiere del ordinario en que tiene en la extremidad de aquélla un penacho de púas suaves que, aunque son inofensivas, sirven para atemorizar a sus enemigos.

Los naturales de Hawai ofrendan cerdos vivos a Pele, la diosa de los volcanes.

En algunos hoteles de Suecia se sigue una antigua costumbre de cobrar a las mujeres la mitad del precio de hospedaje, a causa de que éstas, por lo general, comen menos que los hombres.

A Toda Edad



Qué hacer para no toser?

Tener siempre a mano una caja de

Pastillas Iodeína Montagu

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir.

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeína (producto descubierto por Montagu), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

Las pastillas Iodeína Montagu son remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.

Montagu 49, Bd. de Port Royal - París

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

YACO

Homenaje al diputado nacional, doctor Leopoldo Bard.



Con motivo de haber sido reelecto para presidir el bloque parlamentario de la Unión Cívica Radical, el doctor Leopoldo Bard, diputado nacional de intensa y beneficiosa labor legislativa, acaba de ser objeto de un entusiasta homenaje por parte de numerosos amigos y correligionarios políticos, que alcanzó vastas y brillantes proporciones. — La cabecera de la mesa, ocupada por el obsequiado, quien tiene a su derecha al Dr. A. Ferrer y a su izquierda al señor Víctor Juan Guillot, ambos diputados nacionales. El acto se realizó en el teatro Cervantes, cuyas dependencias fueron totalmente ocupadas por un numeroso público.



DEMOSTRACION AL DOCTOR CARLOS MALAGARRIGA



La circunstancia de haber cumplido sus bodas de oro forenses, dió origen a que se tributara una cariñosa demostración al Dr. Carlos Malagarriga, distinguido jurista español de larga actuación entre nosotros. — A la izquierda: el doctor Malagarriga acompañado del embajador de España don Ramiro de Maeztu, del Cónsul general de dicha nación, señor Buigas y Dalman, de miembros de su familia y de otras personas que fueron a saludarle a su domicilio. — A la derecha: los concurrentes al servirse el lunch.



Banquete al señor Antonio Ditlevsen

En ocasión de su partida para Europa, el conocido industrial, señor Antonio Ditlevsen fué obsequiado con un banquete que le fué ofrecido por el personal superior de su casa comercial. — La cabecera de la mesa durante el acto.

BIBLIOGRAFIA



Doctor Lucio M. Moreno Quintana, profesor de derecho internacional, autor del libro, "La diplomacia de Irigoyen", que aparecerá en breve.



Doctor Domingo Sasso, colaborador de FRAY MOCHO, autor del volumen de fábulas en verso titulado "En serio y en broma", últimamente editado.



Señor Miguel Martos, autor de "Cuentos andinos", obra recientemente dada a publicidad.

En honor del señor Antonio D. Vernavá.

Comensales que asistieron al banquete servido en el restaurante La Sonámbula, en honor del señor Antonio D. Vernavá con motivo de haber sido designado presidente de la Cooperativa Personal Ferrocarriles del Estado. Ofreció la demostración el doctor Cayetano Mosciaro. También hicieron uso de la palabra los señores doctor César Raúl Flores, Baltasar Robles, Manuel Montero y el ex presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, doctor Mario Guido. El señor Vernavá agradeció la demostración con sentidas frases.



Ateneo Femenino Buenos Aires



Con la asistencia de un numeroso grupo de intelectuales femeninas, reunidas en asamblea, quedó fundado el Ateneo Femenino Buenos Aires, nueva institución de cultura, creada por y para la mujer. — A la izquierda: la comisión directiva integrada por la señora Lola S. de Bourget, presidenta; doctora Isabel Creus, vicepresidenta; señora Cleofé Pereyra de Goicoa, tesorera; señorita Rosario Beltrán Núñez, protesorera; y señora Justa B. G. de Salazar Fringles, secretaria. — A la derecha: vista parcial de las concurrentes.

Nombramientos en el Ministerio de Agricultura



Señor J. Enrique Varaona, recientemente nombrado director general de Agricultura



Ingeniero Cecilio Tribodi, designado para ocupar el puesto de director de la Defensa Agrícola



Señor Raúl D. López, recientemente designado secretario general de la dirección de Correos y Telégrafos

Correos y Telégrafos

Comida en obsequio del señor de Paula



Personas que concurrieron al banquete ofrecido al señor José V. de Paula, empleado en la Administración de Valuación, Contribución y Patentes, de la Nación, con motivo de haberse jubilado recientemente

— Necrología —



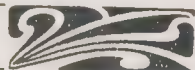
Señor Guillermo Lynch



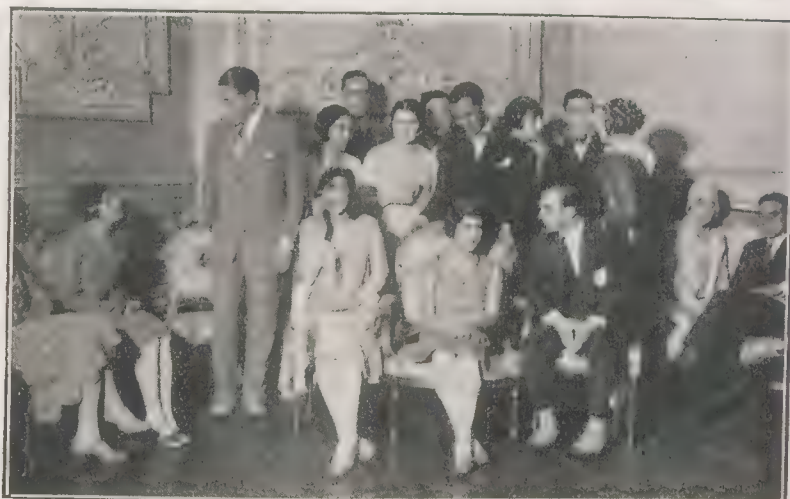
Señor Félix Guindani



FIESTAS SOCIALES



Durante un intervalo, en el te danzante auspiciados por la asociación "Jeanne D'Arc" y realizado en los salones del Plaza Hotel.



Un núcleo de concurrentes al baile organizado por el Centro Estudiantes de Ingeniería y llevado a efecto en el Club de Flores.



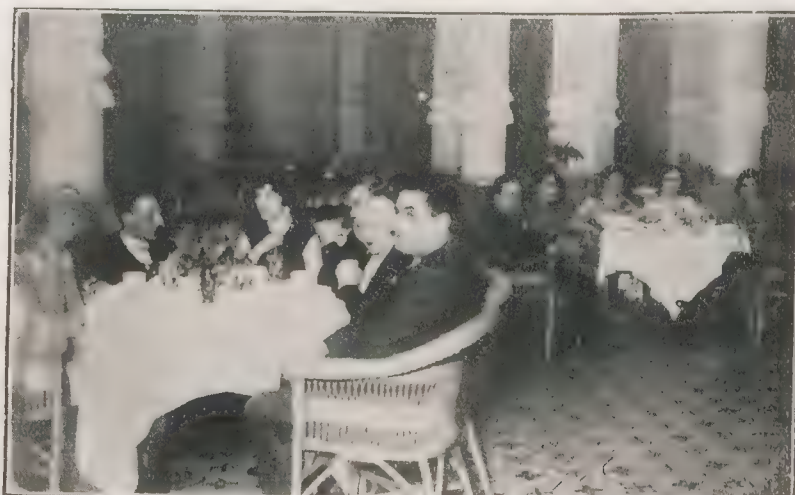
Grupo de señoritas que tomaron parte en el baile realizado en los salones del Centro Valencia.



Algunas de las familias que concurrieron al baile social organizado en honor del embajador de Francia señor Luis Jorge Chinchant por la comisión directiva del Club Francés.



Dos instantáneas obtenidas mientras se realizaba en los salones del Majestic Hotel el te danzante organizado por la Asociación Femenina Siria de Beneficencia.



Vida teatral



La bella actriz Sylvia Parodi, que, como primera figura femenina del elenco que dirige el actor Ernesto Vilches, está realizando una destacada labor artística, en el teatro Odeon, donde el público premia sus repetidos éxitos escénicos.

Música popular



Señores Martín Bernal y Pedro Sofía, autores de la letra y la música, respectivamente, de "La flor que me diste", vals criollo para canto y piano recientemente aparecido.



COMO SIEMPRE

Por J. M. Ubach

La ví niña, la hablé siendo joven y la conocí por completo en la hora de la muerte.

Paseando por la Recoleta, saltando con la cuerda, correteando con el aro, con el blondo cabello agitado por el viento, nimbo de oro rodeando su purísima frente; brillantes los azules ojos, diáfanos cristales donde se reflejaba el color del cielo, entreabiertos los labios, como rojo clavel partido en dos mitades, jadeante, sofocada, sonriente, así la ví muchas mañanas de primavera en aquel lugar, que yo solía escoger para repasar mis lecciones antes de entrar en la Facultad de Medicina.

Estudiaba entonces el primer año.

¡Cuántos han pasado desde entonces y cuánto he tenido que aprender, más que en la sala de autopsias de la Facultad, en el vasto anfiteatro del mundo!

Cada vez que Angela, así se llamaba la niña, llegaba en sus locas carreras delante de mí, se detenía, sorprendida, al verme leyendo, y permanecía silenciosa hasta que le decía:

—Corre, monina, corre, salta. No me molestas.

—¿Qué haces? — me preguntaba con esa encantadora franqueza de los niños.

—Estoy estudiando, — la contestaba.

—¿Tiene estampas ese libro? — decía empujándose sobre las puntas de sus diminutos pies, para ver mejor.

—No, hija mía, ¿y tú no estudias?

—Mamá no me deja.

Y se encogía de hombros al darme esta contestación y se alejaba haciendo rodar el aro de cascabeles.

Durante toda la primavera la estuve encontrando diariamente.

Después pasaron años, concluí la carrera, me hice doctor, y, sin saber por qué, entre los pocos recuerdos que me quedaban de los primeros años, el de aquella niña no se podía borrar de mi memoria.

Precisamente, en la profesión que ejercía, y más por la especialidad en la que había adquirido alguna celebridad, en mi clientela había mujeres de todas clases y condiciones.

—¡Cuántas miserias he de conocer y de cuántas dolorosas historias fui confidente!

En todas aquellas miserias y en todas estas historias siempre había una víctima y un verdugo.

La víctima era la mujer. El verdugo el hombre.

En el jardín del mundo, siempre que se encuentra una flor violentamente arrancada de su tallo y pisoteada en el fango del arroyo, puede asegurarse que el hombre la cortó, aspiró su aroma un instante y la arrojó al suelo con desdén, después.

De cien mujeres lanzadas al abismo de la desdicha, noventa fueron empujadas hasta el borde por el hombre.

Una noche, me llamaron con urgencia para que fuese a visitar una enferma que estaba de mucho peligro.

Cerca de la mía, estaba la casa donde debía ir.

La camarera que vino a avisar, esperaba para acompañarme.

Cuando llegamos a la casa, sorprendíome el lujo que resplandecía en ella.

Un caballero joven, buen mozo y elegante, salió a recibirme con la angustia y la zozobra retratadas en el rostro.

—Sálvela usted, doctor, sálvela usted, — me dijo tendiéndome la temblorosa mano y arrastrándome hacia la estancia de la enferma.

Tendida en suntuoso lecho yacía ésta; movimientos convulsivos la agitaban y de sus labios se exhalaban gemidos de dolor.

En el primer momento, no pude ver más que un bosque de cabellos rubios como el oro revolviéndose sobre las almohadas.

Sin saber por qué recordé aquella niña de la Recoleta, a quien no había vuelto a ver.

—Angela, — dijo el caballero, — Angela mía, aquí está el doctor, ten ánimo, él te salvará.

—Me muero. No hay remedio para mí, — murmuró la enferma a la par que se incorporaba, sin duda, por efecto del dolor que sentía. Entonces pude verla perfectamente. Era ella; ya no podía dudar.

¡Y en qué situación la volvía a ver! Me quedé aterrado.

Aquella mujer estaba envenenada.

¿Se trataba de un suicidio o un crimen?

—Ha sido una locura de Angela, — me dijo el caballero, al ver que fruncía el entrecejo al apreciar por los efectos la causa del mal. — Una verdadera locura, doctor; pero usted la salvará ¿no es cierto?

—Haré lo que pueda, — repuse lacónicamente.

Llegué a tiempo y pude salvarla.

Un día recordé a Angela el lugar donde la conocí niña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me contestó con un acento que no he podido olvidar:

—¡Ojalá pudiera volver a aquel tiempo! Desgraciadamente, el camino no se anda más que una sola vez y ya no puedo retroceder.

En estas palabras estaba encerrado todo un drama.

No quise averiguarlo. ¿Para qué?

Aquel caballero que con tanta angustia me rogaba que la salvase era el conde D...

La hoja caída del árbol social iba arrebatada por el viento del destino. ¿Dónde se detendría?

Pasaron siete años.

Yo era médico de una de las salas de hospital.

Una mañana, al hacer la visita, me dijo el practicante, que la noche anterior había entrado una pobre mujer, cuyo estado era desesperado.

—¿Qué número tiene? — pregunté.

—El número seis.

En el hospital desaparece la personalidad para convertirse en una cifra.

En ese inmenso depósito donde se hacinan los girones de la miseria humana y del vicio social, ¿qué falta hace un nombre?

La persona, al entrar allí, no es más que una cifra negativa en el libro mayor del mundo y ya tiene suficiente con el número de la cama que ocupa. Me aproximé al número seis.

En el primer momento solo pude distinguir un rostro blanco, muy blanco, con esa blancura amarillenta de los cadáveres, rodeado de un bosque de cabellos rubios que se escapaban de la gorra que mal encubría su cabeza.

Después... después lancé una exclamación de dolorosa sorpresa.

Era Angela, la niña de la Recoleta, la hermosa envenenada del palacio, la misera hoja arrastrada por el viento de la deshonra que, por fin, había encontrado el lugar donde detenerse: el hospital.

Ella también me reconoció. Abrió los ojos, su mirada se cruzó con la mía y me tendió su enflaquecida mano.

Aquella mano ardía.

—Ahora sí que no puede usted salvarme, doctor — me dijo sonriendo tristemente.

La infeliz conocía su estado. La vida iba extinguiéndose rápidamente en aquel pobre cuerpo.

Entonces conocí su historia.

Lo de siempre. El conde D... la vió, la deseó, la obtuvo, y cuando ella le exigió el cumplimiento de su promesa, no fué atendida y en su desesperación trató de envenenarse.

Rico, galante, de apuesta figura, poseía todas las condiciones para seducir a una mujer.

Pirata de guante blanco, cada una de sus excursiones por el mar del mundo le proporcionaba una presa y de cada una de estas presas resultaba una víctima.

Una vez restablecida Angela, supe que se había marchado a Italia con su seductor.

—¿Por qué me salvó usted, entonces? — me dijo con un acento que no he podido olvidar nunca.

El conde, arrepentido por el momento, la prometió cuánto quiso y se la llevó a Italia.

Allí la dejó abandonada. ¿Para qué le servía la flor cuyos pétalos purísimos él mismo había marchitado?

La pobre mujer, viéndose sola, en un país extraño, y falta de recursos, tuvo que vender su cuerpo para comer.

Después, siguió rodando aquella dolorosa escalera, peldaño por peldaño, dejando en cada uno un girón de honra y un átomo de su vida, como tantas otras que, nacidas para la virtud, son al cabo víctimas inocentes de la perversidad humana, que las arroja al lodazal del vicio.

Regresó al suelo nativo; todos los suyos la desconocieron. Los ajenos, únicamente, la tomaron hasta que llegó el día que éstos la rechazaron.

Entonces el hospital reclamó su presa y allí la encontré para asistir a sus últimos momentos.

¡Pobre Angela!

El día en que murió, un rayo de sol que entraba por la ventana de la sala envolvía su cabeza, dando tonos tan brillantes a su blanca cabellera, que semejava un nimbo de oro rodeando el rostro de una mártir.



Las famosas bailarinas hermanas Duncan, intérpretes de "Topsy y Eva", film que Artistas Unidos estrenará en breve

Actualidades cinematográficas



La nueva estrella de la Fox, June Collyer, revelación de 1928



Lucy Doraine en "Escándalo matrimonial", exclusividad de Max Glücksmann



Patsy Ruth Miller, William Collier y Warner Baxter, en "Juventud inexperta", que la Corporación comienza a exhibir

Las películas Extra Arte 1928 ¡No deje usted de verlas! ::

Son las Mejores

ESTRENOS DEL MES DE JULIO:

Juventud inexperta

Con Patsy Ruth Miller, William Tellier, Warner Baxter. Superprod. Tiffany. DOMINGO 1.º

Donde nacen las estrellas

Con Stuart Holmes, Gertrude Short, Jason Roberts. (Superprod. Gors Dursión). DOMINGO 8.

Compradores de belleza

Con Mae Buch, Doris Hill, Ward Grane, Dale Fuller. (Superprod. Tiffany). DOMINGO 15.

La moral de los hombres

Con Virginia Lee Corbin, Donald Keith, Forrest Stanley. (Superprod. Gotham). DOMINGO 22.

Detrás del biombo

Con Charles Delaney, Blanche Mehaffey, Raymond Hitchcock. (Superprod. Tiffany). DOMINGO 29.

Desde mañana vea en los cines París, Callao, Grand Palais y Alvear

El fantasma del mar

Con Montagu Love, Dorothy Sebastián, Tom Santschi, Pat Harmon, Alice Lake, del programa Arte Extraordinario de la CORPORACION ARGENTINO AMERICANA DE FILMS



Andrey Terris y John Miljan en "La esclava de plata", que la General estrenará el viernes próximo



Carmen Myers, Ramón Novarro y Mitchell Lewis en "Ben Hur", de la Metro Goldwyn Mayer, gran éxito del momento.



Lya de Putti y Kenneth Harlen en "Flor de noche", cinta Jewel que la Universal comienza a exhibir con gran aceptación.

Pebetes de antaño



El escritor Manuel Ugarte cuando tenía cuatro años de edad



El doctor Eduardo L. Holmberg a los doce años



Gustavo y Eduardo Lanús Terrero (este último ex-director del Banco de la Nación), cuando las bolitas constituían su ideal



El doctor Laurentino Olascoaga, actual ministro de la República Argentina en Cuba, cuando solo tenía cuatro primaveras



Mariano J. Pereira, ex diputado y ex senador por la provincia de Buenos Aires, a los doce meses



El doctor Ernesto Nelson tres años después de venir al mundo

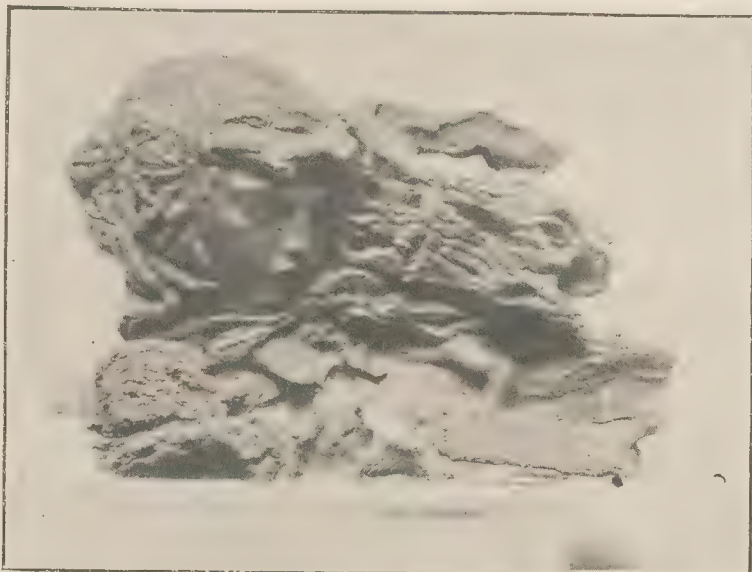


Fiesta infantil



Los esposos Máximo Millán y Dora Huber, ofrecieron una lucida fiesta infantil, en su espléndida residencia particular, en celebración del cumpleaños de su hija Susana y a la cual concurrieron numerosas amiguitas de la festejada.—Vista parcial de la concurrencia.

— Notas de arte —



"Cabeza de niño", "Violinista griega" y "Beethoven", tres notables esculturas, ejecutadas en madera de quebracho, por el prestigioso artista ruso Stepan Erzia, que forman parte de la serie de obras que el autor exhibe en el Salón Muller, cuya exposición se inaugurará mañana.



"Espalda" cuadro original de la pintora María Elena Bertrand, que obtuvo el primer premio en la Exposición del Centenario de Bahía Blanca



Señorita María Elena Bertrand, pintora argentina que ha expuesto en el Salón Los Amigos del Arte varias de sus telas

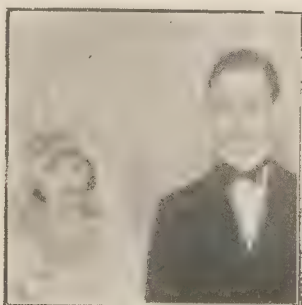


"La niña del collar", otra de las obras de la señorita Bertrand que figura en la exposición mencionada

DE ROSARIO DE SANTA FE



ENLACES. — Julia Irigaray - Miguel Donnola



Consuelo Inés Búrcok - Ovidio Gandini



Mercedes López - Plácido C. Venecia



Teresa González - José Balbo



Anita Borello - José Ricardone



Matilde Cremer - Santos Gentoff



Los esposos Juan Jáuregui y Plácida Lopetegui al cumplir sus bodas de plata



Bodas de plata de los esposos Angel P. Borrone y María C. Gómez

EL DOBLE MISTERIO—

—¡Hola!

Rex Hart, el famoso y joven detective, respondió al llamado telefónico y colocó el receptor en su oído.

—¿Es al señor Rex Hart, el detective, a quien hablo? — preguntó una voz agitada al otro extremo del hilo.

—Sí. ¿Quién habla?

—Usted no me conoce, pero mi nombre es Bingley — fué la respuesta. — ¿Puede usted venir a verme en seguida? Tengo gran necesidad de ayuda y de un consejo.

—Sí. En este momento no tengo compromiso ninguno — contestó Rex. — ¿De dónde me está usted hablando?

—De Barkham Grange, cerca de la aldea de Barkham.

—¿Sé donde es. En seguida salgo para allí.

—Muchas gracias, señor. Yo le esperaré en el cruce de los caminos de la entrada de los vehículos. Yo soy el mayordomo aquí.

—¿Dice Vd. el mayordomo?

—Sí, el mayordomo; pero creo que eso no tenga importancia. ¿Puede estar aquí a las cuatro?

—¡Hum! Muy apurado es eso, — respondió Rex. — ¿Qué clase de asunto es?

—Ya le explicaré todo en cuanto nos veamos, — dijo el llamado Bingley. — Tenga la bondad de no faltar. Y recuerde bien: en el cruce de los caminos a las 4.

—Muy justo va a llegar el tiempo — murmuró Rex cuando hubo colgado el receptor telefónico.

Se acercó a su hermoso perro y le dijo al oído. — Vamos. Tenemos algo importante y misterioso que hacer.

Cinco minutos después Rex, con Don en el asiento de al lado se hallaban en el automóvil tratando de vencer las dificultades de tráfico. Al fin pudieron dejar atrás las calles muy concurridas y salir a las afueras de la ciudad. Una vez allí, Rex miró el reloj para consultar la hora.

—Diablo, mucho vamos a tener que apresurarnos si hemos de estar a las cuatro en punto en el cruce de los caminos de Barkham.

Como si alguna fuerza misteriosa quisiera hacerle fracasar en sus propósitos a pocos metros de distancia reventó un neumático y por mucha prisa que quiso darse en reponer la avería, pasaron más de cinco minutos hasta hallarse en condiciones de reanudar la marcha. Por eso cuando llegó al lugar indicado habían dado ya las cuatro hacía diez minutos.

El nuevo propietario

Una completa historia de Don, el perro detective

El detective saltó de su auto y observó los alrededores, pero no vió a nadie.

—No creo que se hallan retirado, Don. Será conveniente que esperemos algo más.

Transcurrieron otros diez minutos, pero ningún ruido turbó la tranquilidad que reinaba en aquel paraje solitario.

—Guarda el coche, Don. Yo voy a llegarme hasta la casa para ver si descubro algo interesante, y encuentro a mi cliente.

—¿Ayer? — repitió el detective sin manifestar sorpresa por la inesperada noticia.

—Sí. ¿Tenía interés en verlo por algo importante?

—¡Oh, no! Pasaba por aquí cerca y me llegué para charlar un rato. Buenas tardes y gracias.

Apenas había terminado de hablar Rex cuando la puerta se cerró. En la seguridad de haber sido engañado, el detective dió vuelta en torno a la casa para reconocerla. Hacia el lado de la derecha vió

lia desde que tenía doce años y ha venido por primera vez desde entonces.

—¿Ustedes conocen al nuevo propietario desde que era un muchacho, entonces? — preguntó Rex, aparentemente interesado.

—No, — dijo el otro sacudiendo la cabeza. — Aquí no lo conoce nadie más que el viejo Zedekiah.

—¿Quién es ese?

—El señor Bingley. Lo llaman así. Hace muchos años que está en la casa y conoce al patrón desde que era un niño — manifestó el jardinero.

Después de conversar algunos momentos más, el detective se alejó y volvió al camino.

No había allí rastro alguno de Bingley ni tampoco estaba el perro en el auto. Rex silbó y entonces oyó ladrar al animal al otro lado del seto, que cercaba la propiedad. Poco después llegaba el animal trayendo en la boca un sombrero flexible.

—Hola. ¿Quién te ha dado esto?

—preguntó el detective tomando el sombrero. Lo revisó y notó que había dos iniciales, una Z y una B. Aquellas eran las iniciales del nombre del mayordomo. — Sin duda, el señor Bingley ha estado aquí esperándome — pensó.

Reconoció las inmediaciones y notó que en el cerco habían sido rotas recientemente algunas ramas, como si alguien hubiera pasado por allí.

¿Qué significaba aquello? ¿Había sido atacado el mayordomo y llevado a otra parte? Si era así ¿con qué propósitos? ¿Por qué el nuevo propietario de la granja le

había manifestado, entonces, que el mayordomo había partido para pasar quince días de licencia en otra parte, cuando luego él había comprobado que aquella misma mañana estaba allí?

UN HABIL COMLOT—

Era media noche y la luz de la luna comenzaba a surgir por encima de la copa de los árboles. A la sombra de éstos había tendido un hombre y junto a él un perro. Eran Rex Hart y Don, el perro detective. Los dos estaban vigilando. De pronto alguien pasó de una a otra habitación llevando una luz. ¿Qué hacía aquel hombre a semejantes horas de la noche?

—Quédate quieto — murmuró Rex pasando al animal la mano por el lomo. El perro se sentó y miró a su amo dándole a entender que había comprendido.

Rex avanzó al amparo de la sombra y llegó hasta la ventana desde



Rex avanzó hacia la puerta de entrada a la finca y siguió a lo largo de camino entre una doble hilera de árboles. Pronto distinguió una pintoresca mansión y al acercarse aún más notó que la puerta principal estaba medio abierta. Buscó con la vista algún criado a quien preguntarle por Bingley, y mientras vaciló en ello lo debieron ver desde el interior porque la puerta se abrió del todo y un joven bien vestido apareció en el dintel.

—¿Qué deseaba usted? — preguntó observando al detective de pies a cabeza.

—Lamento molestarlo, señor — dijo Rex, — pero ¿no me sería posible ver al señor Bingley?

—¡No! ¡No está! No puede verlo, — fué la respuesta.

—¿Pero el señor Bingley es el mayordomo de aquí?

—Sí. Pero no está. Marchó ayer para disfrutar quince días de descanso, — explicó el joven.

un hombre, un jardinero que estaba arreglando unos rosales. Rex se acercó a él.

—¿Por casualidad no sabría usted donde encontraría al señor Bingley? — le preguntó.

—¿No está en la casa? — respondió el interpelado.

—Me han dicho que ha ido a pasar quince días de descanso a otra parte.

—Esa es una noticia nueva para mí, porque lo vi esta misma mañana.

—¿Quién es un hombre joven, de aspecto sombrío a quien vi en la casa?

—Ese es el señor Wingrove, el nuevo propietario.

—¿Hace mucho que está aquí?

—No. Llegó esta mañana, señor — respondió el jardinero. — Ya usted ve. El viejo Wingrove murió hace diez meses y dejó toda su fortuna a su sobrino, el señor Tomás, que es a quien usted ha hablado. El nuevo patrón estaba en Austra-

donde observó hacia el interior. Vió así que un hombre estaba empaquetando algo en una maleta. A su lado, en el suelo, había otra maleta y una antorcha eléctrica, aunque el resplandor de las llamas de la chimenea iluminaban la habitación.

Tan silenciosamente como le fué posible, Rex empujó la hoja de la ventana y saltó adentro. Pero por mucho cuidado que puso, el hombre lo oyó.

—¿Qué ha venido a hacer usted aquí, Nailer? — exclamó. — ¿No le dije que yo arreglaría esto mientras usted preparaba el automóvil?

Levantó la cabeza y con gran sorpresa se encontró con Rex, quien a su vez reconoció en el hombre, al nuevo propietario de la granja, quien sin pronunciar una palabra lo atacó furiosamente. Rex se dispuso a la defensa, pero pronto se cerció de que la peor parte estaba de su lado, ya que oyó tras él un ruido y antes de que pudiera darse cuenta de lo que le amenazaba recibió un furioso golpe en la cabeza y cayó desvanecido.

—Yo al pronto creí que era usted el que entraba.

—Hacia rato que había notado la presencia de este hombre y de su perro entre los árboles y pensé que era mejor seguirles que preparar el automóvil.

Sin detenerse más los dos hombres tomaron las maletas que habían preparado y saltaron por la ventana sin preocuparse del detective que permanecía en el suelo. Al saltar, el llamado Nailer, dejó caer una pequeña mesa cubierta con un tapete. Una parte de éste fué a dar sobre el fuego de la chimenea y pronto surgieron llamas que amenazaban propagarse a los muebles.

En aquel momento, Don, el perro saltó por la ventana y se acer-

có a olfatear a su amo. Vió entonces el tapete ardiendo, corrió, lo tomó entre sus dientes y lo sacó afuera dejándolo sobre el césped. Luego se acercó de nuevo al detective y tomándolo por el cuello del saco lo sacudió fuertemente. El tratamiento surtió efecto, pues Rex abrió los ojos y se sentó.

Había una luz en una de las habitaciones del piso bajo y Rex que había seguido al animal vió al joven y a Nailer tratando de cerrar las maletas que habían sacado de la casa. En un ángulo de esa misma habitación habían dos personas atadas de pie y manos. Una de ellas debía ser el mayordomo,

y comenzó a morder las cuerdas que las sujetaban.

Nailer intentó atacar al detective pero la silla cayó con fuerza sobre su hombro y lo hizo caer al suelo. Wingrove aprovechó la circunstancia de que estaba entretenido, para atacarlo a su vez. Pero en aquel momento, Don terminaba de libertar al más joven de los prisioneros, quien se puso de pie e intervino en la lucha. Esta no duró mucho y los dos bandidos fueron reducidos y atados de pies y manos.

Cuando el otro prisionero, ya libre, se puso de pie, Rex le dijo colocándole una mano sobre el hombro.

—¿Supongo que usted es mi cliente, señor Bingley?

—¿Y usted es Rex Hart el detective? — respondió el mayordomo.

—Así es. Pero no me explico aun que es lo que ha ocurrido.

El supuesto Wingrove y Nailer habían descubierto que el verdadero dueño de Barkham Grange iba a ir a visitarla por primera vez, y pensaron en que uno de ellos podía pasar por el verdadero Tom Wingrove y permanecer allí una noche para apoderarse de todas las cosas que hubiera allí de valor. El viejo Bingley sospechó de la autenticidad del que había llegado titulándose sobrino del difunto propietario y avisó por teléfono al detective.

Cuando llegó el dueño verdadero se apoderaron de él y lo llevaron a la casa donde no tardó en reunirse el viejo Bingley capturado por Nailer mientras esperaba la llegada de Rex Hart. El resto ya es conocido.

La policía, a quien fueron entregados los dos delinquentes les hizo pagar ese delito y otros cometidos anteriormente.

LA FLOR QUE TU ME DISTE...

La flor que tú me diste conservo todavía,
está intacta, sus pétalos se abren como ayer,
aún en ella perdura su fresca lozanía,
aún es prenda querida de tu santo querer.

Ella tiene el perfume de tu ser admirable;
ella el rubor divino de tu mejilla ostenta,
su tallo primoroso es tu talle adorable.
Un algo de tu vida en esta flor alienta...

La flor que tú me has dado en prenda de cariño,
es libro donde aprendo la ciencia cada día,
es el bello juguete que puede ansiar un niño;
el bálsamo divino de mi melancolía.

Carlos MARTEL

—¡Hola, viejo amigo! ¿Qué ha ocurrido?

No tardó en reponerse algo y sospechando que los otros habían huido se dirigió hacia la ventana y exclamó:

—¡Vamos tras ellos, Don! ¡Ras-tréalos!

El perro saltó y después de olfatear el suelo salió corriendo hacia un edificio pintado de blanco que parecía ser la casa del portero.

pero la otra no tenía la menor idea de quien pudiera ser.

La puerta estaba abierta y Rex penetró en la habitación seguido del perro.

Los dos hombres quedaron sorprendidos al verlos y el detective enarboló una silla en forma amenazadora.

—¡A ese rincón los dos! — gritó. — ¡Don, desátalos!

El perro corrió hacia las dos personas que se hallaban en el suelo

EL FAVOR

Por José Cintora

Siempre buscando sol, luz y alegría mister Poken, con su señora, fué a recalar en España, y se instaló en Sevilla, ciudad que le encantó, o le "embrujó" con sus encantos, según dicen los modernos panegiristas de la hermosa capital andaluza.

El inglés, que no tenía otra ocupación más importante que la de gastar gentilmente las pingües rentas que con puntualidad británica le enviaba su administrador de Londres, entretenía sus horas de ocio, que eran todas las del día y de la noche, llevando una agenda en la que anotaba lo más saliente y curioso que le ocurría, asentando en extracto sus observaciones y la correspondencia que recibía y las respuestas que él daba.

Una mañana, sentado ante su "bureau", se dedicaba a esa tarea. Examinaba, pues, sus papeles y las últimas misivas que tenía sin anotar.

He aquí algunas:

Una carta:

"Baden Baden, 3 julio... — Mil gracias por lo de anoche. Salí bien del asunto. Hasta la vista. — L. Pink."

—¡Ah, sí! — dijo mister Poken—. Un compañero de hotel a quien di en el casino quinientas libras para que pudiera continuar jugando... Por cierto que no le volví a ver más.

Una tarjeta:

"Mad. Durand.—Quedo muy reconocida a su bondad. — París, 3 octubre..."

—Una señora viuda a quien socorrí con doscientos francos.

Una postal:

"Lyón, 10 enero...—Agradecidísima. Con todo respeto le saluda Lucile."

—¿Lucile?... ¡Ya recuerdo! Una señorita que recomendé a mi banquero de Lyón, y la admitió en su despacho como mecanógrafa.

Una esquelita:

"Roma 6 abril... Ingrato! ¡Traidor!... Yo esperándote y tú sin venir...—Emma."

Mister Poken sonrió y dijo:

—Es verdad. Me olvidé de ella... Pero esto no es prudente registrarla.

Y rompió el papel.

Así por el estilo y durante un rato fué mister Poken haciendo anotaciones en su agenda.

Por fin, de entre los papeles se desprendió una tarjeta algo amarillenta que acusaba cierta antigüedad.

Decía:

"E. Renault.—Muy agradecido a su favor.—Rue Richelieu, 40, París."

—Renault... Renault—murmuró mister Poken—. No recuerdo quién es... ¿Qué favor le he hecho a este señor?...

Y se puso a cavilar. Nada... No podía acordarse, por más vueltas que daba a su memoria y a la tarjeta que tenía en la mano.

—He aquí — dijo — los inconvenientes de no haber llevado mi diario con mayor puntualidad. No me es posible recordar quién es este Renault ni a qué favor se refiere.

Pero mister Poken, como sabemos, no era hombre que se quedaba fácilmente sin lograr sus deseos.

En su vehemencia por averiguar el caso se le ocurrió:

—Renault... París... Acaso mi mujer...

Y se dirigió al gabinete de su esposa. Le presentó la cartulina preguntando:

—¿Conoces, por casualidad, a este señor?...

A la dama le dió un ataque de nervios apenas leyó la tarjeta.

—¡Infame! ¡Grosero! ¡Pillo! — gritaba.

—¿Pero?...—interrogó asombrado mister Poken.

—Es... ¡mi primer marido!

El ciego de la esquina

Por Miguel Alderete González

Había aparecido allí, podía decirse, casi de improviso.

Su presencia anuncióse una mañana por los dulces sonidos de un violín admirablemente tocado.

La gente hizo círculo en derredor suyo los primeros días; a la curiosidad siguió la indiferencia, y al poco tiempo ya nadie se acordaba de detenerse un instante ante el pobre violinista.

Su figura era, a pesar de sus harapos, severa, rígida, elegante; emanaba de él, algo noble, algo grande.

Tanto en invierno como en verano, llegaba conducido por una anciana a la esquina achafanada que formaba suntuoso palacio, propiedad del Marqués de R...

En cuanto desaparecía su vieja acompañante, el ciego colocaba el sombrero a sus pies, como en demanda de muda limosna, y sacudiendo con cierta fiera la melena, desenfundaba un pequeño violín, en el que un inteligente hubiese reconocido al famoso constructor "Stradivarius" y comenzaba su diaria tarea de "Scherzos, andantes y gavotas, de Beethoven, Mozart, Chopin" u otros autores clásicos.

La generalidad del público pasaba sin fijarse, apenas, en la esbelta silueta del joven músico.

De vez en cuando, algún artista, quizá músico también, deteníase un momento ante la interesante figura del ciego, y dejaba caer algunas monedas en su sombrero.

El violinista jamás daba las gracias ni formulaba peticiones; solamente cuando percibía que alguien había depositado su óbolo, compadeciéndose de él, las cuerdas de su violín producían un sonido más dulce, más delicado; hablaban, por decirlo así. El divino instrumento agradecía la limosna.

Los vecinos del barrio y los transeúntes que a diario pasaban por aquel sitio, habían concluido por creer que el ciego de la esquina reunía también a su desgracia la de ser mudo.

Inmensa agitación notábase en el hasta entonces tranquilo y cerrado palacio del marqués de R...

Una legión de albañiles, pintores, estucadores y doradores, habían invadido la vieja y antigua mansión señorial, restaurando techos y escaleras, pintando paredes y lienzos, decorando la fachada, y pulimentando balaustradas, balcones y remates.

A la quietud y el reposo había sucedido la algazara y el ruido.

Trabajábase, sin descanso, bajo la dirección de reputados maestros, y a su influjo el viejo palacio se rejuvenecía y cobraba nueva vida.

Dorados trenes ocuparon bien pronto las cocheras y fogosos caballos piafaban, impacientes, en las caballerizas.

Lujosos y elegantes muebles, procedentes de las mejores fábricas del extranjero, llenaron salas y gabinetes, y los cortinajes, de pesado terciopelo y vaporoso encaje, de-

coraron puertas, balcones y galerías.

Formábanse animados corrillos entre los vecinos del palacio, que murmuraban a su placer y comentaban sabrosamente las inopinadas y fastuosas innovaciones introducidas en el suntuoso edificio.

Hablábase de que el viejo Marqués de R... deseoso de apartar a su hija de un amor funesto y desigual, había conducido a un convento y casa de educación en París, de donde volvía, al parecer, curada y dispuesta a dar su mano a un opulento aristócrata.

Algunas viejas comadres de vecindad, guiñando, maliciosamente, los ojos, aseguraban, sin embargo, que era imposible que la encanta-

dora Luisa hubiese olvidado tan pronto aquel primer amor por el que tanto había sufrido, y al que aún rendía culto.

A todas estas murmuraciones y habladurías permanecía impasible el joven ciego de la esquina, el cual continuaba como una estatua de piedra, sacando cada vez melodías más dulces de su pequeño violín.

Uná mañana creció la animación en el palacio.

Luisa, la elegante Marquesita de R... había llegado la noche anterior, acompañada de su padre.

Avanzó la tarde y el crepúsculo invadió la tierra.

Los preludios del magnífico piano percibíanse a través de un entreabierto balcón correspondiente al gabinete de Luisa, y que precisamente se abría en la esquina donde se encontraba el ciego.

Este, por primera vez desde que estaba en aquel sitio, cesó de tocar, y sus ojos sin vista alzaronse como afanosos de descubrir la imagen de algún ser querido.

Aquellas notas perdidas fueron acentuándose, tomando forma, co-

UNAS NIÑAS FEAS

¿Las veis? Son calladas, pálidas y buenas; hablan lentamente, sin risa ninguna; saber reír; más allá, en sus serenas almas, el placer no las importuna.

Cual la luna tristes, cual la luna solas, viven estas niñas pensativas, quietas; sueñan con las nubes, sueñan con las olas, y aman imposibles como los poetas.

Cuando por la calle pasan, precisadas, sin que en sus pupilas suave luz irradie, sobre de las faldas bajan las miradas, evitando adioses, por no ver a nadie.

Evitando adioses. ¿Quiénes las saludan? Por no ver a nadie. ¿Quién las mira a ellas? En un gran silencio su fealdad escudan de los hombres malos, de las niñas bellas.

En el rincón íntimo de casa, sonríen mientras con las manos bordan un pañuelo, o los pensamientos con dolor desfilen tejendo un ensueño blanco, o un anhelo...

¿Las veis? Silenciosas fueron a una fiesta; gozosas parejas de alegre mirar; ha sonado mágicas sus notas la orquesta, pero con las feas no van a bailar.

Se quedan sentadas junto a la señora, que dice palabras a modo de rezos; y son las primeras que escuchan la hora alta, entre cansados y largos bostezos.

Triviales, conversan de los trajes ricos, y callan cuando alguien las molesta al verlas, escondiendo prontas en los abanicos sus penas tan blancas cual si fuesen perlas.

Ya murmuradoras o siempre egoístas, estas niñas feas tienen fondo bueno; las más de las veces suelen ser artistas que pagan con arte del mundo el veneno.

Prefiero estas niñas dulces y amables, a las otras bellas; aman ciertamente, y en sus afecciones nunca son variables ni la imagen borran del amado ausente.

¡Oh, las niñas feas que vais a los bailes y en los casamientos habláis con los frailes! Para vuestras almas yo tengo este cántico, que leéis a solas con pesar que pasa, mientras vagas ansias el cuerpo os abrasa, y os dice secretos el viento romántico.

José María ZELAYA



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas.

COMPANIA ITALO ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

brando vida, y pronto desarrolláronse en dulce y prodigiosa armonía.

La pianista ejecutaba esa inimitable creación que roba el alma y produce delicioso éxtasis: "El Ave María de Gounod".

Muy pronto al piano unióse, en prodigioso concierto, el violín.

El joven ciego pasaba dulcemente el arco sobre las cuerdas, el Stradivarius gemía, sollozaba y entonces la divina plegaria. Las notas se entremezclaban, se confundían y completábanse en un torrente de armonía delicioso, indescriptible.

La gente comenzó a detenerse: aquello era un concierto improvisado, con el que nadie contaba; era transfiguración del divino arte; la idealización de aquella sublime plegaria.

El joven músico doblóse sobre las rodillas tocando sin cesar; ya el piano había callado y el Stradivarius seguía, sin embargo, produciendo lamentos, quejidos, ruidos de lágrimas....

De pronto, todo esto cesó bruscamente; el ciego de la esquina dejó caer el divino instrumento, exhaló un débil gemido y cayó sobre la acera, muriendo con la última nota de la sublime plegaria que inmortalizó a Gounod.

Cuento judío

La señora de Abraham ha organizado una gran recepción para celebrar el cumpleaños de su hijo Jacob. Los invitados son numerosísimos. La señora de Abraham, ya en el comedor, hace los honores:

—Vamos, señor Blom, un décimo pastel... Señora de Levy, una séptima copa de champagne... Señorita Khon, una undécima medianoche... Señor Bluck, una quinta taza de café...

Antonio de la Torre es un poeta campesino. Sabe lo que es manejar el arado, abrir las entrañas de la Madre Tierra, para echar luego en ella la semilla que ha de hacerla fecunda. Se encuentra en Buenos Aires ultimando los trámites para la publicación de su segundo libro "Vendimias Líricas". Lo hallo en la habitación que ocupa en el primer piso de un hotel, observando la barandilla de nuestra gran metrópoli. Hay en sus ojos mucho de contemplativo y en el fondo de ellos un destello de nostalgia por las soleadas y lejanas campiñas sanjuaninas.

—¿Le sorprende este movimiento de tráfico? le preguntó.

—¿A qué negarlo? La sensación que me causa es mayor que mi voluntad de no admirarme de nada. Tenía de Buenos Aires una vaga impresión: sabía que era grande, plena de actividad, pero, francamente, hay una gran diferencia entre lo que se recuerda y lo que llega a nuestros oídos, y lo que luego nos brinda la realidad.

—Por lo visto, Buenos Aires no le era absolutamente desconocida.

—Así es. La conocí en ocasión de publicar mi primer libro "Canciones de Peregrino", pero fué una visita de médico, rápida, a toda velocidad.

—¿Le fué fácil la primera aventura de publicar "Canciones de Peregrino"?

—Usted ha acertado en el nombre: fué una aventura, pero no fácil, sino asaz temeraria y laboriosa...

—¿Es real su título de poeta campesino, o ve la naturaleza a través de las narraciones de autores fantásticos o del cinematógrafo?

—No, mi amigo. Puede decir que soy del campo, y vivo en Carpintería, (provincia de San Juan), en pleno contacto con la Naturaleza, dedicado a las tareas agrícolas como cualquier labrador. Yo conozco todos los secretos de las faenas camperas, y en ellas entran el manejo del arado, que es el trabajo que más me encanta, hasta la poda, que es todo un arte. Puedo asegurarle que siento por ello un verdadero amor. El contacto purificador de la Naturaleza es beneficioso en sumo grado. Todas o casi todas mis poesías son inspiradas en ella, y por tal causa se me ha denominado el poeta panteísta o campesino, título que acepto complacido.

—¿Y otros títulos no tiene?

—¿Nobiliarios?

—No, universitarios.

Sonríe ampliamente; no dice palabra; sólo extiende sus dos manos hacia mí para que vea las palmas de las mismas. Los mejores títulos están ahí representados: en las callosidades que dejaron impresas las rudas faenas en sus manos anchas y cordiales.

—¿Cuáles son sus mejores amigos?

—Los más humildes. Ellos, por el sufrimiento y por el trabajo embrutecedor, están exentos de toda vanidad, y por consecuencia más cerca de la Naturaleza.

También tengo amigos en otras esferas, entre los intelectuales.

—¿Y enemigos?

—No los conozco. Soy optimista en tal sentido. No me muerde la envidia, ni creo ser envidiado. Procuro dejar siempre gratos recuerdos de mi paso, y en estas condiciones, ¿qué interés tendría nadie

UN POETA RURAL

Antonio de la Torre



ANTONIO DE LA TORRE

MAÑANA DE PRIMAVERA

Para "Fray Mocho"

Abre la mañana
Sus claras campanas
de oro y de grana.

Allá en el oriente dibuja una nube
la nave que surca, las velas tendidas
al mar de infinito. Un rayo que sube
como un latigazo la comba divina,
fustiga en el lomo pardo de granito
de alguna colina.

El grito
bendito
del ave despierta;
hay en los albores y en la tierra yerta
canción de optimismo.
Y en el panteísmo
de todos los seres vibra la alegría,
¡Suprema poesía!
que saben las libres aves de los llanos
al pasar cantando
por sobre los lóbregos designios humanos.

Es de oro el oriente
y lleva en su frente
la rica diadema de fúlgida lumbre;
hay una lejana Cólquida; allá quiero
que todo el tesoro de mi ser se encumbre.
Un pájaro canta su ritmo indolente,
desmaya el remanso su largo gemido;
hay alma en el agua, mansa y transparente,
y en el campo sueño de algo indefinido.

II

El sol ha dejado su beso de incendio
sobre el empinado pico más altivo,
en las soledades mi ensueño compendio
porque soy del sueño señor y cautivo.
Yo tengo un misterio
que apenas lo saben los astros y el eco
del viento que ritma su antigua elegía
con la rama frágil,
y donde el ave ágil
y frívolamente desgrana las perlas de su melodía.

Un pájaro canta su ritmo indolente,
desmaya el remanso su largo gemido;
hay alma en el agua, mansa y transparente,
y en el campo, sueño de algo indefinido.

Antonio DE LA TORRE

en declararse mi enemigo? Y volviendo a los amigos, cuento con otros dos, aunque no pertenecen al género humano...

—¿...?

—Sí, no se asombre Mi yunta de mulas, que me dan su ayuda para el trabajo de la finca, y que además de ella y de su discreción, son de una franqueza y espontaneidad a toda prueba. Si a veces hago reflexiones en voz alta me miran con sus ojos mansos, y hasta parece que me entendieran. Hasta estoy por creer que poseen mayor entendimiento que algunos compañeros de letras.

La comparación me hace sonreír, y para cambiar tema le pregunto:

—¿El motivo fundamental de su actual viaje?

—La publicación de mi segundo libro, "Vendimias Líricas", que divido en tres secciones: "Campesinas", que se compone de poemas rústicos; "Inquietudes", donde a través de la Naturaleza intento ahondar en el misterio de la Vida, e "Intimidades", versos de amor en su mayoría. Creo haber tocado en mi libro las tres ramas más interesantes de la poesía lírica. Me hace la presentación en una poesía — prólogo el gran poeta Francisco Villaespesa.

—¿Qué concepto le merece a usted la crítica?

—Ni la temo ni la desdén. Nunca tuve temor por nada. Además, hay una cosa que la crítica, ya justa e injusta, no puede manchar nunca, y es la pureza del arte. Y digo no la desdén, porque ella es la que señala los defectos de nuestra obra, sirviéndonos de base para perfeccionar nuestra producción futura, aunque siempre hay que poner a salvo la personalidad del artista.

—¿Su opinión sobre la actual escuela poética o sea la denominada "nueva sensibilidad"?

—Nosotros los campesinos, — advierto en sus palabras un ligero tono irónico —, no estamos autorizados para opinar sobre la quinta esencia del arte. No obstante, a mi juicio, la escuela es indiferente o bien secundaria; lo imprescindible es producir arte. En literatura, como en pintura y música, ha habido en todos las épocas revolucionarios de forma, pero el fondo casi nunca ha variado. Ahora, bien: juzgar en concreto la forma o modalidad de la nueva sensibilidad es muy aventurado. Hay que dejar al tiempo la consagración o el fracaso de estas normas. Pero, a pesar de ello, desde el momento que soy poseedor de juventud y energías constantemente renovadas, no puedo menos que hallar muy simpático este movimiento de rebeldía digno de una juventud entusiasta e inteligente. En la Argentina, y más aún en España, se están produciendo admirables cosas de esta índole.

—Para terminar: ¿le gustan las mujeres de Buenos Aires?

—Confidencialmente: me gustan las de cualquier ciudad..., mientras sean bonitas o al menos inteligentes — y sonrío alegre y pícaramente.

Me estrecha las manos, y salgo bajo la impresión de haber hablado con un hombre optimista, leal y sencillo hasta lo inconcebible, a la par que con un excelente poeta, de quien brindo la presente primicia a los lectores de "Fray Mocho".

José Cerdán Aranda

La vuelta al mundo en un cascarón de nuez

"Cascarón de nuez", así así puede llamarse a la goleta *Islander*, embarcación de poco más de diez metros de eslora, en la cual el capitán Pidgeon ha dado la vuelta al mundo.

El viaje es atrevidísimo, pues a lo reducido del barco hay que añadir que su constructor y capitán ha sido su único tripulante.

El decidido capitán, que desconocía los más rudimentarios principios de ingeniería naval, se procuró unos libros que trataban de esa materia, compró herramientas, y en una playa cerca de Los Angeles, California, estableció su astillero.

Al cabo de año y medio de duro trabajo y de constancia tenaz brotó al agua su *Islander*, goleta de 10 metros de eslora, 3,25 de manga y metro y medio de puntal.

Sólo gastó en su obra mil dólares.

Provisto de las cartas marinas y aparatos necesarios, el audaz capitán salió de Los Angeles el 18 de noviembre de 1921 con rumbo a las islas Marquesas.

Al cabo de cuarenta y dos días de navegación con desesperantes calmas chichas y dos semanas de mar tormentoso, Pidgeon anclaba en la bahía de Tiaohae, archipiélago de las Marquesas.

El lugar es encantador. Una entrada de unos 300 metros da paso a una bellísima bahía de dos kilómetros y medio de diámetro, cuyas orillas, llenas de cocoteros, al pie de las montañas que la rodean ofrecen rica sombra y frescura en aquella latitud casi ecuatorial.

Cuando Alvaro de Mendaña descubrió las islas, a las que dió el nombre de Marquesas de Mendoza, en honor al virrey del Perú, estaban muy pobladas, y sus habitantes se hicieron amigos de los españoles; pero la invasión yanqui en 1813 y la francesa en 1842, amén de ciertas enfermedades que los europeos allí llevaron, acabaron con buena parte de la población indígena, de cuya raza hoy apenas quedan dos millares.

En un paisaje delicioso y sano clima, los marquesanos viven rodeados de sus puercos, gallinas y perros. La vegetación es exuberante, y sin ocuparse de cultivo alguno, la Naturaleza les procura con abundancia papayas, plátanos, mangas y otras deliciosas frutas.

En los valles se encuentran con frecuencia los "taipis", plataformas, de piedra con pozos llenos de calaveras de enemigos muertos en batalla. Estos lugares se consideran sagrados: ¡Tabú!

De las Marquesas, con rumbo hacia el Sur, se vió perseguido por un enorme tiburón, que no cesó en todo el día en su persecución hasta que, herido repetidas veces con un bichero, se decidió a abandonar su empresa. A los dos días atracaba en el muelle de Tekasoa.

Allí tuvo la oportunidad de ver un atol que se presentaba como una corona de verdura arrojada sobre el mar. Es una guirnalda de cocoteros y matorrales, guirnalda circular en cuyo centro hay una plácida laguna en donde viven mil-

lares de peces de todos tamaños y colores; mariposas acuáticas que entran, salen, serpentean, se persiguen por sus cuevas de coral que forman el anillo sólido del atol.

Sus habitantes, de aspecto alegre y próspero, viven de la exportación y de la pesca de perlas.

En toda la Polinesia no hay una isla que se presente al viajero con mayor esplendor de verdura que Taití. La entrada en el puerto de Papiti es esplendorosa. El pueblo no se ve y está allí mismo, pero cubierto por frondosa masa de ver-

determinada fase de la luna, al principio del último cuarto en el mes de octubre. Al aparecer nuestro satélite sobre el monte Peoa, la superficie del mar se cubre de gusanitos que parecen hilos, que dan al agua un color verde pálido fosforescente.

La multitud, desde sus botes, coge con redes aquellos bichos y se los comen crudos. A las dos horas, los palolos han desaparecido, y no se volverán a ver hasta el siguiente año.

El 23 de octubre levó anclas la goleta, y se dirigió a las islas Fiji, 250 en número, de variados tamaños, y todas ellas rodeadas de arrecifes de coral.

Allí el capitán reparó y repintó su embarcación, pasando en las islas una larga temporada aguardando el buen tiempo, hasta que en abril se dirigió a las Nuevas Hebridas, islas de encantadora belleza, pero en las que nadie escapa de las

PATRIMONIO HUMANO

¡Felices los tiempos anteriores al pecado! ¡Qué hermosos fueron y, por lo mismo, qué breves! El hombre vivía tranquilo, pues aún no existían sus semejantes; era el compañero de los otros seres y estaba orgulloso de poseer la inteligencia, con la que podía hacerlo todo, según le dijo el Señor.

De este orgullo burlábanse los animales.

—¿La inteligencia? ¡Valiente cosa! — decía el asno—.

¿Acaso se oye tu voz a tanta distancia como la mía?

—¿Corres tanto como yo? — añadió el gamo.

—¿Puedes tocar las nubes? — dijo el cóndor.

—¿Tienes mis fuerzas? — agregó el elefante.

Y así continuaron todos los animales. Y, satisfechos, acordaron que el hombre era inferior al ser más infimo de la escala zoológica.

El hombre, en vez de enfadarse se sintió acometido de una risa fresca, que le duró largo rato. Estaba de buen humor.

Los animales cesaron en sus protestas...

Procuraron reír y, naturalmente no lo consiguieron.

¡Eran de ver sus muecas, sus contorsiones, para imitar al hombre!

Y con verdadera humildad declaráronle ser superior a todos los seres.

—¡Por qué puedes reír! — dijo el asno, más melancólico que nunca.

Y en efecto, los animales corren, gritan, sufren, algunos hablan... Reír... ¡Sólo el hombre ríe!...

¡La risa es su patrimonio!

Catulle MENDES

dura, envuelto en suave luz, lleno de tranquilidad, apacible, soñador.

La pleamar siempre se verifica al mediodía y a media noche, fenómeno que no se sabe a qué atribuir.

Desde allí, cruzando el canal, ancló en la hermosísima bahía de Paopao.

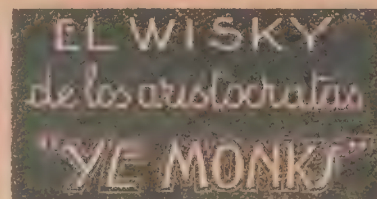
El siguiente salto fué hasta Borolosa, y de allí, al cabo de once días de navegación el *Islander* fondeaba en Pago Pago, uno de los puertos más verdosos de Oceanía, en donde hace más de veinte años no ha dejado de llover ni siquiera una vez cada veinticuatro horas.

Los samoanos comen una vez al año un alimento que no se conoce en ningún otro país: el palolo, gusano que vive en los arrecifes de coral y sólo sale a la superficie una vez cada doce meses y en una

fiebre que se han enseñoreado del archipiélago.

Los habitantes pasan la vida cuidando sus cerdos y sus huertas, ocupación que no les roba mucho tiempo. En cambio, les preocupan mucho sus "hamil" o templos y sus ídolos de madera, que les entretienen con sus cultos y ritos tradicionales. A los cerdos los cuidan para los sacrificios, y luego se los comen, guardando los dientes para decorar con ellos sus ídolos.

El 10 de junio salía del Pacífico la goleta, y ante su proa aparecían las costas de Nueva Guinea. En sus orillas se veían pueblecillos compuestos de chozas sobre postes en el agua, y al volver un promontorio aparecieron algunos edificios en los que se veía la mano del europeo; aparece Puerto Moresby, metrópoli de Nueva Guinea. El pa-



so por el estrecho de Torres es siempre peligroso.

Dejado atrás el estrecho, hizo escala el *Islander* en Timor, isla cuya soberanía comparten Portugal y Holanda.

En aquellas latitudes, la fosforescencia del mar toma curiosos aspectos.

En pleno Océano Indico, después de tocar en la isla de Navidad y en la de los Cocos, puso rumbo hacia la de Rodríguez, un paraíso de isla, donde los indígenas viven sencilla y felizmente, "ni envidiados ni envidiosos".

De allí, la primera escala fué la isla Mauricio, que tan popular hizo Bernardino de Saint Pierre con su novela *Pablo y Virginia*, y dejando el Océano Indico, vió las costas de África: la colonia del Cabo de Buena Esperanza.

La estancia en la capital del Cabo es europea, inglesa, y no tiene para el viajero el interés exótico de otros países. Fueron días de descanso para el navegante, y después de una larga escala emprendió el crucero del Océano Atlántico en busca de la isla de Santa Elena, prisión y último refugio de Napoleón I.

Al Nordeste, se halla la isla de la Ascensión, peñasco casi desierto, cubierto de ceniza y lava, en donde millones de aves marinas han hecho sus nidos.

El 15 de diciembre partió el *Islander* con rumbo a las Antillas, y unos días después entraba en Puerto de España, capital de la isla de Trinidad, casi en la desembocadura del Orinoco.

Siguió con rumbo Oeste a lo largo de las costas de Venezuela y Colombia, y diez días después de salir de Trinidad, llegaba a Panamá.

Unos días de descanso, atravesar el canal y salir de nuevo al Pacífico. El viaje tocaba a su término; sólo quedaba remontar el Atlántico hasta Los Angeles.

Toda esa travesía es monótona; no se ve tierra, no hay islas; pero sí se encuentran muchos vapores y otras embarcaciones.

Después de enervantes calmas en el Atlántico, el viento hinchó las velas, y el *Islander* dió vista a San Clemente el 31 de octubre de 1925 y entraba en Los Angeles, su primitivo punto de partida, tres años, once meses y trece días después.

Había dado la vuelta al mundo en menos de los cuatro años que el navegante había calculado.

A su regreso, dice Pidgeon que, al narrar su viaje, la primera pregunta que todos le hacían siempre la misma era:

"¿Y cuándo dormía usted? ¿Qué hacía de noche?"

"Eso es lo que tuve que aprender bien a mi costa. ¡Cuánto sueño he perdido!", dice el capitán.

"Me convencí — contestaba — de que lo único que podía hacer era ponerme al paio, y mientras dormía unas horas, dejar que el *Islander* se fuese adonde le llevase la corriente. Muchas veces perdía unas cuantas millas y me encontraba desviado de mi ruta; pero no podía hacer de otro modo.

En el Japón el ruido, sonido o canto que producen algunos insectos han adquirido importancia nacional. Es tan grande el interés de los japoneses que los pequeños cantores que se compran y venden en los mercados públicos.

En diferentes lugares se celebran mercados nocturnos que tienen un encanto pintoresco, sobre todo en las noches de verano, y allí se encuentra gran variedad de estos canoros insectos.

En los grandes almacenes, en pequeños tenduchos, en las bateas de vendedores ambulantes se exhibe gran variedad de jaulas para guardar aquellos bichitos; cajitas de alambre, de marfil, de bambú de multitud de formas y colores: unas, imitando lámparas; otras, embarcaciones, cabañas, cajas, glorietas.

Las más comunes son las de bambú, algunas exquisitamente trabajadas.

El grillo es el primer cantante de primavera; los tonos sencillos y monótonos de su canto armonizan perfectamente con la rústica alegría del mundo que revive, el mundo de la germinación de la semilla, el mundo de la aparición de la hoja.

Después, ya en el verano, aparecen las cigarras; algunas especies alcanzan un tamaño de cinco y seis centímetros de largo. El canto de este insecto, que dura hasta el otoño es fuerte, estridente, con crecimientos y disminuyendo, y se oye a grandes distancias, sobre todo en el silencio de la noche.

Los insectos que cantan de noche se aprecian más en el Japón que los diurnos.

La alegre orquesta de la noche tiene un encanto especial y una poesía que pregonan el placer de vivir para cantar y de vivir para escuchar.

Ya a fines de septiembre, los coristas empiezan a enmudecer, tanto de noche como de día, si bien en los calurosos días de otoño se oye el canto de algún solista que vive recogido al calor de algún hogar, bien cuidado y atendido por sus dueños que le admiran.

Siempre causa sorpresa agradable, al recorrer las calles de una población japonesa, por el atardecer, oír el chirrido y los campanilleos repetidos una y mil veces en tonos distintos y ritmo insistente, y nada tan lleno de encantos como la semana en que se celebra el "Festival de los Insectos Cantores".

Esta fiesta no es una celebración de lo que nosotros entendemos por festival. No hay bailes ni procesiones, ni diversiones públicas; es algo más sutil, más delicado, más poético.

En esa época del año es obligatorio abrir todas las jaulas que contienen insectos y dejarlos en libertad, libertad que sólo dura unas semanas, a veces días únicamente; época de libertad para los prisioneros, con la que acaba algo les hacen enmudecer para siempre.

El europeo que entre en una tienda de jaulas para insectos en el Imperio del Sol Naciente para procurarse una de las características

Insectos cantores del Japón

Por F. de Casas Gancedo

de bambú, se verá abrumado a ofertas de otras más bonitas, más caprichosas, y le será difícil conseguir una de las vulgares. Es que quieren que los occidentales vean lo bueno que ellos saben hacer y además, el japonés como el europeo, prefiere vender los artículos caros de preferencia a los baratos. Con frecuencia se ve a los muchachos provistos de una red en el

extremo de una vara de bambú de cuatro o cinco metros cogiendo cigarras de los árboles. Estos rapaces venden con gusto sus jaulas de bambú por veinte sen, y por cinco sen más, con cuatro insectos canoros.

Es de recordar que hace siglos, los griegos apreciaban mucho estos insectos, los conservaban en jaulas, se hacían regalos con ellos

y ponían sentidos epitafios en las pequeñas tumbas de sus favoritos insectos.

No hay lugar en el mundo donde las bellezas naturales desempeñen un papel tan importante en la vida de los individuos como en el Japón, y como en el país de los insectos curiosos y bellos, estos seres ocupan naturalmente un lugar principal en las diversiones y expansiones poéticas y estéticas del pueblo japonés.

La leyenda, el "folklore" nipón, es rico en cuentos sobre insectos, pero muchos de los japoneses conocen los estudios de Fabre sobre la vida de estos pequeños seres.

Muchas personas que van a la capital a tratar de graves asuntos comerciales y sociales, encuentran un rato de ocio para visitar las tiendas de los vendedores de insectos canoros y comprar alguna especie rara desconocida en su región, y los llevan cuidadosamente en sus jaulas, recorriendo a veces cientos de kilómetros para enseñarlos con orgullo de coleccionista, afortunado, no sólo a los niños, sino a los hombres mayores y patriarcas del pueblo.

Para el europeo que visita el oriental Imperio es motivo de asombro el ver en el tren, por ejemplo, a un japonés irreprochablemente vestido a la europea, con una moderna y magnífica maleta, enguantado y elegante, llevando en la mano una jaula con un par de cigarras.

Con estas últimas alternan unos saltamontes que también producen un canto especial, y es curioso ver cómo se arreglan, cómo se limpian el cuerpo, empezando por las patas una por una, y luego las antenas, su aparato de radio con el que se ponen en comunicación con el mundo que les rodea. Por todo el cuerpo pasa el peine de sus largas patas, todo con gran cuidado a pesar de la rapidez con que lo hace.

De vez en cuando se organizan días de campo a los lugares donde abundan insectos cantores y después de hecha la caza, se extienden los ejemplares en una manta y pasan la noche escuchando las armonías de los "zuzumushi", los "kusawa" y los "matsumushi".

Todos estos insectos tienen nombres familiares, nombres de cariño y aprecio por lo general.

En Tokio, Kioto, Yokohama, en todas las ciudades del Japón y, desde luego, en todas las aldeas se ven jaulitas de alambre o bambú colgadas de las ventanas con diferentes especies de estos insectos.

Recientemente, en una expedición de naturalistas, se ha encontrado una nueva especie de saltamontes que produce un sonido mucho más musical que el de las especies hasta ahora conocidas.

Para los japoneses, la importancia de esta noticia fué enorme y la alegría de chicos y grandes, general.

Un insecto más, y como nuevo y raro, caro.

Hay que ahorrar, economizar sen sobre sen para procurarse esta nueva maravilla.

No hay ideal sin utopía

FLOR DE CARDO

Flor de cardo ¿No sufres la mudez del poeta,
Que no canta a tu copo de espinilla violeta,
Ni a tu trono espinoso, que es tu fiel defensor?
Yo te admiro entre el verde resplandor de los campos,
Porque surges de pronto, como surge entre lampos
La visión de un emblema de fiereza y de amor.

Flor de cardo ¡Qué humilde y a la vez qué divina
Te levantas en medio de la pampa argentina
Coronada de espinas, como el gran Redentor!...
A pesar de tu aspecto de salvaje rudeza
Al crecer entre tanta miserable maleza,
Tienes algo sublime, con tu hermoso color.

Al salir por los campos una tarde serena
En que en mi alma aleteaba misteriosa una pena,
Me detuve a admirarte, curiosísima flor;
Y al mirar bien de cerca tu cabeza violada
Preguntéme de pronto vivamente extrañada,
No te canta el poeta? No te copia el pintor?

Ni tu tosca apariencia, ni tu bárbara espina,
Nada impide que pongas una nota divina
En los campos desiertos, a la puesta del sol;
Y el pintor obtendría delicioso paisaje
Al copiar en la tela la belleza salvaje
De tu copo violeta, sobre un cielo arrebol.

Los espíritus altos, flor de cardo, te olvidan;
Mas, en cambio, amorosas las calandrias anidan
Entre rudos cardales; y sus himnos de amor,
Sus canciones divinas, son sin duda inspiradas
En las flores violetas, fuertemente engarzadas
En un mazo de espinas de verdoso color.

En las tardes de enero, misteriosas, calladas,
Las corolas violetas aparecen nevadas
Con la nieve del tiempo, que ha empezado a caer;
Y parecen canosas cabelleras de ancianos
Que han vivido ya mucho, y hoy despojos humanos
Se retiran del mundo, para ya no volver.

Esos copos tan blancos se dispersan un día
Produciendo en los niños una sana alegría
Al mirarlos ligeros, por los campos volar;
Los copitos de espuma... los copitos pequeños
Que cruzar por los aires, cual vellones de ensueños,
Tantas veces los vimos, sin poderlos lograr...

Bajo todas tus formas, flor de cardo, eres bella;
Bajo todas tus formas para mí eres estrella
Que iluminas los campos con divino fulgor,
Y que alumbras la vida del hogar campesino
Como un astro alumbrara, misterioso el camino,
Que llevó a los tres reyes, a los pies del Señor.

Disemina tu germen, siempre, en todos los campos,
Y que surjan mil flores, como surge entre lampos
La visión de un emblema de fiereza y de amor,
Y habrá miles de flores de corolas violetas,
Y habrá muchos pintores, y habrá muchos poetas,
Que idealicen tu copo de violáceo color.

María Sergina RISSO PATRON

JUAN SIN ROPA

Por Francisco de Aparicio

Hacia varias horas que el viejo Cipriano permanecía inmóvil, junto a la tranquera, cruzados los brazos sobre uno de los postes, fija la vista en el tortuoso camino que se perdía hacia el oeste, netamente dibujado por la doble fila de alambrados, como una enorme serpiente tendida sobre la pampa amarillenta.

—Allá vienen — dijo de pronto — sin cambiar de posición.

Varias mozas de almidonadas faldas de chillones percales que permanecían a corta distancia, refugiadas en la sombra de un espínillo, formaron enjambre a su alrededor.

—No vemos nada, tatita — dijeron varias a un mismo tiempo.

—Yo no creía ni que llegasen — murmuró el viejo, exhalando un prolongado suspiro de alivio. — La niña Rosarito, sabe que yo no he querido prender más el coche grande desde que tragimos en él al finado. Pero los puebleros no creen en estas cosas, y yo estoy seguro de que algo malo va a suceder. En los años que tengo, nunca le he visto errar una brujería a mi comadre Paula. Recuerdo, como si fuera hoy, el día que lo enterramos. Apenas habíamos concluido de tapar la fosa cuando Paula se me acercó. —Compadre—me dijo —ni se le ocurra atar el coche grande; el pobre niño Florencio, que Dios haya perdonado, fué el primero que lo ató; recuerde que usted mismo le llevó de tiro la yunta de bayos a la estación. Parece que Dios ha querido que él también fuese el último en usarlo.

Ahora ya todos veían una densa polvareda que se agrandaba lentamente, siguiendo las sinuosidades del camino. Y al poco rato paraba el coche en el patio de la estancia.

No le perdonaban a doña Rosarito, sus hijas, la ocurrencia de haber cortado su temporada de Mar del Plata, sin otro motivo que el de "visitar a su padre". No era culpa de ellas, el que hubiesen transcurrido cinco años sin que sus manos pusieran un ramo de flores en la tumba que guardaba sus despojos, sino de quien se había empeñado, en cumplir su eterna manía de que lo enterrasen en "La Cautiva", bajo aquellos sauces que le vieron nacer, plantados por la mano de su padre, que hacía tiempo descansaba también a su sombra. Si le hubieran enterrado en la Recoleta, tendría un hermoso monumento, como todos los difuntos de su rango, el guardián le pondría diariamente determinada cantidad de flores, y ellas, en todas las fechas que la Iglesia prescribe, le visitarían y hasta podrían hacer cantar misa con el correspondiente anuncio en los diarios.

Más de una lágrima había rodado por las mejillas de doña Rosarito, cuando la fría vanidad de sus hijas le recordaba la profética sentencia de su esposo. "Aquí corro el riesgo de que se me olvide, en un instante sucio y polvoriento, como un trasto abandonado. Allá, cuento con la gratitud eterna de esa tierra querida, con la cual deseo indentifi-

carme, y cada año, al volver la primavera, me brindarán los sauces, amorosamente, la dulce elegía de su sombra, y algo de mis sueños de amor y de belleza, ha de revivir en los policromados pétalos de las sencillas flores que las mozas pondrían en sus cabellos".

Amelia, era la única que conservaba un recuerdo vago y confuso de aquella extraña población edificada en cuadro, alrededor del patio simétricamente plantado de rugosos paraísos. Diez años tenía la última vez que estuvo en "La Cautiva", y la presencia de la casa vie-

UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Es medianoche. Un astro solitario y lejano se vá, con la tristeza de una partida humana, y en el silencio fosco del callejón cercano suena la doliente zampoña napolitana...

Siento una extraña pena, y en el vago lamento de la zampoña vuelven mis viejas añoranzas. (Un amor ya lejano, junto al mar de Sorrento, y una barca y un cielo con áureas lontananzas).

¡Honda y bella nostalgia! Yo evoco, dulcemente, la estrella que una noche miré por la ventana, frente al mar, en la hermosa tierra napolitana.

¡Ah! Yo estaba en los brazos de una "ragazza" ardiente, y mientras que una viña nos daba su fragancia la voz de una zampoña gemía a la distancia...

Adolfo QUEVEDO

ja, parecía tornarla a la época, ya lejana, de su primera edad, renaciendo en cada rosa un recuerdo, como si una fuerza desconocida los trajese a su mente desde oculto rincón de la memoria. El viaje desde la estación, lo había hecho en el pescante, para no perder detalle de aquel paisaje, tantas veces recorrido cuando niña y que hacía cerca de quince años que no volvía a ver. Durante todo el camino, haría con sus preguntas a Juan, deseosa de constatar la veracidad de sus recuerdos.

Indignada con sus hermanas, que, en su afán de despreciar aquellos "ranchos" se negaron a acompañarla a recorrer el establecimiento, Amelia hubo de emprender sola, la excursión, no sin antes haber hecho la defensa de aquella casa, tan íntimamente ligada a la historia de la familia, en la cual habían ganado sus abuelos la cuantiosa fortuna que ahora las enorgullecía y que contribuía aún, con el elevado rendimiento de su rústica sencillez, a compensar la pérdida que ocasionaba "Bell Ville", con su lujo desmedido, sus parques, sus lagos y castillos, a pesar de su acreditada cabaña.

¡Todo estaba igual! Hasta el crujido del pozo, lucía un "horno" flamante, idéntico al que, en su tiempo, reconstruían cada año los industrioses horneros. Entonces

comprendía, cuánta razón había tenido su padre, al no permitir que aquella estancia se modificase: "quiero defenderla del progreso para recreo de mi espíritu", decía siempre.

Paseando por el camino que bordeaba la quinta, habíase alejado inconscientemente, abstraída por el ansia de reconocerlo todo. Como en los años de su niñez, corría hipnotizada tras las mariposas multicolores, adornados pecho y cabellos con variadas flores silvestres, cogidas quién sabe dónde.

Unos gritos desesperados, la sobresaltaron repentinamente. Los peones que arreaban la vaquillona, que en honor de los huéspedes había de carnearse con cuero, ignorantes de su llegada y más aún de la presencia de Amelia en aquellos pasajes, la habían dejado adelantarse en un recodo del camino y ahora se encontraba a pocos metros de ella, haciendo imposible toda oportuna intervención. La proximi-

dad del animal irritado le produjo un terror indescriptible. Quiso huir. Imposible. Tupidos cercos de cina-cina delineaban el camino.

El desenlace era inminente y fatal.

Rígida y pálida como una muerta, permanecía inmóvil.

A pocos pasos, la bestia, sorprendida también, se detuvo unos instantes, como preparando la embestida.

Escarbó nerviosamente el suelo y luego de un bufido se lanzó contra ella, gacha la cerviz.

Veloz como una sombra, alguien se interpuso.

Detúvose el animal, nuevamente sorprendido, quiso reanudar su embestida, pero era tarde. Dos brazos hercúleos asestados a sus cuernos, le impedían todo movimiento.

Amelia no quería dar crédito a sus ojos; veía transportada a la realidad la proeza de Ursus.

Y era el mismo criollo, de pobre aspecto que, a su lado, en el pescante del coche, le explicara los accidentes del camino durante el viaje.

La lucha debía ser titánica. Sin embargo, ambos combatientes permanecían inmóviles. Sólo se advertía la magnitud del esfuerzo en los desnudos brazos de Juan, cuya anatomía se acentuaba desmesuradamente, como en un modelado de vigor extraordinario.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —



Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

Un "larguelá", enérgico y vibrante, puso fin a la escena y casi instantáneamente, un lazo certero se cerraba sobre la incipiente, pero afilaba cornamenta, que momentos antes puso en peligro una vida.

Los arrieros siguieron su marcha, ahora con la presa convenientemente asegurada.

Al pasar junto a la pareja, uno de ellos replicó, guiñando maliciosamente un ojo a Juan: — "¡Qué gracia!" por una flor así, cualquiera se juega".

No fué la casualidad quien llevó a Juan a aquellos parajes brindándole oportunidad de intervenir tan oportuna y eficazmente en aquel lance que pudo resultar trágico.

Desde que vió descender a la joven del tren, quedó abortado ante su extraordinaria belleza, su blancura, para él desconocida, y el insospechado caudal de encantos que dejaban adivinar las telas ligeras de su vestido.

Por eso en cuanto descendieron en la estancia tuvo buen cuidado de no perderla de vista, siguiéndola siempre como una sombra, sin que ella lo advirtiera, con la intención de que un encuentro casual, hábilmente simulado, le brindara la oportunidad de continuar en sus funciones de baqueano, ejercidas durante el viaje en coche.

Ahora, que el azar le había brindado tan feliz oportunidad de hacer méritos ante ella, se consideraba dichoso. Por eso marchaba con aire de vencedor, rumbo a las casas, sosteniendo a Amelia que, no bien repuesta aún, no confiaba del todo en sus piernas.

Pasado el rigor de la siesta, realizáronse los festejos que en honor de los patrones se habían organizado.

Una escena de doma debía de comenzar el programa. Desde temprano relinchaban en el sinuoso corral de palo a pique los "reservados" en que lucirían sus habilidades los jinetes del pago.

Colocada estratégicamente la familia para presenciar el espectáculo, abrióse la puerta del corral. Hábilmente cortados de uno a uno, emprendían los animales frenética

carrera en procura de su interrumpida libertad.

La ilusión terminaba pronto. Pocos metros habían recorrido cuando un pial certero tumbábalos en tierra.

Luego el breve paréntesis de la ensillada. Finalmente, la lucha salvaje. Hombre y caballo, confundidos en desesperado esfuerzo, parecían devorar la extensión en vertiginosa carrera, hasta que tornaban jadeantes al sitio de la partida.

La proeza había sido repetida, con suerte varia, por casi todos los mozos presentes. Sólo Juan, permanecía impassible, recostado en un poste, lista la "armada" en la diestra, absorto en la contemplación de la joven que desde la mañana embargaba todo su pensamiento.

Amelia, que había advertido la obstinada insistencia de sus miradas, sin pretender molestarse contra aquel atrevimiento, no podía disimular la inquietud que ellas le producían, al venir de un hombre a quien profesaba una mezcla de agradecimiento y de admiración.

De pronto enfrentó la puerta un "tobiano" grandote. — "Dejenmelo" — gritó autoritariamente Juan, colocándose de un salto a conveniente distancia del animal. Fuertemente sujetas las manos, por un tiro certero desplomóse en tierra con violencia.

Hubo un murmullo de admiración entre los presentes. El tobiano era tenido por el animal más bravo de los alrededores. Nadie había sido capaz de soportar sus terribles sacudidas, y tiempo hacía, que ningún ningún domador se presentaba a intentar la empresa.

La tarea de reducirlo fué impropia. Tres lazos le sujetaban ya y aún era imposible acercársele con las pilchas de ensillar. Entonces Juan, avanzó hacia él resueltamente y, antes de que pudieran darse cuenta de sus intenciones, se enhorquetó de un salto, sobre el "bagaal", ordenando imperativamente que lo soltaran.

Hubo un movimiento de estupor. Aquello revestía caracteres de suicidio.

La lucha fué homérica y desesperada. Enloquecido por la espuela y el rebenque, inició el bruto una serie de corcovos formidables. Gacha la cabeza entre las manos rígidas, repetía infructuosamente sus violentas sacudidas a derecha e izquierda.

El cuadro era plásticamente hermoso. Entreabiertas las fauces, dejaban escapar ronco bufido. Revueltas las crines que el viento ondulaba, batíase el bruto, tan desesperadamente, por su anhelada libertad, que hubiera merecido reconquistarla por el salvaje empeño con que la defendía. En cambio, el jinete, aparentaba tanta indiferencia, que nadie hubiera sospechado el esfuerzo de aquellas piernas que parecían adheridas a los flancos del animal.

Las fuerzas del tobiano decaían visiblemente; pero aun le quedaba un recurso extremo. Después de dos brincos gigantes, echóse resueltamente hacia atrás, girando en fantástico semi-círculo sobre las patas traseras.

La intensa emoción imponía a todos un silencio absoluto.

Desplomóse estrepitosamente el animal, pero el jinete había evitado el peligro, con habilidad y rapidez y permanecía de pie observando todos los movimientos de su

enemigo que se revolvía en tierra, y cuando aquel, incorporándose violentamente, pretendió huir, tenía de nuevo sobre su lomo, la pesada carga de que creía haberse liberado.

Un ¡viva! unánime brotó de todos los pechos, festejando la audacia del jinete.



—¿Su marido es reumático?
—¡De un modo horroroso! con decirle a usted que, cuando se lava, tiene que hacerlo con paraguas...

La lucha se repetía de nuevo, pero cada vez menos violenta. Convencido el bruto de la inutilidad de sus esfuerzos, emprendió vertiginosa fuga.

Nueva salva de aplausos festejó el triunfo. El indomable había sido vencido.

Ahora corrían velozmente por los campos en confuso remolino.

Poco rato se perdieron de vista. Diestramente apadrinado, regresaba el potro a su punto de partida, y cuando en su fantástica carrera cruzó por delante de los huéspedes agasajados, un pialador amigo cumplió su compromiso y el animal rodó por tierra como un ovillo. Juan, de pie, a pocos pasos de la familia, saludaba sonriente a todos. Pero entre el grupo de espectadores su sonrisa de triunfo buscaba unos ojos.

Tras el cercano monte, el sol ocultaba trabajosamente su enorme disco. Rojos de crepúsculo parecían arder en pavoroso incendio los desnudos troncos, de los eucaliptus. Doña Rosario y sus hijas soportaban, con mal disimulado te-

dio, los últimos cuadros de un prolongado pericón que debía cerrar el interminable programa que desde temprano presenciaban, bien contra su voluntad, por cierto.

Terminado el espectáculo, fueron dispersándose disimuladamente a fin de evitar que la excesiva obsequiosidad de aquellas gentes, aumentara su tortura con algún nuevo número. Amelia permanecía inmóvil, las manos entrelazadas sobre las piernas, que una falda ligera modelaba minuciosamente. La visión nocturna del viejo cuadro de paraísos, la absorbía por completo, aumentando la infinita cantidad de recuerdos que la unía a aquel patio, teatro de sus infantiles correrías.

Un rayo de luna se quebraba entre sus dedos, arrancando una chispa de oro a la pulida superficie del anillo que Juan, vencedor en la

"sortija", había depositado en sus manos.

Su inconsciente laxitud aumentada por el rasgueo monótono y continuado, duró largo rato.

Una ingenua trova, brotada de los labios de su rústico admirador la tornó a la realidad. Echó una mirada a su alrededor. Estaba sola. Los escasos espectadores habíanse deslizado sigilosamente, amparados por la noche.

La guitarra, que momentos antes había mantenido la alegría de la reunión con notas de hilaridad, lloraba penas de amor. Las rústicas coplas se sucedían, insinuándose cada vez más en el reproche de un cariño no correspondido.

La dulce melodía de aquella voz acabó por desconcertar a Amelia; admiraba la salvaje masculinidad de aquel vencedor de las fieras y de los elementos, que ahora revelaba su exquisita sensibilidad descubriendo su enorme corazón torturado de amores. Un frío estremecimiento corría por todo su cuerpo. A medida que el canto implorante iba haciéndose más concreto y preciso, sentía disminuir sus fuerzas para luchar contra aquel hombre, que ya ejercía sobre ella un dominio peligroso.

Una campana, anunciando la cena con metálica vibración, volvióle el dominio sobre sí misma, y alejóse rápida y silenciosamente del sitio del peligro.

Calló la vihuela, escurrió una sombra por entre los rugosos troncos, y quedó la noche sola con sus rumores, el chirrido de los insectos y el eco lejano de los ladridos.

Cuando Amelia corrió el cerrojo de la puerta de su dormitorio, experimentó una gran sensación de alivio. Sus fuerzas se hallaban completamente agotadas por la fatiga, y la jornada había sido, para ella, demasiado intensa en emociones.

El destino, sin embargo, parecía perseguirla. El gran retrato de Carlos María, que sobre la tapa interior de su valija llevaba siempre, fué lo primero que se presentó a sus ojos. Una mezcla de remordimiento y de temor se apoderó de ella. Era la primera vez que el recuerdo de su novio aparecía aquel día en su memoria. Y como había contraído con él compromiso de esperarlo en el pueblo a la mañana siguiente, decidió acostarse en seguida, pues era de suponer que llegaría muy temprano, porque por algo habíanse hecho famosos los viajes de su "Hispano".

Sentada en el borde de la cama, comenzó a desvestirse maquinalmente, mientras desfilaban en vertiginoso giro por su frente afligida, las múltiples emociones de aquel día que habían llegado a trastornar su espíritu por completo. Primero, la añoranza de las felices épocas pasadas; luego, el trágico encuentro que hubo de costarle la vida, la hazaña de Juan que rayaba en lo novelesco, y sus repetidas proezas de coraje y habilidad que, unidas a la exquisita dulzura de su canto, a su extraordinaria facultad poética hacían de él un hombre excepcional.

Ahora, la habitación completaba la serie de sus recuerdos. Estaba igual que entonces: blancas de cal sus paredes; verdes las puertas sin vidrios ni postigos; inclinado el techo sobre desnudos tirantes, y rojo el piso de rústico ladrillo. Sólo ella había cambiado. La camita de

TUERCELE EL CUELLO AL CISNE...

Tuercele el cuello al cisne de engañoso plumaje,
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, y nada siente
del alma de las cosas y la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no guarde un acorde con el ritmo latente
de la vida profunda... y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira el buho sapiente... Ese tiende sus alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol su vuelo taciturno...

El no tiene la gracia del cisne; mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

Enrique GONZALEZ MARTINEZ

El prestigio de las deudas

barandas, incapaz de contenerla, estaba vacía. Tocábale ahora ocupar el sitio de su antigua compañera de cuarto, y el recuerdo de su abuela muerta contribuyó a aumentar su congoja.

La visión de aquella pieza llegó a causarle miedo. Apagó la luz.

Cálidas sus ropas pegábanse ya sobre los muslos, y no atinaba sin embargo a sustituirlas por las de dormir. Largo rato debió pasar en profundo ensimismamiento.

La invasora melodía de un rasgueo tornóla a la realidad, y, casi instantáneamente, los dulces lamentos de Juan oíanse al otro lado de la ventana. La audacia del apasionado trovero resultábale molesta por demás, pero un grande sentimiento de gratitud le impedía libertarse de su persecución por medio de un desaire. Recordó sobre la mesa de noche el ramo que durante el paseo matinal adornaba su pecho, parecióle feliz solución, y, tomándolo del florero, abrió rápidamente la ventana y lo estiró al cantor... Oblicuamente argentada de luna, emergió en la intensa sombra reinante, la casta blancura de su opulenta juventud. Al verse así ante aquel hombre que obstinadamente la perseguía, Amelia quiso morir. Apenas atinó a cerrar la entreabierta ventana y cayó sin sentido sobre el lecho.

Orgulloso Juan, festejaba su triunfo en rotundas estrofas que acentuaba varonilmente unas veces a guisa de toma de posesión, y otras, en dulces cadencias, agradecía a la joven la dicha que volvía a su vida al brindarle su amor y su hermosura. Y se alejó, luego de un desafío, lanzado a todos en la soledad de la noche: "Se ha de tener por muy hombre, quien me la quiera quitar".

Fué menester la infernal algarabía que la entrada del automóvil produjo en la estancia para despertar a Amelia. En medio de los gritos de asombro y de los ladridos desaforados, reconoció ella la

Al entrar aquella mañana Atanasio Barigoule en su negocio de la prefectura de Rhone y Camargue, con su habitual retraso de media hora, encontró en su mesa una nota que decía: "El señor prefecto desea verlo a usted".

A los cuarenta años de edad Atanasio contaba con quince años de servicios a la Administración. No era, precisamente, un modelo de funcionarios. Ni excesivamente puntual, ni muy trabajador. Procuraba en la oficina pasar inadvertido, y reservaba todo su energía para su vida privada. Atanasio llevaba una existencia agradable, en la que se desenvolvía desplegando todo el ingenio que se necesita para divertirse cuando se tiene poco dinero.

Más de una vez había sido amonestado por sus jefes, y esto le había impedido ascender. Pero Atanasio no tenía ambiciones administrativas, y estaba contento con su modesto cargo.

La nota del prefecto le preocupó, sin embargo. Debía de ser algo grave.

Fué al despacho del prefecto, y éste, al recibirlo, le dijo severamente, sin molestarse en invitarlo a que tomara asiento:

—Señor Barigoule, he recibido reiteradas quejas relativas a usted. Parece que debe usted 500 francos a determinada persona, 800 a otra, 1.500 a otra, etc., etcétera, y sus acreedores están dispuestos a acudir al Juzgado. Como usted comprenderá, esto perjudicaría el crédito de la Administración pública, y es preciso que en el plazo de quince días pague usted todas sus deudas.

—Eso no es posible, señor prefecto — contestó Atanasio, aterrado—. En tan poco tiempo no puedo pagar lo que debo.

—¿No es usted propietario?

—¿Qué más quisiera yo!

—¿Pues no ha pedido usted dos días de permiso a su jefe porque tenía usted que desahuciar a uno de sus inquilinos?

Barigoule, al oír esto, creyó que el mundo se le caía encima.

—¿Hable usted! — dijo impaciente el prefecto.

—Es verdad, señor — balbuceó Atanasio—. He faltado a la oficina... He estado enfermo... Es decir... Es que no podía... Es que...

—Bueno, bueno; dejemos eso de la falta, y vamos a lo importante, que es la cuestión de las deudas. ¿Cómo y cuándo piensa usted pagar?

—Ya he dicho al señor prefecto que no me es posible. En cuanto pagara a uno se me echarían sobre mí todos mis acreedores. ¿Y cómo quiere usted, señor prefecto, que pague 150.000 francos que debo? ¿Cómo he podido llegar a deber 150.000 francos? ¡Es espantoso!

El prefecto lo miró con asombro.

—¿Cómo es posible que usted, Barigoule, modesto empleado de la prefectura, con ese aire de imbécil que tiene, haya encontrado medio de que le presten 150.000 francos, cuando yo, prefecto de Rhone y Comargue, no encontraría quien me prestara ni la cuarta parte de esa cantidad, si la necesitara?

El prefecto se había levantado y paseaba nerviosísimo por su despacho. De pronto se tranquilizó, ofreció una butaca a Atanasio y le dijo sonriendo:

—Tranquícese usted, Barigoule. En el fondo no es nada grave lo que le ocurre. Vamos a ver si podemos arreglarlo. Siéntese usted, querido amigo...

Ben JOYCE

corneta, habitual anunciadora de la llegada de su novio.

Aún faltaba largo rato para que el sol asomara y el horizonte reverbeara ya, en intenso rojo, augurando un día de riguroso calor.

Carlos María ultimaba los preparativos de su regreso. Juan, que durante los tres días de su permanencia en "La Cautiva" no se había dejado ver, pasó al trote de su "malacara", luciendo todas sus prendas. Saludó respetuosamente sin tornar la cabeza y siguió rumbo al camino.

No iba muy lejos. Al llegar al arroyo se detuvo. Contempló un rato el cauce seco, las escarpadas barrancas, desde lo alto del puente y se ocultó en el tupido saucedal de la orilla.

Era el sitio elegido, para reividicar a su modo, lo que él creía pertenecerle.

Instantes después, el automóvil anunciaba estrepitosamente su proximidad. Alistó el flete que mitigaba su impaciencia en el continuo trajín de la cosecha, y cuando el vehículo enfrentaba casi el lugar del escondite, una violenta presión de espuelas, colocó de un salto al caballo en medio del camino.

La velocidad de la máquina no pudo ser aminorada. El choque fué brutal. La violencia del golpe estrelló al caballo contra las barandas del puente, despidiendo al jinete que se precipitó al pedregoso lecho del arroyo.

Al día siguiente toda la familia abandonaba la estancia en el "auto" de Carlos María, contristados por el suceso doloroso y fatal.

"Yo sabía que algo malo iba a suceder", repetía el viejo Cipriano que los veía alejarse por el camino, y maldecía aquella intensa polvareda que se achicaba paulatinamente, como si, fatídico emisario del mal, hubiera entrado el progreso en aquella casa, a turbar la beatífica tranquilidad de su vejez. Y, al pasar por el sitio en que por ella se jugó la vida, un sollozo incontinente reveló el secreto de Amelia.

Lo primero que hizo el ilusionista cuando llegó a la ciudad fué anunciar su debut en unos grandes carteles:

"¡Atención! ¡Alto! Mañana, en el teatro del Parque, debut del famoso ilusionista ruso Storky. ¡Sólo por ocho días! ¡No faltéis! Precio de las butacas, cinco pesetas."

Pero a esta función inaugural debieron de asistir contadas personas, por cuanto a la mañana siguiente unos carteles mucho más llamativos que los anteriores hicieron saber al vecindario que el ilusionista Storky haría arder aquella noche el teatro a la vista del respetable, metamorfosearía un canguro en una sombrilla japonesa y una paloma en un camello, no obstante lo cual, el precio de las butacas se rebajaba en dos pesetas.

Tampoco a esta función ni a las sucesivas debió concurrir mucho público, por cuanto el precio de las localidades fué descendiendo gradualmente.

Al paso que llevaban las cosas, si el ilusionista continuaba unos días más en la ciudad, tendría que pagar para que fueran a verle.

Hasta que una mañana — última carta que se jugaban ilusionista y empresario — apareció un nuevo y flamante cartel:

"Teatro del Parque. Mañana, en

El ilusionista Storky

Por Valentín Hurtado

la función de la noche, el famoso ilusionista Storky, para dar una muestra de agradecimiento al culto vecindario de este pueblo, se comerá un hombre vivo. ¡No hay engaño!... ¡No hay trampa!... Precio de la butaca para este espectáculo, ¡sesenta céntimos! ¡No faltéis!"

Excuso decirles a ustedes que inmediatamente se formó cola ante la taquilla del teatro, y que cuando a la noche siguiente el ilusionista Storky apareció en el escenario, embutido dentro de aquel frac tan irreprochable, fué acogido con un largo murmullo expectativo.

Sin embargo, cuando anunció al público que tendría que renunciar a comerse a alguien — a no ser que hubiese entre los espectadores alguno que se prestase voluntariamente a ser digerido, — ya que la persona a quien habían contratado para comerse acababa de comunicar a la empresa su imposibilidad de asistir al espectáculo, a causa de

hallarse enferma, un reguero de indignación corrió por todo el teatro.

Estaban los ánimos tan excitados que presentíamos la catástrofe. Y de pronto, un individuo se dirigió hacia el escenario.

Se oyó su voz en medio del silencio que se hizo:

—Yo me presto a ser comido.

Sonó una salva de aplausos.

El ilusionista se quedó como quien ve visiones. ¿Era posible que aquel sujeto fuera la causa de su ruina?... Procuró hacerle desistir:

—Pero... ¿lo ha pensado bien?

—Perfectamente.

—¿Piensa usted en sus hijos?

—No tengo hijos.

—Bien..., pero... ¿usted querrá hacer testamento?...

—Lo tengo hecho. Soy más pobre que una rata.

Storky leyó en la mirada de aquel hombre que nadie ni nada le harían desistir de su idea.

Comprendió que no iba a tener

más remedio que comérselo o morir linchado por la multitud que llenaba el teatro.

Y no lo pensó más: cerró los ojos, y, de buenas a primeras, le atizó en una oreja un mordisco espantoso.

—¡Ay!!!

El hombre que se había prestado al sacrificio salió corriendo, dando alaridos espantosos. Desde el escenario se tiró de cabeza al patio de butacas. Tras él, poseído de un verdadero ataque de antropofagia, se lanzó Storky.

—¡He dicho que me lo como, y me lo como! — decía. — Soy hombre de mucha palabra.

—¡Miserable! ¡Bandido! ¡Inhumano!... — chillaban.

El escándalo era imponente; todos clamaban porque se les devolviese el importe de las localidades.

Pero el empresario se negó a hacerlo. El ilusionista había querido comerse a aquel hombre, de cuya huida ellos no eran culpables.

Y para convencer al auditorio acabó:

—Ahora bien; como aquí no se engaña a nadie, si alguno no está conforme puede bajar al escenario; lo ataremos sólidamente, y el ilusionista Storky continuará el experimento...

En pocos casos estará tan justificado como en éste el sobrenombre de Gran Capitán, con el que en la historia se conoce al bizarro militar Gonzalo Fernández de Córdoba, nacido en Montilla en 1453, que tan brillantes campañas hizo contra los moros en España y contra los franceses en la conquista del reino de Nápoles.

Era el Gran Capitán un experto guerrero, valiente hasta la temeridad, sereno ante el peligro, noble y abnegado en grado sumo, que por su arrogancia y por la vehemencia de sus arengas, sugestionaba a sus soldados que le seguían sin vacilar seguros de obtener la victoria, despertando en ellos la emulación con su gran ejemplo, pues él mismo hacía lo que mandaba hacer en los campos de batalla, peleando muchas veces como un soldado, en los momentos de mayor peligro. Y, sin embargo tantos y tan leales servicios, prestados con el mayor entusiasmo y peligro constante de su vida, alcanzando tanto honor y prestigio para nuestras armas, fueron pagados al fin por el Rey Don Fernando con notoria ingratitud, dando lugar a las famosas *Cuentas del Gran Capitán*.

Merecen recordarse, siquiera sea muy brevemente, algunos de los principales hechos de armas del Gran Capitán en la campaña de Nápoles. Hallábase Gonzalo de Córdoba en grave apuro, en vísperas de la batalla de Ceriñola, sólo tenía provisiones para tres días, no podía abastecerse en ninguna parte y temía se sublevaran las gentes de aquella comarca por el hambre que padecían. A pesar de ello, decidió salir a buscar al enemigo, marchando hacia Ceriñola, cuyo castillo se hallaba situado a seis millas del campamento francés. Antes de partir socorrió con algún dinero a sus tropas que se hallaban muy animadas para la pelea. Luis de Herrera y Fabricio Colona mandaban la caballería ligera; la vanguardia la formaban 2000 hombres de infantería española al mando de D. Diego de Mendoza, que se distinguió mucho en aquellas jornadas, yendo el Gran Capitán al frente de la retaguardia.

Hacia un calor sofocante, la tierra estaba seca, la jornada fué larga y penosa, hasta el punto de que algunos soldados murieron de sed en el camino. Apercebidos de ello los franceses unos 7000 hombres al mando de los príncipes de Salerno y Amalfi y del Duque de Nemur. Alcanzaron a la retaguardia del ejército del Gran Capitán, mandada precisamente por éste, y se trabó el combate que fué reñidísimo, cubriéndose de gloria las tropas de Gonzalo de Córdoba, que salieron victoriosas. En esta batalla murieron el Conde Morcon, casi todos los capitanes suizos y el Duque de Nemur, al que mandó enterrar con gran solemnidad el Gran Capitán en la Iglesia de San Francisco de Barleta; resultaron heridos los príncipes de Salerno y Amalfi y otros jefes, teniendo en total los franceses cerca de 4000 bajas, y muy pocas, relativamente, las tropas del Gran Capitán.

La gran victoria obtenida en Ceriñola, facilitó mucho la continuación de la campaña. Se ordenó al almirante Villamarín que marchase con sus naves a Nápoles, a donde iría el Gran Capitán, el cual marchó a Benevento y Gaudelo, desde cuyo pueblo intimó a la ciudad, de Nápoles, en escrito muy

El Gran Capitán y sus cuentas

cortés y razonado, a que se rindiera, ofreciéndole buen trato. Salieron a pactar el Conde de Matera y los Síndicos de la ciudad, conviniendo en la entrega de ésta, en la cual entró triunfalmente el Gran Capitán con sus tropas. Marchó a reconocer los castillos del Ovo y Castelnuovo, que defendían los franceses, los cercó por mar y tierra, batiéndolos rudamente, hasta que al fin se entró en ellos a saco, recogiendo, entre otros prisioneros, al Conde de Pallás, gran enemigo de los Reyes Católicos, al cual se envió al Castillo de Játiba, donde murió.

El ejército francés, mandado por

y peleó tres días y tres noches contra los franceses; en esto llegó el Gran Capitán con sus tropas, e hizo quemar una parte del puente que era de madera, y acampó en aquellas cercanías.

Hubo gran desorden entre las tropas de Gonzalo de Córdoba, que habían marchado y peleado con un tiempo inclemente, y descontentos por no haberles pagado su soldada se demandaron para robar y saquear por aquellos poblados. Vióse amenazado el Gran Capitán, pero se impuso; reunió el dinero que pudo y con él socorrió a sus tropas. Algunos capitanes le invitaron reiteradamente a que levantase el

VUELO IGNOTO.

Alma, remóntate a las alturas inaccesibles, más allá de las nubes errantes, en los diáfanos éteres de zafiro.

Elévate sobre las cumbres en donde el águila negra afiló la metálica uña y en donde las rocas parecen de plata de tanto sentir el fuego del sol.

Sobre los mares y las cordilleras, sobre las muchedumbres y los desiertos, álzate en súbitos ímpetus, y reposa serenamente en el aire constelado, en pleno olvido de las cosas que fueron.

Sube, asciende, libre de todo efímero lazo terreno, ágil como un pétalo en el cerúleo espacio, cual mariposa encantada en la perpetua luz de los orbes.

Lejos del mísero soplo humano, del roce de las almas inferiores; fuera de la órbita de los pensamientos plebeyos y de los oscuros designios, traza a tu alrededor un amplio círculo resplandeciente en donde puedas gozar de la absoluta ilusión de la Belleza.

Corónate de átomos rutilantes. Perfúmate con el aroma de los siderales jardines. Embriágate con la música de los universos.

Vuela, en la hora ambiciosa de la nocturna esperanza, con las alas quiméricas del sueño, hacia el ignoto arcano de los firmamentos... Y que el alba te sorprenda, en tus éxodos mágicos en pos del Ideal, toda vestida de fulgores, iluminando a tu paso las penumbras de la Vida.

Froylán TURCIOS.

el Marqués de Mantúa, pasó el Tiber por el puente de Molle, cerca de Roma, para acudir en socorro de Gaeta, sitiada por el Gran Capitán. Este, con un refuerzo de 2000 hombres que le envió nuestro embajador en Roma D. Francisco de Rojas, levantó el campo de Castellón y salió a buscar al enemigo, llegando a una milla del campamento del Marqués de Mantua y a la vista de éste. Le requirió al combate y Mantua lo eludió, emplazándole para el Garellano. De Gaeta acudió en auxilio del campamento francés el capitán Alegre con 3000 hombres, entrando en Rocaseca, lugar español en que se hallaban de guarnición los capitanes Villalba, Pizarro y Zamudio con 1200 hombres, con los cuales atacaron a la vanguardia del ejército francés, haciéndole retroceder y pasar de nuevo el Garellano. Pedro de Paz, con 1200 infantes y 500 jinetes, guardaba el puente de paso

campo y se retirase, a lo cual les contestó así:

"Yo sé muy bien lo que al servicio del rey importa esta jornada, y antes ganaré un paso, aunque sea para mi sepultura, que volver atrás aunque fuese para vivir cien años. Aquí se ha de rematar esta contienda como fuere la voluntad de Dios y plugiere a su Majestad; nadie pretenda otra cosa."

Una vez más se impuso el Gran Capitán y libró la batalla que fué muy sangrienta, pues los franceses habían logrado tender un puente sobre barcas para cruzar el Garellano, y por él pasaron más de 5000 hombres. Llegó el Gran Capitán hasta la entrada del puente, desarrollándose allí la célebre batalla de Garellano, que ganó tras ruda lucha, durante la cual hubo momentos en que el Gran Capitán echó pie a tierra y con una alabarda peleó como un soldado. Entre muchos episodios notables de aquel san-

griento combate, merece especial mención el del Alférez abanderado Hernando de Illescas, que, habiendo perdido de un tiro la mano derecha tomó con la izquierda el estandarte, y perdida ésta también, se abrazó al estandarte con ambos brazos sangrando, sin moverse de su sitio hasta que fueron rechazados los franceses.

Los laureles bien ganados por aquel invicto guerrero y su gran prestigio, despertaron la envidia de muchos de los que le acompañaron en aquella campaña, que formularon quejas injustas contra el Gran Capitán, con tal insistencia que, acogidas por algunos tesoreros del rey, envidiosos también de la fama y prestigio de Gonzalo de Córdoba, decidieron al rey a dirigirle un apercibimiento, mermando sus atribuciones y pidiéndole cuenta de la inversión del dinero que se le tenía enviado que no pocas veces fué escaso y tardío, ocasionando grandes y frecuentes apuros al heroico caudillo, que, indignado por tan injusto proceder, envió sus famosas cuentas; aunque no se han encontrado los originales, figuraban en ellas, según la leyenda, las siguientes partidas, en ducados:

"De picos, palas y azadones, 100 millones; en frailes, monjas y pobres para rogar a Dios por la prosperidad de las armas del rey 2736; en poner y renovar campanas destruidas en el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo 170.000; en aguardante para la tropa en los días de combate, 50.000; en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres enemigos tendidos en el campo de batalla, 10.000; en espías y escuchas, 7494; en mantener prisioneros y heridos, 1.500.000; en misereres y tedéums al Todopoderoso, 1.000.000; en sufragios por los muertos, 1.000.000; por escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino, 100 millones".

Cuento judío

Blum, que está a punto de partir para un largo viaje, va a casa de su vecino David para que éste se encargue de guardarle el borrieco.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? — le pregunta David.

—Un mes.

—Bien.

—¿Y cuánto me llevarás por guardarme en tu casa el jumento y darle de comer?

—Quince francos.

—¿Quince francos! ¿Estás loco, David? ¿No comprendes que eso es muy caro?... Te daré doce francos.

Después de un par de horas de discusión, queda aceptado el precio de doce francos. Mas antes de abandonar la casa de David, Blum le advierte:

—¡Ah, se me olvidaba!... Además me guardarás el estiércol.

David levanta los brazos al cielo. Finalmente acepta:

Cuando Blum ha salido, el hijo de David, que ha presenciado la escena, pregunta a su padre:

—Pero... ¿cómo vas a arreglarlo para dar de comer al borrieco por doce francos y guardar, además, el estiércol?

—No te inquietes: por doce francos no habrá que guardar más que un puñado de estiércol.

La antigüedad en el retoque femenino

El descubrimiento de una polvera, un bote con pintura, un espejo de mano y un frasco de perfume, en las ruinas de la gran ciudad de Ur, que existió tres mil años antes de la Era Cristiana, o sea hace unos cinco mil años, ha puesto de manifiesto la antigüedad del retoque femenino. Las mujeres no estaban entonces más satisfechas con el modo cómo las hizo la Naturaleza más de lo que lo están ahora, y todo el mundo antiguo nos ha confirmado que trataron de aumentar artificialmente sus encantos por medio de perfumes y cosméticos.

Una expedición en la que toman parte miembros del Museo Británico y de la Universidad de Pensilvania, ha practicado excavaciones en Ur, de donde emigró Abraham dos mil cien años antes de J. C., y han arrojado gran luz sobre la vida que hombres y mujeres llevaron cincuenta siglos atrás en la gran capital del sur de Babilonia; prueban que en todo este tiempo las costumbres femeninas no han variado gran cosa y que las mujeres rivalizaban entonces como ahora, en decorar sus personas con pinturas y joyas para llamar la atención de los hombres y triunfar sobre las otras mujeres. Y lo que sucedió en la antigua Babilonia ocurrió también en Egipto, en la antigua Grecia y en Roma, ni más ni menos que en París o Nueva York actualmente.

Los expedicionarios abrieron gran número de sepulcros y hallaron que las mujeres llevaban su vanidad más allá de la tumba, porque sus afectuosos parientes enterraban junto con ellas muchos de sus artículos de "toilette", así como diademas, anillos, cuentas de oro y plata, largos alfileres para el cabello, con cabezas de lapislázuli, collares hechos con toda clase de piedras preciosas y adornos diversos, que revelan gran habilidad en los joyeros de aquella lejanísima época.

El antiguo joyero era un verdadero artista; imprimía una gran cantidad de dibujos en el oro: cazadores, ciervos, toros, carneros, en todos sus detalles. Quizá habían descubierto el vidrio de aumento o sus ojos fueran más poderosos que los nuestros para permitirles hacer tan delicado trabajo.

Pero es en los artículos de "toilette" donde las mujeres antiguas exigieron más de la habilidad del artifice en madera, marfil y metales preciosos. La mesa de "toilette" de una dama antigua estaba llena de perfumes y pomadas; la señora tenía muchos espejos, bellamente esculpidos, para contemplar el efecto del "kohl" que aplicaba a sus pestañas o la pintura de sus mejillas. A falta del cristal de los espejos modernos, los suyos estaban hechos de metales brillantes y el dorso estaba curiosamente esculpido o adornado con representaciones de los dioses de la belleza y del amor.

El arte de la perfumería fué uno de los primeros en perfeccionarse en el mundo civilizado por el suave incienso que se quemaba en honor de los dioses; pero fué seguido pronto por ungüentos y extractos tomados de las flores.

El bañarse para la limpieza, pertenece a una época posterior. En la antigüedad se confiaba más en los perfumes extraídos a los péta-

los de la rosa y del nardo o hechos de valeriana y otras substancias olorosas. La raíz del lirio se conoció muy temprano como fuente de perfume, lo mismo que muchas flores, cuya esencia se extraía por diferentes procedimientos. Alguien descubrió, probablemente, por casualidad, que ciertos cuerpos gra-

luz proyectada sobre la posición de la mujer entre los babilonios, dos o tres mil años antes de la Era Cristiana. En el código civil de Babilonia, la esposa tenía importantes derechos legales y podía reclamar parte importante de los bienes de su marido. Aunque éste se divorciara de ella, era protegida, a me-

UN SISTEMA INFALIBLE

Aunque creía conocer a Federico, nunca pensé que llegara a jugarme aquella trastada. Hacía un mes que lo encontraba todas las tardes en el café donde acostumbro a jugar mi habitual partida de dominó. Un día me aconsejó y gané. ¿Qué menos podía hacer que convidarle a un bock? Al día siguiente le confesé que acababa de recibir una herencia inesperada; 50.000 francos que me había dejado un tío de provincias y que no sabía en qué emplearlos. Desde entonces nos hicimos los mejores amigos del mundo.

Federico era un chico encantador, alegre, servicial, dispuesto siempre a hacer un favor a un amigo.

Un día me dijo:

—He estado pensando en tí. Me parece una tontería que tengas tu dinero improductivo. La Bolsa es muy comprometida, y he pensado algo menos arriesgado. Si tú quieres podemos asociarnos para jugar en las carreras de caballos.

Dí un salto al oír aquello. No he puesto nunca los pies en un hipódromo, no entiendo ni una palabra de lo que es apostar; pero siempre he oído decir que correr jugando tras la Fortuna es correr en pos de la ruina. Se lo dije así a Federico, y me contestó:

—Es verdad que los jugadores pierden casi siempre; pero yo, querido, he descubierto un sistema infalible. Siempre que juego gano. ¿No me crees? Me lo explico y te perdono. Pero puedo probártelo cuando quieras. Mañana me vas a acompañar a Longchamp.

Seducido por su seguridad, lo acompañé al día siguiente. Federico me dejó para ir a las taquillas de las apuestas, y yo me puse a contemplar el espectáculo, que no deja de ser curioso para un neófito.

Al terminar la primera carrera Federico me hizo seña de que habíamos ganado, y se acercó a mí para enseñarme el ticket. Era verdad; había jugado al caballo ganador.

A la segunda carrera ocurrió lo mismo; a la tercera se repitió la suerte. Y lo mismo en las demás carreras.

Al día siguiente, y como Federico no me viera muy convencido, me llevó a Enghien. Como la tarde anterior en Longchamp, ganamos en todas las carreras. Dos días después fuimos a Anteuil, y el resultado fué el mismo.

—¿Qué dices?—exclamó triunfalmente—. ¿Crees ahora en mi sistema infalible? Y eso que como no tenía dinero disponible sólo he apostado cinco francos a cada caballo. ¡Imagínate lo que hubiéramos ganado si llegamos a apostar en grande!

Estaba convencido; mejor dicho, entusiasmado. No dudé más, y puse los 50.000 francos de mi tío en manos de Federico. Aquella fué nuestra última entrevista. Ya no he vuelto a ver los 50.000 francos ni he vuelto a ver a Federico. Huyeron juntos, Dios sabe adónde.

Ha sido mucho después cuando un amigo me ha explicado el sistema infalible que utilizaba Federico para ganar en todas las carreras.

Federico, para decidirme, jugaba a todos los caballos; y naturalmente, no había una sola vez que no ganase alguno de los caballos por los que había apostado.

Nada más sencillo. ¡Y no haberseme ocurrido nunca!

Roger REGIS

nos tenían la propiedad de atraer las partículas perfumadas de las flores, y debido a eso la forma primitiva del perfume fué la pomada.

El perfumista moderno utiliza el mismo principio científico cuando extiende los pétalos de rosa sobre planchas engrasadas para extraer el perfume de la flor y retenerlo.

Lo más interesante de todo es la

nos que se le probara que era derrochadora en su hogar o había fallado a sus deberes de esposa.

Las tumbas abiertas parecen haber pertenecido a mujeres de la clase más elevada y arrojan mucha luz sobre las costumbres de los babilonios. La mujer podía consagrarse a la diosa de la Luna y pronunciaba votos. Esta costumbre era

única entre los babilonios y no existía en otros pueblos.

Nos sorprende saber que las mujeres de la antigua Babilonia tenían derechos que le fueron negados más tarde a sus hermanas en países que se consideran altamente civilizados; pero está probado por las tablas de la ley de Humurabi y por las joyas y trajes que usaban. Estas mujeres no eran un simple entretenimiento para el hombre; tenían derechos ante la ley y no vacilaban en sostenerlos, como ha sido demostrado por muchas tablillas descubiertas en Babilonia, donde se leen los contratos matrimoniales. Estas tumbas son prueba de su riqueza y del lujo en que vivían. Sin duda abundaba mucho el oro y las piedras preciosas en Ur, si no los babilonios no hubieran sepultado esas riquezas junto con los cuerpos de sus mujeres.

Grecia fué la heredera natural del lujo de Oriente, porque después de la conquista de Troya, uno de los grandes centros de civilización de Asia, en el segundo milenio antes de J. C., los griegos progresaron rápidamente, utilizando los resultados del adelanto asiático.

Las flotantes túnicas proporcionaban a las mujeres una espléndida oportunidad para el lujo de las telas y su tocado estaba enriquecido con alfileres y tiaras que sobrepasaban en riqueza a los usados por las mujeres de Babilonia. Los griegos eran un pueblo limpio, y sus baños constituían centros de lujo, en los que los perfumes y pomadas se usaban prodigalmente.

Sabemos mucho de la vida íntima de las mujeres griegas, por las pinturas de los vasos; en ellos se las ve haciendo su "toilette".

Si los joyeros babilonios fueron expertos, los griegos los sobrepasaron: elaboraron dibujos de coronas y broches, llegando a tan alto grado su perfección, que su trabajo sirve de modelo a nuestros artifices modernos.

La luz del sol y la salud

El tratamiento de las enfermedades por medio de la luz del sol, llamado hoy día helioterapia, es tan antiguo como la ciencia de la medicina; mas el uso científico de la luz solar para ciertas formas de tuberculosis es tan nuevo que data únicamente del siglo XX.

Alrededor del año 400 A. C. en la isla de Cos, Hipócrates, el padre de la medicina, recomendó los baños de sol, y construyó un templo a Esculapio, el dios de la medicina para que sirviera como solana para sus pacientes. Desde la época de Hipócrates hasta principios de la Edad Media, tanto los médicos griegos como los romanos siguieron recomendando los baños de sol para curar las enfermedades. En la edad moderna, la helioterapia se ha estado practicando más o menos extensamente en Francia desde fin del siglo XVIII.

Los primeros en hacer uso específico de la luz del sol contra la tuberculosis, fueron unos médicos.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para exterminar los parásitos de la cabeza humana se parte por la mitad una pastilla de jabón de bicloruro de mercurio (jabón sublimado) y se ralla bien una de las mitades.

Las ralladuras se disuelven en agua hirviendo o a fuego lento, según se quiera, hasta que luego al enfriarse, se forma una especie de papilla.

Para usarla, lo primero que hay que hacer, es lavarse escrupulosamente el cabello con agua caliente, y luego, friccionarla con la mixtura de jabón, de modo, que no quede una partícula de cuero cabelludo sin saturarse.

Después de frotarse un rato, se aclara la cabellera con agua clara, dándose repetidos baños y fricciones.

Barniz para el mármol. — Se obtiene uno excelente, mezclando seis partes de esencia de trementina y una parte de sandaraca.

Se prepara a fuego suave y se aplica con un pincel.

Algunos marmolistas, emplean una disolución hecha en frío, de un poco de cera blanca en esencia de trementina.

Para privar al alcohol de la mayor parte del agua que contiene, puede añadirse gelatina de buena calidad. Esta materia se hincha, absorbiendo agua, pero no absorbe alcohol, en el cual es insoluble. Se decanta luego el alcohol, que si no es absoluto, por lo menos contiene una infima proporción de agua. Este procedimiento puede sustituir en muchos casos a la destilación.

Las botas de charol deben calentarse ligeramente ante el fuego, antes de ponérselas por primera vez; esto suaviza la piel e impide que el charol se agriete. También es muy bueno frotarlas con aceite cada vez que se quitan, por lo menos las primeras veces que se usen.

Para aminorar la fragilidad de los artículos de caucho conviene bañarlos de vez en cuando en una solución de ácido fénico al 3 por 100. También se recomienda para preservar los artículos de goma elástica el baño en una solución de formol o de cloruro de cinc al 1 por 100, en una solución concentrada de ácido bórico.

Los hornillos de hierro se pulimentan mezclando una pequeña cantidad de azúcar y una cucharada de vinagre con algo de plomagina, hasta obtener una pasta con la cual se frota el hierro. Las partes del hornillo que estén manchadas de caldo, grasa o leche, se frota primeramente con sal o un trapo.

Para que la tinta no se espese, lo cual suele ser debido a formación de vegetaciones, basta echar unas gotas de ácido fénico en el líquido. Para verter el ácido fénico puro, hay que liquidarlo poniendo el frasco que lo contenga en agua caliente.

La Caja de Amortización

Fortunato Lichpié había sido siempre buen patriota, buen esposo, buen padre. Lo de buen padre es un decir, pues de su unión con Celestina Brancher no había tenido ningún hijo; pero es de suponer que si el cielo hubiera coronado su amor conyugal, la cualidad de buen padre se hubiera sumado a la otras.

Celestina no experimentó, pues, el menor asombro cuando, una mañana de julio, oyó a su prudente esposo anunciarle:

—Querida, voy a tomar parte en la suscripción voluntaria. Ha llegado el momento de que yo cumpla mi deber de francés. No quiero ser como otros que gritan mucho y hacen gala de sentimientos supertricolores, para llamarse andana cuando tienen que aflojar la mosca.

Celestina asintió a las palabras de Fortunato, que sacó un hermoso billete de la cartera y añadió:

—Ahora mismito voy a dejar estos cien francos en la Caja de Amortización.

Pero la buena señora se sorprendió un poco cuando, largo rato después, le encontró en su cuarto de aseo lavándose los pies.

—¿No te los lavaste el domingo? — exclamó.

Fortunato explicó que quería cumplir su deber de gran patriota, tan limpio por fuera como por dentro.

Volvió cerca de las ocho de la noche, pintado el cansancio en el rostro, ojeroso, encorvado y resoplado como una foca.

—¿Qué tarde llegas y en qué estado! — observó Celestina.

—¿Había tanta gente en Hacienda!... — suspiró Fortunato. — No podía uno moverse. Era un espectáculo reconfortante, pero fatigoso para un hombre de mi edad.

—En fin — dijo la señora Lichpié —, has cumplido con tu deber, que es lo esencial. ¿Traes el recibo?

Fortunato se puso colorado.

—¿El recibo?... ¡Ahora me explico por qué al irme me llamaban a gritos!

—¿Irás mañana por él, ¿no?

—¡No, mujer! Se creerían que yo quería darme pisto.

—¿Fortunato, ese recibo es, muy honroso, y yo sentiría que no pudieses enseñárselo a nuestra familia! Podríamos conservarlo en mi arquilla de palo rosa, con mi corona de azahar, tu última pipa...

Ocho días después, Celestina volvía a sorprender a su marido lavándose los pies, a pesar de no ser domingo.

—Pero ¿te has vuelto loco? — exclamó.

—Celestina — explicó Fortunato —, voy a reparar mi omisión del otro día. Hice mal — lo confieso — en no pedir el recibo. Voy a llevar un nuevo billete de cien francos.

—¿Otro?

—No es demasiado, créelo.

A la una de la noche volvía Fortunato, aún más deprimido que la primera vez.

—¿Qué de gente, Dios mío! — farfulló. — ¡Qué admirable espectáculo!

—Ahora sí traerás el recibo?

—No, pues, como la primera vez, he querido que mi donativo sea anónimo. Y a los donantes anónimos no se les entrega recibo.

—Entonces, ¿qué prueba tienes?...

—¡El Diario Oficial, mujer!

Durante cinco días, el matrimonio buscó en vano, en el Diario Oficial, esta frase: "Un anónimo, 100 francos".

—¿Qué listas más lentas! — profería Fortunato.

Por fin, aparecieron estas palabras: "Un anónimo, 1 000 francos".

—Seguramente, ese soy yo — dijo Fortunato —. Han puesto un cero de más.

Celestina se encogió de hombros. A la semana siguiente, le propuso a su marido ir con ella a llevar otros cien francos. Pusieron en camino...

Son las seis de la tarde. Hay tres personajes ante el comisario de Policía. Fortunato, con el cuello arrancado, un ojo hinchado, la americana rota; la señora Lichpié, con el sombrero torcido, el pelo remuelto y media sombrilla en la mano; una muchacha muy maquillada, llena de arañazos y sofocadísima. He aquí lo que esta joven le está diciendo al magistrado:

—El vi... viejo... se me ha... bía acer... cado... en el bu... bu... llevar y me prome... tía... De pron... to se acerca la vieja... y empi... pi... eza a pe... pe... gurnos. Yo qui... quiero entablar un pro... ceso.

—¿Por agresión de obra?

—Y de palabra. La vieja me ha ll... llamado Caja de Amortización.

Juan KOLB

Limpieza de guantes de cabritilla. — Después de haber trabajado bien un pedazo de jabón en leche cruda hasta hacer espuma, se calza el guante en la mano, y con ayuda de un cepillo suave o un trozo de franela nueva, se le aplica la espuma de jabón y la leche, siempre en dirección de la muñeca a los dedos.

La operación se repite hasta que haya desaparecido todo rastro de suciedad. Después se enjuga bien con un paño muy limpio y se tiende en un lugar seco y aireado.

Una vez seco, habrá recobrado la suavidad y el color primitivos.

Para que las cuerdas duren mucho tiempo, nada mejor que sumergirlas en una solución de 30 gramos de sulfato de cobre en un litro de agua y embrearlas después ligeramente.

El mejor modo de limpiar los baños esmaltados de blanco es echar un poco de trementina en una jicara, y con un trapo mojado frotar todo el baño. Luego se friega con jabón y agua caliente. Con este procedimiento el baño se queda perfectamente limpio.

Las esculturas de piedra se restauran perfectamente cubriendo los desperfectos de las mismas con un amasijo compuesto de sílice pulverizada y cloruro y óxido de cinc. Esta pasta se endurece a poco de aplicada, y llega a adquirir con el tiempo la consistencia de la piedra.

Cuando los impermeables se ponen duros y rígidos se pueden dejar como nuevos con cal y agua. Un puñado de cal en bruto de buena calidad se disuelve en medio cubo de agua y se aplica la mezcla a las partes endurecidas con una esponja. La operación hay que repetirla a las dos o tres horas.

Imitación de la piedra. — La composición siguiente puede aplicarse como si fuera pintura a la madera, a los metales, a los ladrillos, etc. Tómense 13,6 kilos de blanco de España o yeso mate, 9,7 kilos de asperón, 453 gramos de mica, y 3,175 kilos de sílice o de alumbre. Pulveríscense finamente estas materias y mézclense en seco. Después se añade esta otra mezcla calentada hasta casi el punto de ebullición: barniz craso, 1,360 kilos; trementina, 2,27; cola de pieles, 9,7; y agua 9,7.

Se mezcla todo bien y se aplica con una brocha. El alumbre se emplea para los exteriores y la sílice para los interiores.

Para quitar las manchas de café del satén, de la seda y de cualquier tejido delicado, aunque el café esté mezclado con leche, se aplica glicerina pura, se frota suavemente con un trapito limpio y se aclaran las partes manchadas con agua caliente secándolas luego con una plancha. Para esta operación hay que cubrir el tejido con un paño.

"Amame y el mundo es mío". — La película del título del rubro que la Universal dió a conocer el 19 de junio está basada en el libro "The Affairs of Hannerl", escrita por el novelista austriaco Rudolph Manns Bartsch, y ha sido adaptada a la pantalla por el director E. A. Dupont secundado por el doctor Paul Kohner, quien actuó como supervisor de esta producción.

"Amame y el mundo es mío" será una de las películas más interesantes a estrenarse esta temporada. Mary Philbin y Norman Kerry los enamorados de "Los amores de un príncipe" y "El fantasma de la Opera" interpretan los principales roles de esta producción.

Viena, la ciudad inspiradora de poetas y novelistas, la más bella y fascinadora ciudad del mundo y la capital internacional de la cultura, la música y el arte, ha sido reproducida con todo su color local en la película del rubro. Pero no la Viena empobrecida y turbada por las luchas políticas de después de la guerra sino la brillante Viena de 1913 con sus parques de diversiones y su característica alegría. La película del rubro que la Universal estrenará el 19 del corriente ha sido hecha por hombres que han vivido muchos años en dicha ciudad y que la han reproducido lo más exactamente posible. E. A. Dupont, el director que trabajó tantos años para la UFA en Berlín fué quien dirigió "Amame y el mundo es mío". El vivió muchos años en Viena y sus ayudantes en esta película son todos austriacos. Albert Conti, oficial austriaco que representó un rol de esta película ayudó a Dupont para las reconstrucciones.

Dolores del Río en "Artistas Unidos". — "Ramona", es la primera de una serie de grandes novelas adaptadas a la pantalla. — En Estados Unidos ha tenido enorme difusión la novela de amor de Helen Hunt Jackson titulada "Ramona". Se reviven en ella los primeros tiempos de la luminosa California. Asiste así el lector a apasionantes episodios. Buscadores de oro hechos a todas las rudezas del destino, indios hostigados implacablemente por los blancos personajes de pura raza hispana enseñoreados de ricas campiñas, vastos rebaños, están pintados con maestría en la novela de Jackson, cuya dramática le ha valido su adaptación a la escena muda.

Edwin Carewe, el famoso director cinematográfico, interesado por el vehemente romance amoroso que contiene la novela de Jackson, pensó en cinematografiarla.

Para ello le faltaba una actriz de positivo talento, y de cualidades especiales para la encarnación de un personaje de la ternura, del nervio,

de la pasión de "Ramona". Empero la intérprete que buscaba Carewe apareció inopinadamente en Dolores del Río, la famosa actriz mejicana que acaba de filmar "The Trail of 98".

Con profundo regocijo aceptó Dolores del Río la propuesta de Edwin Carewe que la incorporaba prácticamente al grupo de grandes intérpretes de "Artistas Unidos". El fruto de esa colaboración de Carewe con Dolores del Río es "Ramona".

El éxito de esta película ha sido tan considerable en Estados Unidos que se ha anunciado el compromiso de Dolores del Río para filmar con

Warner Baxter, Roland Drew, Vera Lweis, John Prince y Michael Visaroff, secundan a Dolores del Río, en la representación de "Ramona".

Días pasados, Artistas Unidos, dió a conocer esta película que viene precedida de una reputación sólida y vasta.

Juicios sobre "Ramona". — Artistas Unidos comienza a estrenar "Ramona", una de las grandes producciones de su repertorio para el año corriente. De "Ramona" se hicieron en la Unión juicios y comentarios elogiosísimos que presentan a ese film, como uno de los destinados a marcar los señalados

Notas cinematográficas

¿CUAL SERIA?

¡Se fué del mundo sin decirme nada!
Cesaron de su pecho los latidos,
sin que su voz llegase a mis oídos,
triste, como una antifona sagrada.

En su alcoba revuelta y enlutada,
quedaron sus recuerdos esparcidos
como quedan las plumas en los nidos,
si el abrego sacude la enramada.

Dios, para quién no existe un solo arcano,
únicamente contestar podría
esta pregunta que formulo en vano:

¿Su último pensamiento cuál sería,
cuando, muriendo, me apretó la mano,
y cruzó su mirada con la mía?

Bonifacio BYRNE.

"Artistas Unidos", todo una serie de grandes novelas. Según parece, la talentosa intérprete de "Resurrección" ha superado en "Ramona" es el personaje ideal para el arte de Dolores del Río, y que muy probablemente será la creación mayor de su vertiginosa y brillante ascensión por las rutas del séptimo arte. Edwin Carewe, director de brillantes cualidades, ha merecido muchos elogios, con motivo de "Ramona", especialmente por la simplicidad de medios puestos en práctica para obtener la honda emoción que respira la película.

De la interpretación se han hecho asimismo, cálidos elogios. El reparto, formulado por Carewe, es interesante. Incluye a una cantidad de artistas que en su orden, son consideradas astros en el cielo, cinematográfico de Yanquinlandia.

progresos que viene realizando el arte mudo. Interpretado por Dolores del Río, parece ser que "Ramona", es la creación más humana y perfecta de la joven y ya famosa actriz, cuyos prestigios entre nosotros no van en zaga, a los de las estrellas de mayor nombradía. "Ramona", es una intensa tragedia cuya acción transcurre en California. Ha sido dirigida y adaptada por Edwin Carewe, uno de los directores más completos de Estados Unidos. Espera la agencia local de Artistas Unidos, que "Ramona" repita en la Argentina el éxito extraordinario que la acompañó en la Unión, infiriendo de los valores reales de la película, de la interpretación que se dice admirable de Dolores del Río, y de la acogida que le dispensaran los críticos de Yanquinlandia.

A título informativo reproducimos algunos párrafos extractados de críticos, acerca de "Ramona", que vieron la luz en grandes diarios norteamericanos.

De *World Herald*: "Ramona", es una película de poderosa originalidad. Es notable la simplicidad que señala la narración de esta trágica y hermosa novela de amor. Ha sido dirigida por Edwin Carewe, magistralmente e interpretada por Dolores del Río, con una emoción que toca los corazones.

Dijo *Times*, de Nueva York: No otra que Dolores del Río podrá representar el rol central, tan poderosamente humano y desgarrador de "Ramona". Esta película es extraordinaria, aun dentro de la producción calificada de Artistas Unidos. La filmación es perfecta, y la labor de los artistas inobjetable.

Si la interpretación de Dolores del Río es una proeza, la creación de Warner Baxter, es encantadora.

De *Eve World*: "Ramona" es una película artística realizada noblemente por artistas puros. En cualquier parte será incuestionable el éxito de "Ramona". Tan grande es su humanidad.

De *Mirror*: Dolores del Río es la intérprete ideal para "Ramona", película que es el gran éxito del Rívoli Theatre. Las maravillosas artes de esa actriz dan vida penetrante y dolorosa a un personaje que conmueve hasta las lágrimas.

Se estrenó en Londres la película "Atta Boy" de Monty Banks. — La superproducción Pathé New York titulada "Atta Boy" y cuyo intérprete principal es el conocido cómico Monty Banks, acaba de ser estrenada con un ruidoso éxito en Londres. Transcribimos a continuación algunas de las críticas de los diarios de esa metrópoli.

Cinematograph Weekly. — "Comedia completamente fuera de lo común su acción es rápida y hace que esta película tenga éxito en cualquier parte Monty Banks, en "Atta Boy", llega a colocarse a la altura de Chaplin y Harold Lloyd y si sigue produciendo películas de esta índole será sin duda, bien pronto, el tercer astro cómico del mundo".

Walter Hagen, artista cinematográfico. — El campeón mundial de golf, Walter Hagen, ha sido contratado por la productora Tiffany Stahl, para trabajar en una de las películas de esa compañía que se titulará "Green Grass Widows".

Este film será sumamente interesante, principalmente para nuestro público donde tanto desarrollo tiene el golf y principalmente por ser Walter Hagen el que ganó el partido internacional de este año donde tanto se distinguió nuestro conocido profesional José Jurado. Esta película será distribuida por la Corporación Arg. Americana de Films.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U.T. 0428, B. Orden.

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.00	\$ 1.70
chico	" " 8.00	1.00
Tapas sueltas	" " 9.00	2.00
chico	" " 6.00	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 1 — JEROGLIFICO



N.º 2 — CHARADA

La cuarta dos se desgaja y se desprende del árbol y la fruta dos tres cuarta viene por su peso abajo, tres primera por costumbre del decir de los diarios: es de la cáscara amarga, o tres cuatro el obstinado. Total es acto y efecto de educar a los caballos.

N.º 3 — COMPRIMIDO

1 JA
1 U JA
1 JA

N.º 4 — ADIVINANZA

¿Qué es lo que no se puede poner en la mano derecha y en cambio puede ponerse en la mano izquierda?

N.º 5 — JEROGLIFICO

Q CHE V ROMA
ROMA
ROMA

N.º 6 — CHARADA

Versos no puedo formar sin dos primera, lector porque es feo asesinar la poesía, señor. Mi prima prima se enoja porque trabajo hasta tarde, y el tercera prima, que es (coja, es la que hace más alarde, Pero yo, con gran razón por mi todo no hago caso porque es sólo el corazón el que me manda, malazo!!

N.º 7 — COMPRIMIDO

CI

N.º 8 — JEROGLIFICO



N.º 9 — FRASE HECHA



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 54—Estoque.
„ 46—La del piano de cola.
„ 47—Entrevero.
„ 48—Tirantes de acero.
„ 49—Zapatero a tus zapatos.
„ 50—Manía.
„ 51—Misal.
„ 52—La perdíz, por que la matan los "perdigones"
„ 53—Diabetis.
„ 54—Vender el oro a la par.
„ 55—Un vendaval deshecho.
„ 56—Término.

EL "SUSTANTIVO"

Por Sara Insúa

Don Eladio Suárez era una persona excelente. Dueño de un gran taller de fundición, padre de tres mujercitas deliciosas, esposo de una señora que conservaba aún mucho del encanto que supo transmitir a sus hijas, y poseedor de un capitalito muy decente.

Con todo esto, y una mentalidad poco complicada, don Eladio era lo que se dice un hombre feliz. Lo cual no impidió que su corazón le jugase una mala pasada. Un día, después de unos meses de enfermedad, se murió don Eladio.

No por ser temido, mejor dicho, esperado, el funesto desenlace era menos sensible. La viuda y sus hijas creyeron morir, a su vez, de dolor. Y hasta los empleados del taller lamentaron sinceramente, húmedos los ojos, la pérdida de su patrono.

¡Era tan bueno don Eladio! Sobre todo, después de muerto...

Pero he aquí que cuando todo era llanto y lamentaciones ante lo irreparable, surgió una extraña esperanza.

Las hijas, que, dando muestras de una entereza poco común, velaban el cadáver de su padre, acercándose constantemente a él y hasta besándole, advirtieron algo como para dar que pensar.

Veinte horas habían pasado desde que don Eladio dejara de existir, y su cuerpo no sólo no presentaba señales de descomposición, sino que no daba la sensación de

la muerte. Estaba frío, pero no yerto, y sus miembros no presentaban una completa rigidez cadavérica. Por lo contrario, los labios y las uñas conservaban un matiz ligeramente rosado. Teniendo en cuenta la enfermedad que le había matado era muy admisible la existencia de un accidente cataleptico.

Esta idea hizo que las dolientes gritasen llenas de espanto:

—¡No, no se le puede enterrar! ¡Qué miedo si resucita!...

Como primera providencia se envió por el médico que había certificado la defunción. Este, con un gestecillo de condescendencia, repitió las pruebas de costumbres. El espejo acercado a la boca, el chamuscamiento de las pestañas, etcétera.

—Yo siento decirles—aseguró—que no hay posibilidad de que vuelva a la vida.

Y explicó técnicamente los motivos de la rarísima conservación.

No obstante, aquellas pobres mujeres, asidas a la esperanza de recobrar al padre y al esposo, no se dieron por vencidas, y con decisión profirieron:

—No permitiremos que le entierren mientras no veamos claramente que está muerto.

Pero sabido es que transcurridas determinadas horas no puede permanecer ningún cadáver en la casa. Se decidió, pues, que quedase, descubierto, claro está, en el depósito del cementerio, hasta que su estado corrupto exigiese la necesidad del sepelio. También allí habrían querido acompañar a don Eladio sus ejemplares hijas; pero los parientes y amigos lo impidieron. Una noche en un cementerio habría sido demasiado para temperamentos femeniles y jóvenes.

Se acordó entonces que irían a velar a don Eladio dos obreros de la fundición. Todos solitaban tal honor, y hubo que verificar un sorteo.

Resultaron agraciados Luis el Rubio, un muchacho fuerte y simpático, de carácter fantaseador y aventurero, que aceptó casi con júbilo la misión que se le encomendaba, y Juan el Serio, un hombre que hablaba poco y trabajaba mucho, y nada fácil al miedo.

Llegado el momento de salir para la necrópolis, Luis y Juan se

despidieron de sus compañeros, cargados de bultos, como si fuesen a emprender un largo viaje. Luis explicó:

—Es que se me figura a mí que estarse una noche en la ciudad de los muertos no debe de ser lo mismo que pasarla en el bar de don Nicola y he ido y le he dicho a Juan: "Hay que prepararse". Y nos llevamos dos mantas, porque allí el frío debe de ser de no te meees; un porrón de ginebra también por el aquel del frío; dos "libretas" y dos tortillas, porque la vigilia da hambre, y las barajas, pa una partida de truco... Vamos bien preparados, ¿eh?

—Perfectamente — convinieron los compañeros, entre risas.

—Pero ¿qué llevas tú ahí? — inquirió uno señalando la cintura de Juan.

Los demás, siguiendo la indicación, vieron sujeto con el cinturón, sobre la cadera izquierda de Juan, un enorme martillo.

—Y, ¿pa qué lo llevas? — averiguaron.

Antes de responder, el Serio asió la herramienta, la hizo voltear hábilmente en el aire, y socarronamente respondió:

—Es que a mí, vivos, traermos los que queráis; pero defuntos, es otra cosa... ¡Bromas, no!... Como al patrono se le ocurra levantarse, vamos, que con este sustantivo le llamo al orden...

"Plumadas en Canuto", por Cleofé Pereyra de Goicoa. — Editor L. J. Rosso. 1928.

Desde las primeras páginas, se advierte en la autora de "Plumadas en Canuto", un deseo de hacernos convivir con las gentes humildes del campo, y, también, de acercarlos más hacia nosotros, si cabe, para mostrarnos sus sentires ante sus semejantes, o su propia idiosincrasia con respecto a las que poseen culturas o habitan en otros medios sociales, distintos que el de ellos. Es así, que la señora Pereyra de Goicoa, en cada uno de sus interesantes cuentos criollos, nos pinta, y a veces nos retrata, todo un carácter, con sólo dos o tres vocablos que pone en labios de un personaje, a través de sus diálogos. Se dijera, que su autora, nos está describiendo lo que ella ha visto o escuchado antes de ahora. Y, decimos esto, porque creemos que la mayoría de los cuentos reunidos hoy en volumen, son una eterna confesión de un alma sensible, hermana de un espíritu comprensivo y vivaz, que, para gloria suya, la acompaña una dicción justa, oportuna, y, casi siempre, correcta. Y esto es lo raro en una mujer, con un primer libro, y especialmente, en asuntos campestres.

Y, si no, ahí están "Rastrojo", "La matadura", "Pecado", "¡Como un toro p'al trabajo!" y "El brujo", para citar algunos de ellos, y verá el lector que no exageramos al hacer el elogio precedente de este libro. Pues, quien ha escrito, además de aquellos, cuentos: "Obispo, Virgen y Mártir", "Cuento mestizo", "El mirador", "Carta pajuerana", "Una treta", "La codicia de Ignacio" y "El recuerdo", es digna que la destaquemos como una excelente cuentista argentina, augurándole próximos triunfos mayores, si esto no la conforta para seguir cultivando con tesón este género de literatura nacional.

"Bellezas del Sur-Argentino", por Adrián Patroni. — 1928.

El autor de este importante libro, continúa los propósitos que le guiaron al publicar su anterior obra "Bellezas del Norte y Centro Argentinos"; ofrecer parte de las regiones más pintorescas de la República Argentina. En forma compendiosa, ayudada con profusión de notas gráficas, el señor Adrián Patroni nos va mostrando y describiendo a un mismo tiempo, todo lo más interesante que conviene conocer al viajero estudioso, a fin de llamar su atención y hacerle ver, también al turista, la importancia de estas poblaciones, poco conocidas, que quedan al sur de la república, al igual que los canales fueguinos.

El autor ha aprovechado un viaje que hizo a bordo del "Cap Norte" no hace muchos meses, y este libro es el reflejo de lo que vieron sus ojos. Vale decir, entonces, que "Bellezas del Sur Argentino", es como una cinta cinematográfica que pasa ante el lector, sin que éste se mue-

va de su asiento. Por ello recomendamos su lectura, pues se trata de una obra útil, provechosa y de interés general.

"La madre", por Máximo Gorki y "Cuentos humorísticos", por Eduardo Wilde. Editoriales: "Standard" y "Minerva".

"La madre", de Gorki, es una atrayente novela dramática de la

entre los obreros, pues éstos se sienten oprimidos por el régimen imperante, entonces, colaboran en el trabajo de los revolucionarios para salvar a Rusia de la opresión.

Dentro de esta trama, se perfila una mujer, que es la madre de Paschka, joven conde del gobierno. Escapado de la cárcel, muy pronto muere en brazos de la madre, después de una carga cerrada de los cosacos. Todos disparan, menos

que no decae hasta el final de la obra.

En cuanto al segundo volumen "Cuentos humorísticos", de Wilde, es también una nueva reimpresión como la anterior. Cuentos humorísticos los llama el editor, pero en realidad esta obra se denomina "Páginas muertas". Además del prólogo subscripto por el mismo autor, trae también esta edición un estudio epílogo de Jorge Luis Borges.

De los veinte cuentos que componen esta interesante obra, todos o casi todos, tienen un atractivo que crece a medida que se avanza en su lectura; por esto, señalar éste o aquél cuento, como el más felizmente realizado, no sólo nos costaría hacerlo, sino que no por ello se alabaría bastante; a esta posición muy objetable, tratándose de una producción de esta naturaleza, preferimos que el lector mismo sea el juez; los lea y los juzgue, estos cuentos que le recomendamos.

José Mauricio PEIXOTO.

"Vida y obra de José Manuel Estrada", por Francisco S. Tessi. — Librería "La Facultad". Buenos Aires.

La vida de nuestros grandes hombres viene siendo estudiada con dedicación por entusiastas y patrióticos escritores que al honrar la memoria de aquellos hacen labor eminentemente patriótica, por cuanto, al divulgar lo que los maestros legaron contribuyen a que nuestras letras de antes, al mismo tiempo que las de ahora se esparzan por el orbe entero, ocupando el lugar que merecidamente deben ocupar.

"Vida y obra de José Manuel Estrada" es el libro que el doctor Francisco S. Tessi ha publicado en memoria de aquel ilustre orador, político, profesor y escritor. Es un libro hecho a conciencia, reposadamente, después de conocer a fondo toda la labor de José Manuel Estrada en sus diversos aspectos.

Si algunos de nuestros hombres del ayer merecen el homenaje del hoy y del mañana es, indudablemente, José M. Estrada. La vida de este elocuentísimo orador fue una vida de sano patriotismo, de moral inobjetable, de rectitud sin par. Por ello el libro del doctor Tessi viene a cumplir con un deber al honrar la memoria del patriota enseñando a todos los aficionados a las buenas lecturas, ejemplos de honradez, de probidad, de amor a la patria.

Libros como este tienen perfecto derecho a ocupar un destacado lugar en toda Biblioteca Oficial y particular, y en todo hogar donde se ame a la Argentina. Leerlo y dárselo a los niños para que lo lean es un deber que no dudamos han de cumplir todos aquellos que sienta íntimamente el fervor de la Patria.

PAPEL Y TINTA

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
de 2 a 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 16 a 19 horas
CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6854, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

época del dominio de los zares, en Rusia. Su acción se desarrolla en el barrio habitado por los obreros de una de las grandes fábricas de la ciudad. Un desconcierto reina

la madre que queda junto al cadáver de su hijo, enarbolando una bandera.

Basta comenzar su lectura, para que se adueñe del lector un interés

ANÉCDOTA

El rey que fué de Inglaterra, Eduardo VII, vió un día como su esposa, la reina Alejandra, había salido a pasear llevando un bastón de hombre.

Un poco molesto por ello, la indicó su disgusto por aquella invasión de costumbres y atribuciones masculinas.

La reina Alejandra, le dijo:

—¿Qué me dirías si las mujeres, al igual que los hombres, nos cortáramos el pelo? ¿Qué harías si yo me cortara la cabellera?

Eduardo VII replicó en el acto:

—Te haría abdicar...

Si el rey de Inglaterra hubiera vivido unos cuantos años más, hubiera terminado por hallar adorables las melenas...



TEATROS

UNA VIEJA REVISTA CON TRAJES NUEVOS

La "fija" que se corrían en el Avenida con la revista de Sebastián Franco Padilla se justificaba en cierto modo, porque era más o menos el caso de una misma carrera corrida dos veces... y que debía tener un resultado análogo... Con el mismo asunto de aquellas famosas "Corsarias", que se representó un millar de veces en la Comedia y otros escenarios, había que esperar, lógicamente, un éxito semejante... Pero tal vez Padilla, que tantas pruebas dió de ingenio en inúmeras piezas del mismo género, en esta ocasión trabajó demasiado de prisa o con escasa inspiración... o acaso el hizo el libreto sufriendo un pánico dolor de muelas. El caso es que en rigor de verdad el acreditado libretista no aparece en "El país de los deseos" sino en una pequeña proporción. Extraña al cronista no hallar la chispa de Padilla en los cuadros de esta producción, muchos de los cuales tienen reducido interés y poca, poquísima sal. Hay que exceptuar el titulado "Todo es según el color"... agradable y bonita, que el público distinguió de los demás, saludándolo con largos aplausos.

En la interpretación de "El país de los deseos" se lucieron Soledad León, Joaquina Carreras, la Manrique y los actores Catalán, Valero y Tudela.

La partitura, perteneciente al maestro Carretero consta de números gratos al oído que dieron realce a más de un cuadro pobre de letra.

LA OLONA ESTRENO

La compañía española del Marconi a cuyo frente está la discretísima actriz doña Concepción Olona, ha puesto una novedad absoluta en su cartel, haciendo conocer la obra trágica en tres actos de Linares Rivas, titulada "Almas brujas", que el público aplaudió y a la que haremos alusión en nuestro próximo número.

La Olona gustó mucho en su papel, que interpretó con mesura y ponderación artística.

FALLECIO APPIANI

En Córdoba acaba de morir el popular parodista Guido Appiani, estimado actor de variedades que fué uno de los predilectos de nuestro público cuando estaba en auge el género.

"EL ÚLTIMO MONO", EN EL MAYO

Otro sainete de Carlos Arniches acabamos de conocer. Se trata de "El último mono", que llega a nosotros después de dos años de haber sido estrenado en Madrid. El fecundo y gracioso autor madrileño nos presenta un animado cuadro de ambiente y tipos acertadamente diseñados, característica de su producción de sainetero. Gira la fábula en torno de las desventuras de un pobre dependiente de almacén, objeto de odios de todos los empujados del comercio y que, como puede sospecharse, disfruta de la adhesión y la simpatía de la hija del patrón y paga con una acción generosa y noble su trato, des-

cubriendo las picardías de otros personajes.

Es bonito, entretenido, muy agradable "El último mono", por sus diálogos vivaces y amenos. La compañía del Mayo lo interpretó con eficacia, sobresaliente Perdiguero, Mercedes Díaz y la Melián también se destacaron.

Este conjunto prepara el estreno de "El día menos pensado", pieza cómica en tres actos de Antonio Estremera, que ha recibido en exclusiva.

PARRA, SACERDOTE

Siendo Parravicini el sumo pontífice de la risa, parecería un descenso decirle sacerdote, puesto muy inferior en la carrera eclesiástica a la de Papa. Pero todos sabemos que don Florencio lo mismo es capaz de convertir un modesto cura de aldea en pontífice, que una Santidad en clérigo.

En el rol de cura de Villa Bonete, Parra nos resulta la más alta dignidad de la gracia y confesamos que la otra noche nos quitó el dolor de muelas, lo cual implica haber descubierto en el popular y querido bufo aptitudes terapéuticas muy simpáticas.

ESPECTACULOS DE "EL ESPECTADOR"

Aunque ya un tanto gastado por su continuo uso, De Rosas sigue exhibiendo su frac de espectador en la Comedia, interpretando el protagonista de la futurista cuanto interesante pieza de Martínez Cuitiño. Parece que el próximo estreno será la obra de Miguel H. Escuder, en tres actos, "Querer", que significa querer estrenar por parte de un autor y cosechar aplausos y "droits d'auteur".

"MUNECOS DE OCASION", EN EL NACIONAL

Martínez Cuitiño se ha embarcado decididamente en el vanguardismo teatral y a fé que los resultados no carecen de fortuna. Se nota, tal vez, una excesiva influencia Pirandelliana, aunque ello no le cohiba al autor de "Munecos de ocasión" para dar rienda suelta a su propia inspiración.

En esta obra nos presenta los dos aspectos, artístico y real, de un conflicto de pasiones. En el primer cuadro se plantea el drama tal como el autor ha interpretado un hecho real. En el segundo, se nos hace creer que se está representando un acto que no es del señor Martínez Cuitiño, sino de otro escritor que se ha inspirado en el mismo suceso real, pero que lo termina, contrariamente a la inspiración del primero, con sujeción estricta a lo acaecido en la realidad.

Sin duda el autor ha querido presentarnos dos maneras distintas de llevar a la escena un mismo asunto: la artística y la vulgar. Lo ha conseguido en efecto, pero a nuestro juicio hubiese sido más artístico es decir, más dentro de la cuerda que para sí parece haber querido reservar Martínez Cuitiño, que el primer cuadro hubiese sido el del otro hipotético autor y que el cuadro final, el de las dificultades técnicas y literarias, hubiese sido el de su propia responsabilidad.

Con todo, constituye una nota original y meritoria la pieza que nos ocupa, muy bien interpretada por la compañía del Nacional.

"DE OCASION" Y "DE REMATE"

Mientras en el Nacional se nos ofrece tipos "de ocasión" que se exhiben en la última producción de Martínez Cuitiño, los del Smart tratan de matarles el punto con otros "de remate", de estar a los anuncios de una nueva pieza de Octavio Sargenti que ha debido de estrenarse en la semana anterior.

En el número próximo comentaremos este estreno y su interpretación por la compañía del popular Ruggero.

REPOSICION Y ESTRENO

La compañía Arata reprisó con fortuna la pieza en tres actos de Enrique y Armando Discépolo, "El organito", renovando el éxito de su estreno.

En el mismo teatro Cómico se estaba preparando otra novedad, la pieza de Vicente G. Retta y Julio V. Paz titulada "San Juan Moreira", la que ha debido de subir en estos días a escena o estará a punto de ser estrenada.

"PIBE RECIEN NACIDO, SE NECESITA" EN EL LICEO

Los señores Federico Mertens y Luis Rodríguez Acasuso, se han inspirado, para escribir esta pieza, en otra de origen inglés que en su idioma de cuna y a través de diversas traducciones en las que nos ha sido ofrecida, mereció siempre aplausos de los auditorios. Nos referimos a la obra titulada "Baby mine" de Margarita Mayo, cuya versión más conocida en castellano es "Lluvia de hijos".

No ha arredrado esta circunstancia a los autores de "Pibe recién nacido, se necesita", pero como se trata de gente experta en lides teatrales, no se ha limitado a ofrecer una nueva traducción de la obra inglesa, sino que han agregado una buena parte de su propia cosecha, con lo que el trabajo ha ganado mucho para nuestro público.

Como se sabe, la esencia de la farsa consiste en los ardides de que se sirven dos suegros para atraer a la vida del hogar conyugal a un esposo que vive alejado de él, girando en torno de la existencia de un presunto hijo del marido ausente.

Muy bien desarrollado el tema, cuenta con numerosas escenas de gran comicidad, favorecidas por un diálogo ágil y ocurrente. Los efectos hilarantes están logrados sin esfuerzo y mediante recursos inobjectables.

El cartel del Liceo ha sido, pues, reforzado con una pieza graciosa en la que tienen actuación destacada los principales elementos de la compañía. Pierina Dealessi tiene que hacerse cargo de un papel de gran responsabilidad, cuyas dificultades sólo sirven para poner más de relieve el talento de la notable e ingeniosa actriz. María Esther Lerena tuvo también una actuación destacada y meritoria, que le valió merecidos aplausos.

Pepe Ratti tuvo la feliz actuación de siempre y el resto de la compañía puso de su parte todo lo que pudo para que la pieza llenara cumplidamente su objeto, lo que fué lo grado ampliamente.

"LA CALLE CORRIENTES", EN EL NUEVO

Con habilidad más que con fortuna ha sido escrita esta pieza por Manuel Romero, no habiendo logrado dar la impresión de ambiente que el título promete.

El primero de los cuadros es el mejor, sobre todo en lo que respecta a la parte escenográfica, que reproduce la esquina de las calles Corrientes y Esmeralda. Después, se va desenvolviendo lentamente un argumento truculento y manido en sus recursos efectistas, que no logra imponerse al público. Este se queda esperando siempre que le den algo definitivamente característico de la popular arteria.

La labor de Casaux, acertada como siempre, dió animación y brillo a la obra, en la que trabajaron también a conciencia los homogéneos componentes de este elenco.

MADAME PAGANO

En el Ideal, que según los autores nacionales no es el ideal de los teatros, se apresta Angelina a estrenar la nueva pieza de Ricardo Paz, "La ley de las madres", que se viene ensayando. Quiere decir que está en agonía "El amor de Shahrazada".

MUÑO PREPARA...

...varias novedades para renovar oportunamente su cartel. Son: "Trigo guacho", de Pedro El. Pico, primer estreno; "El casorio de Bulfarini", de Aguilar y Martinelli Massa; "Tábanos", de Retta y Dumont, y "El buey suelto", de Moñes Ruiz.

"EL SUBMARINO U.9"

Esta película se viene perfilando como la mejor del año, por su gran éxito. Estrenada en el "París" y mantenida una semana en cartel, pasó al "Hindú" donde obtuvo una extraordinaria aceptación, luego al "Renacimiento", cine que fué llenado por completo en las sesiones en que se exhibió y ahora es solicitada de todas partes.

GRAN SPLENDID

La regia sala de Max Gluckmann continúa siendo el cine favorito de la "haute" porteña. Las notables cintas que se pasan son una demostración del cuidado que se pone en elegirlas. "Paz en la tierra", por Pola Negri, gustó extraordinariamente.

CAPITOL

"Ramona", la última película filmada por Dolores del Río, es un bello trabajo que el público ha recibido con placer. Merece la cinta el éxito que viene teniendo.

PARC

El salón más aristocrático y mejor frecuentado de Palermo ofrecerá en esta semana un interesante cartel en el que abundan las superproducciones.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Modelo Jacquet. — Conjunto compuesto de un traje de crespón de China color verde jade apagado, con bordado liliana verde de tono más obscuro y de un abrigo confeccionado en paño zibelina color verde obscuro y adornado con "petit-gris". — 2 — Modelo Bernard. — Rico conjunto para la tarde, que consta de un traje de crespón Georgette gris con vuños de raso azul y bordado oscuro y azul; y de un abrigo ejecutado en raso azul de rey y guarnecido con astrakan gris. — 3 — Traje sencillo, ejecutado en raso negro, adornado a un costado con ancho anudado, sujeto por una hebilla de estras.



Estas Galletitas.

creadas por TERRABUSI, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda entre comidas**, las más exquisitas.

Galletitas Manón

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manón se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de ¼ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa



ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi

